

EL 68

MEXICANO

# MEDIO SIGLO DE VOCES Y MEMORIAS

JORGE MENDOZA GARCÍA, AMÍLCAR CARPIO PÉREZ,  
MANUEL GONZÁLEZ NAVARRO *(Coordinadores)*



Alrededor del 50 aniversario del movimiento estudiantil de 1968 surgió esta publicación. A más de medio siglo de aquellos sucesos que cimbraron social y políticamente al país, se vuelve, quizá por ese orden cíclico que en nuestra cultura se da, a reflexionar sobre lo ocurrido y sus ecos en la actualidad. Movimiento que ha devenido en paradigma, punto de ruptura, ejemplo y herencia para otros movimientos estudiantiles y sociales. Al movimiento estudiantil de 1968 se le ha puesto una fecha de inicio 22 de julio cuando una riña entre estudiantes fue reprimida por la policía. Si se señala que hay un inicio accidentado, el movimiento no es resultado de un accidente, es producto de un descontento amplio hacia las formas autoritarias en que se vivía en ese momento, en diversos ordenes: la vida familiar, la dinámica en los centros escolares, de trabajo y, sobre todo, en la esfera política: nulos espacios de participación. Eso, conjugado, con las formas violentas con que el poder respondía: la represión. El descontento en los jóvenes de entonces y la respuesta violenta del gobierno produjeron, en buena medida, un movimiento que cimbró al país.

Las perspectivas que se exponen en este libro, se hacen desde las ciencias sociales: psicología social y colectiva, sociología, historia... se trata de mirar desde distintos ángulos lo ocurrido en 1968; lo mismo su centro que sus márgenes. Asimismo, nos acercamos a distintas prácticas artísticas que convocan al movimiento, se da cuenta de sus efectos a medio siglo, cómo se les conmemora y sus ecos en el presente. Cómo sus opacados y silenciados actores radicales y evangélicos actuaron; exponer cómo representó la prensa al movimiento al paso de los años, mostró una imagen de aquellos que reivindicaban esa lucha, los criminalizó, los silenció.

**El 68 mexicano: medio siglo  
de voces y memorias**



# **El 68 mexicano: medio siglo de voces y memorias**

*Jorge Mendoza García*

*Amílcar Carpio Pérez*

*Manuel González Navarro*

Coordinadores

## **El 68 mexicano: medio siglo de voces y memorias**

Jorge Mendoza García

Amílcar Carpio Pérez

Manuel González Navarro

Coordinadores

---

Primera edición, 28 de junio de 2021

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco  
núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México.

*www.upn.mx*

ISBN 978-607-413-411-7

LA428.7

S4.7

El 68 mexicano : medio siglo de voces y memorias /  
coord. Jorge Mendoza García. -- Ciudad de México : UPN, 2021.  
1 archivo electrónico (199 p.) ; 6.5 MB ; archivo pdf : il.  
(algunas col.) -- (Horizontes educativos)  
ISBN 978-607-413-411-7

I. MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES -- MÉXICO 2. ESTUDIANTES -  
ACTIVIDAD POLÍTICA - MÉXICO I. Mendoza García, Jorge, coord.  
II. Serie

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Hecho en México.

A la memoria de mi padre  
Fausto Néstor Carpio Librado  
hombre de carácter y solidario  
quien alentó y compartió  
mi pasión por la historia  
mis letras llevarán siempre algo de ti...

Amílcar Carpio





## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN..... 9

**EL 68 EN MÉXICO: PROTESTA RADICAL  
Y VIOLENCIA POLÍTICA..... 17**

*Yllich Escamilla Santiago*

**UNA CUESTIÓN TABÚ: JÓVENES EVANGÉLICOS  
MEXICANOS ANTE EL MOVIMIENTO  
ESTUDIANTIL DE 1968..... 43**

*Carlos Enrique Torres Monroy*

**DE MEDIOS, OLVIDOS Y SILENCIOS:  
LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN  
DE LOS ESTUDIANTES Y DEL 2 DE OCTUBRE  
EN *EL SOL DE MÉXICO* (1968-1982)..... 69**

*Amílcar Carpio Pérez*

**EVOCAIONES ESPECTRALES.  
PRÁCTICAS ARTÍSTICAS RECIENTES  
EN TORNO AL FANTASMA DEL 68 MEXICANO..... 101**

*Rigoberto Reyes Sánchez*

<b>CREACIONES CULTURALES EN MÉXICO.</b>	
<b>CINCUENTA AÑOS DE LA DEMOCRACIA MEXICANA . . . . .</b>	<b>127</b>
<i>Manuel González Navarro</i>	
<i>Salvador Arciga Bernal</i>	
<b>2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA. MEMORIAS</b>	
<b>Y REPRESENTACIONES DEL MOVIMIENTO</b>	
<b>ESTUDIANTIL DE 1968 EN MÉXICO . . . . .</b>	<b>163</b>
<i>Jorge Mendoza García</i>	
<b>AUTORES . . . . .</b>	<b>193</b>

## INTRODUCCIÓN

Los trabajos que en esta publicación se presentan se escribieron con motivo del 50 aniversario del movimiento estudiantil de 1968. Un acto de reiteración, forma del recuerdo, una cuestión de memoria colectiva. A medio siglo de aquellos sucesos que cimbraron social y políticamente al país, quizá por ese orden cíclico que en nuestra cultura se da, se vuelve necesario reflexionar sobre lo ocurrido y sus ecos en la actualidad; pues el movimiento de 1968 ha devenido como paradigma, punto de ruptura, ejemplo y herencia para otros movimientos estudiantiles y sociales. Nuestro 68 se formó parte de un contexto más amplio y global donde los jóvenes fueron protagonistas.

En 1968 varios lugares del mundo se vieron estremecidos: ciudades como Tokio, París, Berlín, Madrid, Córdoba, Nueva York, Río de Janeiro, entre otras, se percibieron asaltadas por una ola de movimientos de jóvenes y estudiantes que enarbolaban banderas contra las imposiciones y contra una cultura autoritaria en la que se encontraban sumergidos. En los muros de esas ciudades se mostraba el hartazgo juvenil: “Prohibido prohibir” rezaba una pinta en París; otra anunciaba: “Las jóvenes rojas cada vez más hermosas”. Esas pintas daban cuenta no sólo del pensamiento de sus autores, sino que mostraban el pensamiento social de una generación: era su concepción y su sentir, su ilusión y su proyecto de futuro

que se empapaban de un ánimo tendiente a romper formas arcaicas de sujeción. Muchos apostaban al gran cambio: “No queremos olimpiadas, queremos revolución”, gritaban los estudiantes en el 68 mexicano. Es ese un espíritu de época, eso se respiraba en el ambiente de los sesenta en diversos puntos del orbe: Cuba y la revolución triunfante, Vietnam y su lucha de liberación, África en plena insurgencia... esos eventos, esos triunfos y resistencias, inspiraban a los jóvenes y estudiantes de aquel entonces. Se emanaba una atmósfera anti-imposición. En efecto, en México las cosas no fueron diferentes, pues el aire político que se respiraba en el país era de opresión. El régimen político del Partido Revolucionario Institucional y diversas instituciones transpiraban autoritarismo. Prácticamente sin contrapesos políticos, sociales y culturales el gobierno mexicano copaba habitualmente la vida pública del país: sindicatos, oferta cultural y musical, televisión, radio, prensa, normas y moral. Frente a este escenario autoritario y asfixiante, distintos grupos de jóvenes buscaron y construyeron alternativas, siendo el rock una de ellas.

Los festivales de rock permitían acceder a otras rutas y ámbitos de relaciones con los otros y el entorno. El movimiento hippie surge en ese contexto, constituyéndose, de esa manera, en una alternativa de respuesta ante las formas canónicas. Asimismo, y en el espectro político y de participación, se forjaron expresiones organizadas de distintos sectores que, por su atrevimiento, fueron acalladas con represión. Por ejemplo, en 1959 los ferrocarrileros se manifestaron, demandaron aumento salarial, después democracia sindical y los reprimieron: cientos de ferrocarrileros fueron detenidos y encarcelados. En 1964-1965 se desarrolla el movimiento médico, que también es reprimido. Un caso particular es el de las universidades públicas, espacio donde la forma autoritaria del poder se topaba con pared. Diversos movimientos estudiantiles ahí se gestaron, como en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia; la Universidad Autónoma de Guerrero; la Universidad Autónoma de Puebla, luchando entre el cogobierno y la autonomía con respecto

a los gobiernos estatales: “entre los años 1966 y 1968 hubo una gran efervescencia estudiantil en las universidades, prelude del movimiento nacional de 1968”, escriben en *El otro movimiento estudiantil* Enrique de la Garza *et al.* En 1966 la policía ocupa la universidad en Guerrero; en octubre de ese año el ejército toma la universidad en Morelia; en 1967 el ejército cerca la universidad en Puebla. Ese es el ambiente de represión que envuelve al movimiento de 1968. En diversos casos, para tratar de deslegitimarlos, se acusa a los estudiantes de participar en una conspiración comunista.

Es el tiempo de la confrontación entre capitalismo y comunismo, entre la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos (EU), la denominada Guerra Fría. El Gobierno de EU se movía en la lógica del control y la obediencia, lo cual hacía mediante la infiltración o cooptación de informantes, tarea que cumplían varios políticos y gobernantes de primer nivel en México, pues al ser un país vecino, a quienes protestaban contra el gobierno, entre ellos los estudiantes, se les descalificaba, se les criminalizaba.

En ese contexto se desarrolla el movimiento estudiantil que revisamos, al cual se le ha asignado una fecha de inicio, el 22 de julio. Un accidentado origen, cuando una riña entre estudiantes es reprimida por la policía, que era el tono de la respuesta del poder ante cualquier manifestación de inconformidad o de pleito. Ahora bien, si se señala que hay un inicio accidentado, el movimiento no es resultado de un accidente, es más bien producto de un descontento amplio hacia las formas autoritarias en que se vivía en ese momento, en diversos ordenes: la vida familiar, la dinámica en los centros escolares, en los sitios de trabajo y, sobre todo, en la esfera política: nulos espacios de participación. Eso, conjugado con las formas violentas con que el poder respondía: la represión.

El descontento en los jóvenes de entonces y la respuesta violenta del gobierno produjeron, en buena medida, un movimiento que cimbró al país. La molestia juvenil, cabe aclarar, no era coyuntural, pues como ya se ha señalado por lo ocurrido en otras universidades, provenía de tiempo atrás: se estaba gestando la inconformidad.

Inconformidad que las maneras y respuestas autoritarias del poder alimentaba. De manera ilustrativa es de considerar las acusaciones que el Gobierno y sus aliados, empresarios y líderes sindicales por caso, lanzaban contra los estudiantes: agentes del comunismo, ser parte de una conspiración extranjera, responder a intereses contra México. Años después se sabría que sí, en efecto, había agentes con intereses extranjeros en México, pero no eran de parte del movimiento, sino de las figuras políticas claves del poder: el entonces presidente y su secretario de gobernación, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, trabajaban para la Central de Inteligencia Americana, según documentó en su momento Carlos Montemayor en su libro *La violencia de Estado en México*.

En el ambiente de esas acusaciones y de la embestida de los grupos policiacos y parapoliacos se va desarrollando el movimiento estudiantil, el de mayor resonancia en el México contemporáneo, que no concluye con la matanza del 2 de octubre, pues su dirección política, el Consejo Nacional de Huelga, se disuelve formalmente el 6 de diciembre de 1968. Sus ecos, a pesar de la represión, sus influencias y resonancias llegan hasta nuestros días. Baste indicar que Andrés Manuel López Obrador, el presidente de México en julio del 2018 en uno de sus primeros discursos expresó que su triunfo no podía explicarse sin una serie de luchas previas, entre ellas la de 1968.

La relevancia y lo significativo del movimiento ahí está: ha sido un paradigma como han señalado algunos activistas de diversos movimientos políticos hoy día. Su relevancia se muestra, sus aportaciones se han reflejado en otros movimientos estudiantiles, como los de 1986 y 1999 en la Universidad Nacional Autónoma de México. Esto, entre otras razones, nos lleva a pensar y analizar el movimiento estudiantil de 1968 medio siglo más tarde. Las plumas, es decir los autores, provienen de distintas formaciones y disciplinas e instituciones académicas, no obstante todos tienen una preocupación común: la investigación y análisis de los problemas sociales y políticos de nuestro país, aquí plasman parte de esa preocupación, de ese sentir.

El libro abre con el trabajo de Yllich Escamilla Santiago, que explora posiciones no dominantes del movimiento. En “El 68 en México: protesta radical y violencia política” se pone de manifiesto otra postura, la parte radical del movimiento y sus respuestas ante la ofensiva represiva. El autor, que ha estudiado distintas expresiones violentas en México, argumenta que además de las versiones que el Estado mexicano ha dado sobre el movimiento o de aquellas interpretaciones románticas, hay una memoria por esgrimir, una ocultada y silenciada por diversos grupos: “la de los estudiantes radicales con la capacidad logística para contener la embestida de la policía y, por algunos momentos, al propio ejército, la de las emboscadas y combates callejeros, la de las resistencias en escuelas y barrios”, al menos en el entonces Distrito Federal (ahora Ciudad de México); en esos sitios “en los que se formaron pequeños grupos de autodefensa y su posterior transformación en núcleos guerrilleros urbanos”. Esta propuesta resulta relevante a la luz de los posteriores acontecimientos, como la actuación de la guerrilla después de la matanza de Tlatelolco. Hurgar en los matices, en lo inadvertido, más allá de los relatos dominantes e instituidos, sino en lo opacado o en una parte del mosaico es la idea.

En efecto, otra versión pertinente, y en la traza de la argumentación anterior, es la que propone Carlos Enrique Torres Monroy en “Una cuestión tabú: jóvenes evangélicos mexicanos ante el movimiento estudiantil de 1968”, en que, como señala el título, se da cuenta del papel que jugaron ciertos evangélicos en torno al movimiento de 1968 y los enfrentamientos con sus instituciones religiosas o el silencio de éstas ante la represión y la detención de sus fieles. El rol que los religiosos jugaron ha sido poco explorado en el movimiento, quizá por esa representación social que hay de la izquierda, en el sentido de que es anticlerical. Lejos del papel conservador y cómodo que jugaron las jerarquías religiosas, se explora la participación que jóvenes evangélicos tuvieron en el movimiento: algunos fueron expulsados de sus congregaciones y otros renunciaron por considerarlo necesario. El autor explora el “por qué una masa de

este colectivo vio en un movimiento secular una opción de activismo; aun sabiendo lo que implicaba participar en un movimiento antigubernamental y al mismo tiempo ser creyentes, aspecto que podía ser criticado por ambos bandos”. Entre dos fuegos, la opción de algunos cristianos.

De los participantes pasamos a las representaciones y el trato que se le dio al movimiento. Cómo se plasmó el 2 de octubre en los periódicos en 1968 y años posteriores, es lo que se trabaja en “De miedos, olvidos y silencios: la construcción de la imagen de los estudiantes y del 2 de octubre en *El sol de México* (1968-1982)”. Se aborda el papel de la prensa mexicana en la construcción de la imagen de la protesta social días antes y después del movimiento estudiantil, y año con año se analiza lo que un diario de circulación nacional plasmó en sus páginas con respecto al aniversario de la matanza de Tlatelolco y las manifestaciones de conmemoración. Amílcar Carpio Pérez plantea una hipótesis: “los discursos institucionales de la prensa naturalizan el uso de la violencia por parte del Estado, al formar parte de los medios hegemónicos, construyen y legitiman la represión del Estado”, trazando una idea que genera un miedo al delincuente. La prensa, al ir creando imaginarios sociales, de alguna manera los va criminalizando.

Otro ámbito poco visitado es el de acciones artísticas con respecto al 68, lo hace en este caso Rigoberto Reyes Sánchez en “Evo-caciones espectrales. Prácticas artísticas en torno al fantasma del 68 mexicano”, en que se propone examinar la manera en que algunas prácticas recientes han abordado el movimiento estudiantil, a partir de las nociones de spectralidad, de Jacques Derrida, y de memoria efectiva, de Friedrich Nietzsche. Muchas de estas prácticas artísticas, nos dice el autor, son las que convocan a la gente a salir a las calles y solidarizarse con las causas de las víctimas de la represión, en este caso con las del 68: “no es tanto el conocimiento pormenorizado de lo sucedido, sino la intensidad con la que algunas evocaciones del pasado tocan y revolucionan ciertas subjetividades que se articulan para desembocar en acciones sociales”. El sentido



y significado de estos sucesos son los que convocan. Los afectos, al fin y al cabo, y la actividad artística, sensible como es, lo recupera.

El sentido de ese pasado, de esas acciones sociales constituyen una cierta herencia que retoman Manuel González Navarro y Salvador Arciga Bernal al reflexionar sobre “Creaciones culturales en México. Cincuenta años de la democracia mexicana”, trabajo en que, desde una perspectiva psicosocial, propone una reflexión en donde el ciudadano de la modernidad es el eje y es quien establece relaciones con los denominados objetos sociales, como la democracia, el sistema político, las elecciones, la participación, la corrupción y la sucesión presidencial; es decir, una cultura de la democracia que se fue forjando después del movimiento estudiantil de 1968. La deliberación gira en torno al impacto, las consecuencias de ese 68 y lo que este movimiento ayudó a forjar.

En el capítulo que cierra el libro se reconstruyen los significados del movimiento a medio siglo de distancia. En “2 de octubre no se olvida. Memorias y representaciones del movimiento estudiantil de 1968 en México” Jorge Mendoza García, a través de diversas entrevistas realizadas a exdirigentes, participantes y quienes de alguna manera se sienten sus herederos, reconstruye lo que representa para ellos lo ocurrido aquel año. No sólo lo que recuerdan y cómo se representan el 2 de octubre, la matanza de Tlatelolco, sino lo que recuerdan del movimiento estudiantil, fechas, sucesos, lugares; ésto es cómo se lo representan en el presente y las repercusiones que tuvo el movimiento. Un ejercicio de memoria sobre esa gesta contestataria.

De esto trata el libro. Las perspectivas que se exponen se hacen desde las ciencias sociales, la psicología social y colectiva, la sociología, la ciencia política, la historia... se trata de mirar desde distintos ángulos lo ocurrido en 1968, lo mismo su centro que sus márgenes: poner en claro cómo sus opacados y silenciados actores radicales y evangélicos actuaron, exponer cómo representó la prensa al movimiento al paso de los años, cómo los criminalizó, como los silenció, cómo mostró una imagen de aquellos que reivindicaban esa lucha. Asimismo, se exponen distintas prácticas artísticas que convoca

esta lucha, se da cuenta de los efectos del movimiento a medio siglo, cómo se le representa actualmente y sus ecos en la actualidad. Finalmente, el pasado no se termina de escribir, se va actualizando en el presente, es un ejercicio de memoria, a eso se aboca en parte este libro, con sus voces y memorias.

## EL 68 EN MÉXICO: PROTESTA RADICAL Y VIOLENCIA POLÍTICA

*Yllich Escamilla Santiago*

*“Prohibido prohibir la revolución”*

José Revueltas, 1968

### INTRODUCCIÓN

De todos los movimientos juveniles del 68 en el mundo, fue México el que tuvo el mayor grado de violencia institucional. Por tanto, siempre ha sido un tema complicado de estudiar, la omnipresencia de la censura, autocensura, impunidad de los perpetradores y su grado de responsabilidad y el ocultamiento sistematizado de la respuesta radical de los estudiantes ante la violencia de Estado dificultan saber realmente qué sucedió aquel fatídico 2 de octubre.

Después de la masacre de la plaza de las Tres Culturas se impuso un férreo silencio, del tema no se podía hablar plenamente, y en caso de hacerlo, era el Estado el que podía difundir su verdad, la de una supuesta conspiración comunista para desestabilizar al gobierno surgido de la Revolución mexicana; por ende, evocar la memoria del 68 hace que se confronten memorias hegemónicas, oficiales, subterráneas, invisibilizadas y turbias.

Una primera intención del artículo es presentar un análisis del movimiento despejando las *falsas verdades* que el poder entreteje entre falsos recuerdos y verdades históricas; un segundo punto es presentar el desarrollo del movimiento más allá de las versiones románticas e idílicas que construyen una historia de bronce de esa generación.

El movimiento del 68 en México tuvo un alto grado de violencias diferenciadas entre los actores del poder y sus fuerzas represivas, contra los sujetos sociales que les disputaron el ejercicio político en los espacios públicos fuera de la órbita del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Debemos tomar en cuenta que, estos espacios estaban reservados única y exclusivamente para las prácticas, usos y costumbres del sistema político mexicano, es decir, para el presidente de la República y para el partido oficial.

En la lógica de un sistema autoritario como el mexicano, estos actos de insubordinación pública debían ser reprimidos. La protesta social de la juventud era un ultraje a la figura patriarcal del presidente, situación que endureció las medidas disciplinarias del gobierno ante una sociedad conservadora y tradicionalista; resulta natural que este sector en franca rebeldía, mayoritariamente jóvenes estudiantes, iban a dar una respuesta violenta frente a la violencia previa del Estado. El presente artículo pone énfasis en esa parte del movimiento estudiantil, la de los estudiantes radicales con la capacidad logista para contener la embestida de la policía, y por algunos momentos al propio ejército, la de las emboscadas y combates callejeros, la de las resistencias en escuelas y barrios del entonces Distrito Federal (DF), en los que formaron pequeños grupos de autodefensa y su posterior transformación en núcleos guerrilleros urbanos.

#### **GUERRA FRÍA Y LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL**

Los emergentes movimientos del 68 tomaron por sorpresa al mundo, lo cual no es sinónimo de aparición espontánea. Dicha

generación, caracterizada por su rebeldía contra las estructuras convencionales y su criticidad es producto de una serie de factores políticos, militares, económicos, tecnológicos y culturales que dieron como resultado una revolución juvenil-estudiantil que marcó el rumbo del siglo XX.

Para entender a los movimientos del 68 debemos comprender la lógica de la segunda posguerra y sus consecuencias directas: la Guerra fría. La conflagración mundial de 1939-1945 no sólo dejó devastada a Europa y parte de Asia, también dejó secuelas económicas, por ende, el gobierno norteamericano implementó el plan Marshall para la reconstrucción del viejo continente y los archipiélagos orientales,<sup>1</sup> el cual también funcionó como dique económico contra la naciente potencia soviética y su posible influencia sobre los países periféricos.

Este periodo de estabilización del capitalismo en su modelo de Estado benefactor permitió que los países agrupados en esa órbita crecieran durante dos décadas; dichas condiciones favorecieron la expansión de la clase media, y con ello el aumento significativo de la matrícula universitaria a nivel global.

En la década de los sesenta la discusión en las universidades fue crítica, los bríos renovados de las resistencias en Argelia, Vietnam, Cuba y el proyecto revolucionario encabezado por Ernesto “Che” Guevara en África y América latina, así como la Revolución cultural China<sup>2</sup> dirigida por Mao Tse-tung y la disputa por la pugna

---

<sup>1</sup> Aproximadamente 12 000 000 000 de dólares. Office of the Historian. Milestones 1945-1952. Recuperado de: <https://history.state.gov/milestones/1945-1952/marshall-plan>

<sup>2</sup> La Revolución Cultural China (1966-1976) fue la estrategia ideológica y política que implementó Mao Tse-tung para radicalizar la revolución y evitar el regreso del capitalismo a su país. También fue una política internacional para disputarle la hegemonía a la URSS sobre qué modelo debía encabezar el comunismo en el mundo. El comunismo internacional tuvo dos vertientes que dividieron a la izquierda en dos grandes bloques: prosoviético y prochino.

chino-soviética<sup>3</sup> empujaron a los jóvenes a debatir y cuestionar las estructuras anquilosadas del poder y la política, desde la hegemonía capitalista hasta el expansionismo militar de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).<sup>4</sup> Las juventudes radicalizadas rompieron con los partidos comunistas de sus respectivos países y en muchos casos, abrazaron al naciente maoísmo como guía de la revolución en el tercer mundo, desdeñando la vía soviética para llegar al comunismo y enfrentar al capitalismo.<sup>5</sup>

Para el año de 1968, podemos decir que fueron cuatro los sucesos que influyeron al movimiento estudiantil mexicano y su revolución juvenil: la Ofensiva del Tet como parte estratégica de la Guerra en Vietnam, la Primavera de Praga, el Mayo francés y los juegos olímpicos en México.

En Vietnam,<sup>6</sup> a finales de enero de 1968, el Frente de Liberación Nacional, mejor conocido como Viet Cong, decidió emprender la

---

<sup>3</sup> El proceso de desestalinización y la política de Coexistencia pacífica fueron motivos ideológicos para el rompimiento entre ambas potencias, aunque también hubo razones pragmáticas, por ejemplo, la negativa de la URSS a compartir los secretos de la bomba atómica con sus “camaradas” chinos. Esto conllevó a varias disputas y desencuentros: El apoyo de la URSS a la India por una franja tibetana; Mao Tse-tung señaló y acusó al PCUS y Kruschev de ser revisionistas y capitulacionistas, esto tras su papel en la Crisis de los misiles. El punto cúlmine de esta pugna fue en 1969, con los incidentes armados fronterizos en el río Ussuri, hecho que estuvo a punto de desatar una guerra entre ambas naciones comunistas.

<sup>4</sup> El paradigma soviético de la revolución comunista venía en crisis desde la muerte de Stalin en 1953. El principio de *Coexistencia Pacífica* impulsado por Nikita Kruschev (1953-1964) profundizó este descontento, el cual se ahondó con la llegada de Brézhnev en 1964; su gestión se caracterizó por el estancamiento económico y por la mano dura contra cualquier viso de política independiente de los países del pacto de Varsovia, el cual era un pacto internacional de defensa militar de países socialistas y comunistas prosoviéticos (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, República Democrática Alemana, Rumania, y por supuesto, la URSS).

<sup>5</sup> Algunos estudiantes de la Juventud Comunista Mexicana inconformes con la política del PCUS decidieron tomar bando ideológico por China, Corea del Norte y Albania. En 1966, un grupo de jóvenes fue adiestrado militarmente en Corea del Norte para formar la guerrilla del MAR.

<sup>6</sup> La guerra de Vietnam fue un conflicto que se generó en el siglo XVIII como parte del colonialismo francés, asentado en la península de Indochina (Vietnam, Laos y Camboya). Después de la Segunda Guerra Mundial, los territorios ocupados por los franceses comenzaron un proceso tortuoso de descolonización; para 1950, el

mayor acción armada a gran escala contra el ejército de ocupación norteamericano: la Ofensiva del Tet, una estratagema táctica y estratégicamente compleja.<sup>7</sup> El 30 de enero el Viet Cong incursionó en la capital de Vietnam del Sur, Saigón, la fallida ofensiva dejó un baño de sangre. Sin embargo, los horrores y la brutalidad de una guerra de resistencia contra un enemigo invasor militarmente superior tuvieron una caja de resonancia, la televisión. El conflicto en Vietnam fue la primera guerra televisada, el poder adquisitivo de las clases medias les permitió tener acceso a ella; es decir, una agresión ilegítima de una potencia fue transmitida al mundo en un tiempo relativamente corto y a color, los jóvenes clasemedios universitarios se convirtieron en televidentes críticos contra la guerra, Estados Unidos comenzó a ser derrotado moralmente.

Un segundo acontecimiento que influyó en las juventudes del mundo, incluida la de los cuadros políticos más preparados en México fue la Primavera de Praga, la cual fue una serie de reformas políticas que pretendieron marcar distancia del férreo control del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), ya que, la ex Checoslovaquia fue moneda de cambio en la repartición del mundo después del triunfo de los aliados frente la Alemania nazi, quedando este país en la zona de influencia soviética. El 5 de enero del 68 llegó a la dirección del Partido Comunista Checoslovaco Alexander

---

ejército galo ya no pudo contener la resistencia guerrillera del Viet Minh (encabezado por Ho Chi Minh); Francia comenzó a recibir apoyo financiero y bélico por parte de EU; pese a ello, la derrota fue inevitable. En 1954 se firmaron los acuerdos que le dieron independencia a Camboya y Laos, mientras que Vietnam fue dividido en dos: en Norte y Sur. En Vietnam del Sur siguió asentado el dominio del colonialismo francés, con la salvedad de llevar a cabo un referéndum en 1958, unificación o división. Sin embargo, en 1955 se instauró una dictadura militar en el territorio del sur apoyada por EU, cada vez era mayor la injerencia norteamericana. En 1959 comenzó a operar la guerrilla comunista llamada Viet Cong, para 1965, la ocupación militar estadounidense era total.

<sup>7</sup> La celebración del Tet son las fiestas del año nuevo vietnamita, el Viet Cong declaró una falsa tregua en vísperas del Tet, por lo que muchos de los soldados del ejército vietnamita del sur les fueron otorgados permisos de descanso. Mientras tanto, el Viet Cong comenzó el 21 de enero el sitio de Khe Sanh, una acción de distracción para que los cuadros de la guerrilla actuaran en Saigón.

Dubcek, de origen eslovaco, su plan de acción para implantar un *socialismo con rostro humano* contempló medidas como: quitar ciertas mordazas a los medios de comunicación; creación de partidos políticos con un programa socialista; igualdad entre la población checa y eslovaca; libertad a presos políticos; derecho a la huelga y libertad religiosa.

La Primavera de Praga fue interrumpida abruptamente por los tanques de las fuerzas militares del Pacto de Varsovia el 20 de agosto. El *socialismo real*, como se le conoció al modelo soviético, aplastó al *socialismo con rostro humano* checoslovaco; los jóvenes y población en general tomaron las calles, lo cual no pudo detener el golpe de mano que dio el régimen soviético. En las paredes se escribió la sentencia histórica de la invasión a Checoslovaquia: ¡Americanos abandonen Vietnam, soviéticos abandonen Checoslovaquia!, ¡No se construye el socialismo con tanques!, y ¡Lenin, despierta, Brézhnev se ha vuelto loco! (Hobsbawm, 2007, pp. 397-399).

El punto de inflexión de la juventud rebelde fue el Mayo francés, movimiento que comenzó con el debate en las universidades, para después tomar las calles contra la política anquilosada del presidente De Gaulle, considerado hasta ese momento héroe nacional por su protagonismo en la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes franceses fueron la representatividad de una generación de ruptura epistemológica; su pensamiento filosófico iba desde el marxismo clásico hasta el castrismo, el guevarismo y el maoísmo, pasando por Sartre, Foucault, Althusser, entre otros.

El origen del Mayo Francés se incubó desde noviembre de 1967 con la huelga estudiantil de la Universidad de Nanterre, a la que más de 10 000 universitarios se sumaron. Las manifestaciones continuaron a principios de año con una cierta dinámica de calma, hasta la protesta del 22 de marzo; los estudiantes exigieron acceso a la representación política en los órganos del gobierno universitario, los manifestantes fueron agredidos por un grupo fascista y poco después por la policía, lo cual dio como resultado la toma de la universidad, nació el Movimiento 22 de marzo (Bartra, 2012, p. 21). Estos



hechos provocaron una crisis institucional que rebasó por mucho cualquier cálculo político del gobierno.

Aunado a las manifestaciones callejeras contra el gobierno, se sumó la protesta contra la Guerra de Vietnam. En el mes de abril se llamó al movimiento a realizar boicots y sabotajes a negocios estadounidenses, lo que derivó en fuertes enfrentamientos entre estudiantes y la policía; por el saldo de heridos y detenidos, el 2 de mayo la rectoría de la Universidad de Nanterre cerró sus puertas, generando enfrentamientos entre la policía y los estudiantes, la espiral de la violencia iba en ascenso (Bartra, 2012, p. 29).

El día 3 de mayo el conflicto se trasladó de Nanterre a la Sorbona. El recinto universitario fungió como refugio y punto de encuentro político ante la coyuntura que se había presentado. Los estudiantes que se encontraban en la Sorbona trataron de integrarse a las manifestaciones obreras programadas para ese día; ante la noticia, el rector de la universidad mandó desalojar a los estudiantes con el uso de la fuerza pública, el conflicto se desplazó a las calles, los enfrentamientos, la toma de posiciones y la defensa con barricadas se dio en diferentes puntos de París, incluido el barrio latino.

En las barricadas estaban los estudiantes, los obreros y sectores progresistas de la pequeña burguesía y los intelectuales. En esos puntos de conflicto, lo mismo se discutía sobre la revolución mundial, el papel de la clase obrera, hasta la realización de estrategias de combate o repeler el asedio de la policía con una piedra en la mano; las consignas del movimiento francés reflejaron su filosofía: ¡La imaginación al poder!, ¡Abajo el realismo socialista!, ¡Viva el surrealismo!, y ¡Diga no a la Revolución con corbata! (Redacción Dialektica, 2018).

El movimiento generó simpatías en amplios sectores sociales, no así en la burocracia del Partido Comunista Francés (PCF), por ende, los sindicatos comunistas se vieron restringidos en su accionar durante las protestas. El 13 de mayo la Confederación General del Trabajo y la Confederación Francesa Democrática de Trabajadores emplazaron a la huelga general; el punto estratégico de los

manifestantes fue la Sorbona, comenzó una nueva etapa del movimiento. La huelga general tuvo tal impacto que para el 20 de mayo París quedó paralizado, dos de los escenarios que se vislumbraron fue la insurrección o la renuncia de De Gaulle.

El mal manejo de la crisis estudiantil llevó a la crisis de representatividad del sistema político francés. Mientras que el primer ministro, Georges Pompidou desactivó al movimiento obrero con prebendas entre las cúpulas sindicales, el presidente De Gaulle disolvió la Asamblea Nacional para llamar a elecciones en un periodo no mayor a 40 días; la intensidad de los combates callejeros siguió álgida, por lo que el 12 de junio De Gaulle declaró ilegales las protestas y a los grupos de “extrema izquierda”, a su vez, el movimiento comenzó a dar muestras de desgaste. El movimiento fue perdiendo fuerza, las contradicciones al interior y el desgaste de la sociedad parisina dieron por concluido el movimiento más transgresor y radical hasta aquel momento. Sin embargo, su influencia dejó ejemplo para muchos otros jóvenes en diferentes latitudes del planeta y México no fue la excepción.

El evento mundial esperado ese año eran los juegos olímpicos a celebrar en México, por primera vez en la historia un país latinoamericano era sede de la gesta deportiva. Una vitrina ideal para mostrar al mundo los logros alcanzados por el “milagro mexicano”. Las vecindades fueron desplazadas por los complejos habitacionales como la Unidad Tlatelolco, el Multifamiliar y la Unidad Latinoamericana; los rascacielos, Ciudad Universitaria y la Villa Olímpica eran los ejemplos de que la modernidad y la paz social habían llegado a México, al menos esa era la retórica de los gobiernos emanados del PRI.

Los juegos olímpicos de 68 no sólo fueron una arena de disputa deportiva, también lo fueron en el sentido político. Celebradas en uno de los momentos más tensos de la Guerra fría, las reivindicaciones afroamericanas y feministas, los resabios del Mayo francés y otros reclamos y reivindicaciones políticas estuvieron presentes. El papel de la televisión a color, los periodistas y los ojos del mundo pusieron a México en el centro de la política internacional,

hechos que avivaron más la paranoia del presidente Díaz Ordaz y el secretario de gobernación Luis Echeverría; fue así como se construyó el fantasma de la conspiración comunista para boicotear los juegos olímpicos y la presencia de un enemigo interno a las órdenes de la potencia soviética, para la clase política los jóvenes del 68 mexicano eran sólo agitadores y provocadores.

## MÉXICO 68

No sobra decir que, México al ser vecino de Estados Unidos tiene un papel fundamental en la geopolítica. Los gobiernos emanados del PRI siempre supieron jugar bien con la política autoritaria al interior, con la política anticomunista de Estados Unidos, y con las izquierdas del mundo con su política de exilio.

Movimientos anteriores al 68 fueron aplastados contundentemente, el henriquismo en 1952, la huelga estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 1956, el movimiento magisterial de Othón Salazar de 1958, la huelga ferrocarrilera de 1958-1959, el movimiento de médicos de 1964-1965, la represión estudiantil de 1966 en la Universidad Nicolaíta; esto sin dejar de lado la violencia armada con el asesinato de Rubén Jaramillo en el 1962 y los hechos de la guerrilla en Chihuahua en 1965. En pocas palabras, hubo más de 15 años previos de violencia de Estado repetitiva y sistemática contra toda disidencia.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Se le conoce como henriquismo al movimiento de simpatizantes que llevaron a la contienda electoral de 1952 a Miguel Henríquez Guzmán, la defensa contra el fraude costó muertos y heridos en plena explanada del Palacio de Bellas Artes y la Alameda, a pesar de ello, Adolfo Ruiz Cortines fue impuesto. La huelga de los estudiantes del IPN tuvo como motivación, entre otros puntos, la Ley Orgánica, el internado y la renuncia del director, el 23 de septiembre de 1956 los huelguistas fueron desalojados por el ejército nacional. Othón Salazar contribuyó a la creación del Movimiento Magisterial Revolucionario, una corriente de contrapeso al interior del sindicato de maestros oficialista, las reivindicaciones salariales y laborales fueron causa para acusar al maestro Othón de ser infiltrado del comunismo internacional, el movimiento fue reprimido por el cuerpo de granaderos.

El 68 mexicano fue un movimiento que inició y cerró la omnipresencia de la violencia de Estado. Para un mejor entendimiento del desarrollo del movimiento estudiantil, la represión, la respuesta radical y nuevamente la represión se proponen cuatro etapas:

- *Gestación* del 26 de julio, fecha en que estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), IPN y de la Escuela Normal se organizaron para protestar por la represión; hasta el día 29, cuando el ejército intervino en el conflicto y cuyo primer acto de poder fue volar de un bazukazo la puerta colonial de la Escuela Nacional Preparatoria número 1.
- *Institucionalización* legitimación del movimiento con la marcha del 1º de agosto encabezada por el rector Barrios Sierra. Así como la creación del Consejo General de Huelga; concluyendo con el desalojo de campistas en el Zócalo por el ejército el 28 de agosto.
- *Cerco al movimiento* del informe presidencial, pasando por la ocupación militar de Ciudad Universitaria y del IPN, hasta la matanza de Tlatelolco.
- *Invisibilización* del movimiento del silencio del 2 de octubre, cruzando por los juegos olímpicos que culmina en diciembre con la formal desaparición del CNH.

---

Las huelgas ferrocarrileras, encabezadas por Demetrio Vallejo y Valentín Campa, fueron declaradas ilegales, nuevamente fue utilizado el ejército como respuesta a peticiones simples, los dos dirigentes fueron llevados presos a la cárcel de Lecumberri bajo el delito de disolución social. El reclamo de salarios y aguinaldos dio cause al movimiento de médicos, la respuesta fue la misma, reprimir la huelga. Los médicos fueron sustituidos por personal militar. Rubén Jaramillo, de extracción zapatista, campesino y en algunas ocasiones guerrillero fue traicionado ante una supuesta amnistía de Adolfo López Mateos, fue asesinado junto con su esposa e hijos en Morelos, los perpetradores fueron militares. La primera guerrilla socialista en México nació en Chihuahua, el Grupo Popular Guerrillero fracasó en su intento de tomar el cuartel en la ciudad de Madera, la columna militar fue exterminada y los guerrilleros enterrados en una fosa común ante el pueblo y con la sentencia sepulcral del gobernador, Práxedes: “*Querían tierra, denles hasta que se harten*”.

Para poner en contexto a los jóvenes del 68, debemos comprender que las dos máximas representaciones de la educación superior la UNAM y el IPN, instituciones que antagonizaban por el prestigio profesional y educativo, reflejaron sus rivalidades que quedaron a flote en las competencias deportivas, en muchos casos, detonantes para grescas y pleitos entre estudiantes agrupados en las porras; grupos de animación que degeneraron en vandalismo y que ejercían control político dentro de las escuelas medio superiores y superiores a órdenes del PRI. Una de esas tantas riñas tuvo lugar el 22 de julio en La Ciudadela, un partido de fútbol callejero, conocido popularmente como “tochito”, derivó en una pelea entre grupos pandilleriles llamados los Ciudadelos, las Arañas y estudiantes de diferentes planteles.

La Ciudadela, tristemente célebre testigo de la *Decena trágica* era ahora testigo de lo que sería el movimiento del 68. En dicho lugar, se encontraban tres escuelas de nivel media superior: las vocacionales 2 y 5, adscritas al IPN y la preparatoria Isaac Ochoterena, que no era propiamente de la UNAM, pues sólo incorporaba su plan de estudios. De aquella gresca, fueron los preparatorianos quienes sacaron la peor parte, refugiándose en sus instalaciones, fueron apedreados por los politécnicos. Al día siguiente, alumnos de las preparatorias 2 y 6 de la UNAM apedrearón las vocacionales, por lo que se dio un nuevo pleito entre jóvenes, hechos ocurridos frente al cuerpo de granaderos. La intensidad del pleito sólo amainó cuando los estudiantes se refugiaron en sus respectivos planteles; fue en ese momento en que la policía arremetió contra los alumnos de la Vocacional 5, ensañándose con alumnos, profesores y personal administrativo, muchos de ellos ajenos a los desmanes exteriores.

## **Gestación**

Derivado de los sucesos de la plaza de La Ciudadela, se convocó para el 26 de julio a una movilización en protesta por la represión de la policía, organizando la Federación Nacional de Estudiantes

Técnicos (FNET)<sup>9</sup>, coincidiendo con la manifestación en favor de la Revolución Cubana. Ambas marchas tuvieron diferentes rutas: la FNET hacia la zona politécnica del Casco de Santo Tomás y la pro-cubana al hemiciclo a Juárez, pero como muchos de los asistentes a la marcha convocada por la FNET no se sentían representados, ni identificados con la federación, por lo que un contingente se desprendió rumbo al Zócalo.<sup>10</sup> A los alumnos del IPN les fue cerrado el paso en las calles de Palma y 5 de Mayo, desatando el primer enfrentamiento y teniendo que replegarse hasta el hemiciclo a Juárez, donde estaba la concentración de los jóvenes comunistas y estudiantes de la UNAM, los enfrentamientos se extendieron hasta la madrugada del 27 de julio. Los lazos de solidaridad ante la embestida generaron la unidad estudiantil, fue ahí el epicentro del 68 mexicano; el saldo de esa jornada fue de muertos, heridos y detenidos, incluidos miembros del Partido Comunista Mexicano (Martínez, 2013, pp. 93-98).

A la par del nacimiento del movimiento de los jóvenes mexicanos, nació la teoría de la conjura comunista (Morley, 2010, pp. 52) y la construcción del enemigo interno, cuyo objetivo era desestabilizar al gobierno e impedir los juegos olímpicos. Discurso oportuno para Luis Echeverría, que como secretario de gobernación sobredimensionó los hechos para colocarse como pieza indispensable de la seguridad del Estado y posicionarse en la sucesión presidencial de 1970.

En respuesta a la represión, el 28 de julio representantes de las escuelas del IPN, UNAM, la Normal de Maestros y la Nacional de

---

<sup>9</sup> Organización nacida en el IPN y afiliada al partido oficial, pronto funcionó como órgano de control interno al servicio del PRI y de los intereses de los directores de cada escuela; la FNET sigue siendo un grupo porril que se encarga de golpear, amedrentar y extorsionar y, sobre todo, de bloquear la participación democrática o política ajena a la Federación, al Partido o los intereses políticos en turno.

<sup>10</sup> Cabe destacar que hasta el año de 1968 no se podían realizar manifestaciones en la plaza de la Constitución, si no se contaba con la avenencia del gobierno. Durante la jefatura de gobierno de Miguel Ángel Mancera (2012-2018) se regresó a impedir sistemáticamente el espacio público para las protestas en la plancha del Zócalo, sólo las empresas privadas tuvieron acceso a dicho espacio.

Agricultura (Chapingo) se reunieron en la Escuela Superior de Economía del IPN, para plantear una huelga general y un primer pliego petitorio (Poniatowska, 2001, p. 276):

- Desaparición de la FNET, de la “porra” universitaria y del MURO
- Expulsión de los alumnos miembros de estas organizaciones y del PRI
- Indemnización de los estudiantes heridos y a los familiares de los muertos
- Excarcelación de todos los estudiantes detenidos
- Desaparición del cuerpo de granaderos y demás policías de represión
- Derogación del artículo 145 del *Código penal*

Los días 29 y 30 de julio fueron determinantes para el futuro inmediato del movimiento, los combates callejeros se extendieron de Tlatelolco a la Viga, sin dejar el centro de la Ciudad el punto neurálgico de la resistencia. En pocos días la policía fue rebasada, por lo que entró a la contención el ejército. Ante la escalada de violencia, algunos estudiantes se refugiaron en la Escuela Nacional Preparatoria, en San Idelfonso; en la madrugada del día 30, elementos del batallón de fusileros paracaidistas apostados a las afueras de San Ildefonso, recibieron órdenes de entrar a cualquier costo. Con el disparo de una bazuca se destruyó una puerta colonial con más de dos siglos de existencia; la intervención del ejército no inhibió los enfrentamientos, por el contrario, se recrudecieron, La Ciudadela volvió a ser lugar de enfrentamientos entre estudiantes, policías y ahora militares.

### **Institucionalización del movimiento**

En protesta por la violación a la autonomía universitaria el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, acompañado de miles de

universitarios, izó la bandera a media asta y convocó a una marcha el 1° de agosto; su intervención dio una vía legítima e institucional al movimiento, lo que dio pauta a la organización y unificación de universitarios, politécnicos y otras instituciones, lo que generó que los enfrentamientos disminuyeran en la ciudad. El mismo día, desde Guadalajara, Díaz Ordaz declaró que tenía la mano tendida a los estudiantes.

El 4 de agosto representantes estudiantiles de la UNAM, IPN y Chapingo, dieron a conocer los seis puntos del pliego petitorio:

1. Libertad de todos los presos políticos
2. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del *Código penal*
3. Desaparición del cuerpo de granaderos
4. Destitución de los jefes policiacos Luis Cueto, Raúl Mendiola y A. Frías
5. Indemnización a todos los familiares de fallecidos y heridos desde el inicio del conflicto
6. Deslindamiento de responsabilidades de funcionarios públicos culpables de hechos sangrientos

Con las escuelas tomadas por los estudiantes, se formó el 8 de agosto el Consejo Nacional de Huelga (CNH), a los pocos días se adherieron universidades como la de Nuevo León, Sinaloa, Baja California, Tabasco, Veracruz, Oaxaca, Colegio de México, entre otras. El 13 de agosto el recién creado CNH obtuvo una gran victoria simbólica, la marcha multitudinaria, se manejan cifras desde 150 000 hasta 200 000, que partió del Casco de Santo Tomás (IPN). Por primera vez en la historia del México contemporáneo tomó el Zócalo, el gran símbolo del corporativismo del PRI.

Si bien es cierto que los enfrentamientos bajaron de intensidad y frecuencia, también es cierto que la persecución del régimen no cesó y la respuesta del gobierno de Díaz Ordaz siguió siendo negativa a las peticiones del pliego petitorio. Los activistas dieron prioridad al trabajo político y a la difusión de su lucha, las brigadas y



sus mítines relámpago fueron efectivos, produciendo simpatías por el movimiento a niveles microlocales. Entre el 23 y 26 de agosto la fuerza del movimiento estudiantil forzó al gobierno a buscar una interlocución; el CNH pidió un diálogo directo y público, el gobierno comenzó a desplegar otro tipo de estrategia, el secretario de gobernación, Luis Echeverría, ofreció disposición al diálogo, pero de forma ambigua.

A pesar de los discursos del gobierno y la campaña de los medios de comunicación contra el movimiento siguió en aumento. La marcha del 27 de agosto fue una muestra de legitimidad a sus peticiones; la gran marcha, del Museo de Antropología con destino al Zócalo aglutinó aproximadamente 400 000 personas, lo cual fue un golpe mediático contundente a al discurso oficial.

La victoria se volvió pírrica, esa noche, sin acuerdo de asamblea, Sócrates Campus Lemus tomó el micrófono para informar que acamparían ahí hasta que las puertas del Palacio Nacional se abrieran a escasos tres días del informe presidencial.

Es en este punto que debemos hacer una pausa y tratar de entender algunos hechos en la jornada de ese día, ya que algunas explicaciones oficialistas dieron cierta validez a la actuación del gobierno contra los estudiantes del movimiento. El informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) señala tres acontecimientos que deben señalarse: El izamiento de una bandera rojinegra en el asta del Zócalo; el toque de campanas en la catedral Metropolitana y la acampada en la plancha de la Constitución como estrategia de presión para que Díaz Ordaz dialogara con los estudiantes el día de su informe de gobierno (FEMOSPP, 2008, pp. 116-118).

### **Cerco al movimiento**

Estos hechos no son, no fueron ninguna nimiedad, más si nos ubicamos en el contexto cultural de la sociedad de los sesenta en México.

Todo lo sucedido esa noche en la plancha del Zócalo fueron elementos que simbólicamente transgredieron los límites permitidos en los usos y costumbres del régimen, pero con la posibilidad de que fueran parte de un montaje para cercar al movimiento estudiantil: iglesia, bandera y figura presidencial.

El repique de campanas fue un acto difundido por los medios, provocando un efecto negativo en un país de mayoría católica. La iza de bandera rojinegra alimentó las teorías conspiracionistas del comunismo, eso sin soslayar que, para ese entonces la bandera mexicana era intocables, junto a la Virgen de Guadalupe y el ejército mexicano.<sup>11</sup> La acampada en la plancha de la Constitución, propuesta por Sócrates Campus Lemus<sup>12</sup> fue una provocación directa al gobierno, en la cultura política mexicana, todavía hasta hace unos sexenios, el día del informe era considerado el día del presidente, el principio de autoridad debía imponerse.

En la madrugada del 28 de agosto, en un operativo relámpago, ejército, la policía y hasta bomberos, desalojaron violentamente a los estudiantes, mientras tanto, la lista de heridos y detenidos se engrosaba cada vez más. Al amanecer, ya limpio el Zócalo, el Departamento del Distrito Federal (hoy el Gobierno de la Ciudad de México) convocó a sus burócratas a un mitin de “desagravio” a la bandera. Muchos de los hijos de esos burócratas eran miembros del movimiento estudiantil, entre eso y quizá el hartazgo respondieron con un acto de desobediencia, inesperado en los tradicionalmente dóciles trabajadores del Estado. Ello derivó en un nuevo enfrentamiento, ahora con su propia planta laboral.

En el IV Informe de Gobierno de Díaz Ordaz increpó, regañó y señaló al CNH como parte de una conspiración comunista.<sup>13</sup> Era la

---

<sup>11</sup> Junto a la Virgen de Guadalupe y el propio ejército nacional

<sup>12</sup> Versiones que lo señalan como infiltrado, otras, sólo como un miembro muy acelerado del CNH.

<sup>13</sup> “El Ejército, creado para la salvaguarda de nuestra independencia, nuestra soberanía y nuestra integridad territorial, cumple también, con eficacia, la importante tarea que la Constitución le asigna de conservar la paz y el orden [...] Los

herramienta discursiva que lo facultaba para aplicar la mano dura. El CNH mandó un manifiesto a la nación, donde se reiteraba disposición al diálogo para resolver el conflicto, las condiciones para ello eran: retiro del ejército de las calles, resolución del pliego petitorio, diálogo directo y televisado entre el presidente y el CNH.

El día 13 de septiembre, Díaz Ordaz inauguró el Palacio de los Deportes, el evento pasó a segundo plano debido a que el CNH convocó a una marcha del Museo de Antropología e Historia al Zócalo. Como presagio de la próxima tempestad, el silencio calló la algarraba de las marchas anteriores, se calcula que fueron 250 000 asistentes; un día después, el rector Barros Sierra exhortó a los huelguistas a regresar a clases, a mayor la cercanía de los juegos olímpicos mayor el riesgo de represión.

La lucha simbólica de los jóvenes del 68 puso en crisis los paradigmas de la cultura política mexicana, el 15 de septiembre el representante de la nación, desde el palco presidencial llevaba a cabo el ritual litúrgico de cada año, para celebrar a los héroes de la Independencia; mientras que en la UNAM y el IPN se celebraron verbenas populares y noches mexicanas, el desgaste y la represión no les habían robado la alegría, aún.

A menos de un mes de celebrarse los juegos olímpicos, el gobierno agudizó la represión. El 18 de septiembre la bota militar ocupó

---

desórdenes juveniles que ha habido en el mundo han coincidido con frecuencia con la celebración de un acto de importancia en la ciudad que ocurren: en Punta del Este, Uruguay, ante el anuncio de la reunión de los presidentes de América, se aprovechó la juventud estudiantil para provocar conflictos; la Bial de Pintura de Venecia, muy reciente, de la que estaba pendiente el mundo de la cultura, fue interrumpida con actos violentos; las pláticas de París, para tratar de lograr la paz en Vietnam, que habían concentrado las miradas del mundo entero, fueron oscurecidos por la llamada revolución de mayo' [...] Habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado". IV Informe de Gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. 500 años de Historia de México en documentos. Cuarto Informe de Gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Recuperado de: [http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1968\\_87/Mensaje\\_del\\_Cuarto\\_Informe\\_que\\_rindi\\_al\\_H\\_Congreso\\_293.shtml](http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1968_87/Mensaje_del_Cuarto_Informe_que_rindi_al_H_Congreso_293.shtml)

Ciudad Universitaria, la entrada del ejército al campus universitario se realizó en relativa. El operativo no tuvo ninguna resistencia, fue casi quirúrgico debido a que la Villa Olímpica se encuentra aproximadamente a 2 kilómetros de distancia; tras la ocupación militar de la UNAM, el rector Barros Sierra presentó su renuncia, la cual fue rechazada por el Consejo Universitario, en tanto, Chapingo entregó sus instalaciones a las autoridades ante la inminente entrada del ejército. Tras la toma del campus universitario regresaron los enfrentamientos callejeros, entre el 19 y el 23 de septiembre se dieron fuertes choques en las afueras de la Vocacional 7. En Tlatelolco los estudiantes fueron apoyados por los vecinos de la unidad habitacional y por barrios aledaños como Tepito y Peralvillo (Martínez, 2013, p. 315). La embestida del gobierno rayó en lo criminal, el día 23 fue ametrallada la Vocacional 7, ahora se sabe, por miembros del Batallón Olimpia;<sup>14</sup> mientras que en los alrededores del Casco de Santo Tomás comenzó a prepararse para una verdadera batalla entre huelguistas del Politécnico y el cuerpo de granaderos.

El 23 de septiembre la batalla de Santo Tomás comenzó desde las primeras horas, los alumnos enfrentaron eficazmente a policías de diferentes corporaciones; con barricadas, bombas molotov, cohetes y todo tipo de objetos que sirviese de proyectil; el cuerpo de granaderos fue rechazado y replegado, una vez más el ejército tomó la dirección del operativo. A pesar de ello, los enfrentamientos siguieron hasta las primeras horas del día 24 de septiembre, esto en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. Hubo saldo rojo: una ejecución extrajudicial, un fallecido por los combates, así como una lista indeterminada de heridos; del lado de las autoridades se reportaron gravemente heridos un capitán y dos granaderos

---

<sup>14</sup> Grupo especial encargado del resguardo de la seguridad de los juegos olímpicos, procedió a actuar como un grupo paramilitar. El batallón Olimpia fue creado por Gutiérrez Barrios y estaba integrado, según la FEMOSPP, por miembros de diferentes agrupamientos del ejército, de la DFS, Policía Judicial Federal y del DF e Inspección Fiscal Federal (FEMOSPP, 2008, p. 151).

(FEMOSPP, 2008, pp. 138-139). Los combates se extendieron hasta la unidad de Zacatenco, en la colonia Lindavista, al final también cayó.

Así el México olímpico en los medios, después de la refriega: “Noche de Violencia y Terror en Santo Tomás”, “Cunden los Desmanes y los Actos de Provocación Armadas”, *El Sol de México*; “CORRIO SANGRE”, “TEMOR EN LA CIUDAD”, *La Prensa*; “En Nada Dañan los Conflictos al Prestigio Mundial de México”, *Excélsior* (Del Castillo, 2012, pp. 237, 239, 241 y 242). El clima de linchamiento mediático, la manipulación informativa y el ocultamiento de hechos prepararon las condiciones para el acto final.

La rabia, el agravio y el error en la lectura política de los hechos impidieron salir al movimiento de la inercia en que lo metió el gobierno, ahora era él régimen quien marcaba los tiempos. El CNH convocó a un mitin en un lugar que se había convertido en representativo y estratégico: la plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre, sólo faltaban diez días para la inauguración de los Juegos Olímpicos.

El gobierno usó el espejismo de diálogo con los estudiantes, situación que el CNH no previó, la marcha de Tlatelolco-Casco de Santo Tomás se canceló en aras de propiciar un clima para el diálogo. Durante toda la mañana de ese 2 de octubre hubo movimientos militares, sobre todo en la avenida Manuel Gonzales, La Raza y Buenavista, al norte de la ciudad (Montemayor, 2000, p. 14).

Gente ajena a los condóminos de Tlatelolco merodeaba y se apostaba en lugares altos de los edificios, así como de la ermita de la plaza; alrededor de las 18 horas, el helicóptero que circundaba la zona arrojó dos bengalas, lo cual dio señal a los militares para avanzar. Inició la operación Galeana, cuya finalidad era dismantelar la organización del CNH y apresar a sus principales dirigentes.

Un segundo par de bengalas cayeron, y con ello un hecho desconcertante, tanto para los asistentes al mitin como para los propios militares, que fueron recibidos a tiros. El responsable del operativo fue el general Hernández Toledo, que tenía órdenes estrictas de:

1. Actuar con suma prudencia al contacto con las masas; 2. Si el ataque es con piedras, varillas o bombas molotov, buscar el combate cuerpo a cuerpo sin emplear bayoneta; 3. Aunque haya disparos de parte de los estudiantes, no se hará fuego hasta no tener 5 bajas causadas por bala; 4. Si atacaran con fuego aislado y sin consecuencias, contestar solamente al aire, solamente oficiales; 5. Si la situación lo requiera, contestar como sea necesario (Scherer y Mosiváis, 1999, p. 41).

Según los documentos del exsecretario de defensa de Díaz Ordaz, el general Marcelino García Barragán, el ejército fue recibido a tiros por miembros del Estado Mayor Presidencial, quienes en coordinación con el batallón Olimpia generalizaron el fuego. Dentro de las cinco bajas del ejército estaba el general Toledo Comandante de Paracaidistas, el ejército quedó sin mando en el teatro de operaciones. En muchas pruebas videográficas se puede apreciar que la tropa disparaba a los balcones de los edificios para ubicar al agresor; en otras tomas se puede distinguir a algunos soldados que tiraban y cubrían a civiles para protegerlos del fuego cruzado.<sup>15</sup>

El batallón Olimpia tenía la misión de capturar a los miembros del CNH, vestidos de civil su única forma de identificarse fue el famoso guante blanco, este grupo disparó indiscriminadamente contra la multitud. Atrapados por el fuego del ejército y al grito de *¡Somos batallón Olimpia. No disparen!*, se identificaron con los soldados; posteriormente se coordinó el operativo para la captura; el fuego de algunos francotiradores siguió durante la noche. La matanza de Tlatelolco fue la punta cúspide de la violencia del Estado, cuerpos sin vida de mujeres, niños y hombres se encontraban esparcidos por toda la plaza, la sangre no la borraba la fuerte lluvia que cayó en la noche; toque de queda en la zona, miles de detenidos en los ministerios públicos y en el Campo Militar núm. 1, cientos de

---

<sup>15</sup> Uno de los documentales más difundidos es el de *Las claves de la masacre*, producido por *La Jornada* y el Canal 6 de julio y dirigido por Carlos Mendoza, comercializado en 2002

heridos y un número indeterminado de muertos, algunas versiones indican que fueron hasta 350, Gutiérrez Barrios reportó que sólo fueron 26, entre ellos un soldado (FEMOSPP, 2008, p. 164).

### **Invisibilización del movimiento**

Un día después: “Recio Combate al Dispersar el Ejército un Mitin de Huelguistas”, *Excélsior*; “Balacera entre Francotiradores y el Ejército en Ciudad de Tlatelolco”, *Novedades*; “Tlatelolco, Campo de Batalla. Durante Varias Horas Terroristas y Soldados Sostuvieron Rudo Combate”, *El Universal*; “Muchos Muertos y Heridos; habla García Barragán”, *La Prensa*, “Muchos Muertos y Heridos; habla García Barragán”, “Criminal Provocación en el Mitin de Tlatelolco causó Sangriento Zafarrancho” (Poniatowska, 1998, pp. 164-165). En días subsecuentes a la masacre aparecieron publicados encabezados en los diarios difundiendo la versión conjurista promovida por Díaz Ordaz: “Preso el que Armó a los Terroristas”, *El Sol de México*; “CONJURA CONTRA LOS MEXICANOS. TERRORISTAS EXTRANJEROS LOS CULPABLES”, ¡Extra!; “TERRORISTAS EXTRANJEROS”, *La Prensa* (Del Castillo, 2012 pp. 268, 268 y 301).

A los pocos días, los restos del CNH respiraban por la herida. Una facción del Consejo buscaba aún el diálogo, el 9 de octubre se confirman encuentros entre las partes, se establecieron tres condiciones: libertad a los presos políticos; salida del ejército del Casco de Santo Tomás y cese a la represión. En tanto, el ejército custodiaba los lugares públicos en los cuales pudieran reorganizarse el CNH.

La inauguración se llevó en tiempo y forma por Díaz Ordaz, 12 de octubre de 1968; el fuego olímpico lo encendió Norma Enriqueta Basilio Sotelo, la primera mujer en hacerlo en toda la historia de los juegos olímpicos modernos. Ese mismo día fue dictado auto de formal prisión a quienes fueron hechos presos el 2 de octubre.

La masacre de Tlatelolco no puede ser escondida del todo, muchos noticieros mundiales, vía corresponsales en México para

cubrir los juegos olímpicos transmitieron imágenes de lo sucedido, situación por la cual el embajador de México en la India, Octavio Paz, presentó su renuncia a la Secretaría de Relaciones Exteriores, fue concedida el 18 de octubre. Semanas después, declaró al periódico *Le Monde*: “Se trató de un acto de terrorismo puro y simple del Estado” (Condés, 2001, pp. 90-91). La represión e intimidación siguió en las calles, la policía amedrentó un acto luctuoso llevado a cabo el 1 y 2 de noviembre (día de muertos) en la plaza de Las Tres Culturas. Para finales de noviembre, el movimiento se encontraba maltrecho, desgastado y dividido. El dilema era regresar a clases hasta que fueran cumplidas las demandas del pliego, frente a los que optaban por la opción de regresar a clases y desde ahí reorganizarse. El 21 de noviembre, Barros Sierra llamó al regreso de la vida académica para el 25 de noviembre; la discusión entre mantener al CNH siguió, pero cada vez predominaba la tendencia de regresar a las aulas.

El 3 de diciembre fueron atacados a tiros estudiantes de la Facultad de Derecho desde un carro, mientras, escuela por escuela se comenzaba a levantar la huelga. Para el 4 en la unidad Zacatenco del IPN se leyó la Declaración de Tlatelolco, dos días después, en la asamblea llevada en la politécnica Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), la mayoría votó por la disolución del CNH, el sueño había terminado.

### ¡COMENTARIOS FINALES DE ALGO INCONCLUSO!

En el marco de las transiciones latinoamericanas y el discurso de la democracia electoral, México comenzó a construir una memoria que configuraba al Movimiento del 68 como parte de esa “fiesta de la democracia”. Fue en 1997 cuando inició lo que en su momento los analistas llamaron *transición a la democracia*, en las elecciones intermedias el PRI perdió la mayoría absoluta; en el otrora Distrito Federal por fin hubo elecciones, las cuales fueron ganadas por



ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD) cuando era considerado un partido de izquierdas y que incluso, muchos miembros del 68 y de los partidos comunistas y socialistas fueron cofundadores.

Fue en su gobierno, el de Cárdenas, cuando en 1998 se cumplieron 30 años del movimiento. Surgió entonces el discurso memorístico y sin fondo de la epopeya del 68, la bandera Nacional a media asta en el Palacio de Gobierno; en ese ambiente transicional, fue en las televisoras de Televisa; Canal 11, 22 y 40 donde se difundió ese discurso ciudadanizado y democrático del 68. La construcción de esa memoria se volvió hegemónica, algunas élites académicas monopolizaron el tema bajo el falso discurso del rigor académico, silenciando otras voces. La visión idílica del movimiento es un argumento para la presentación minimalistas de la historia, como la de Enrique Krauze, exaltando la fealdad de Díaz Ordaz y dejando de lado los problemas estructurales que dieron pie a personajes como Echeverría, Nazar Haro, Gutiérrez Barrios, entre otros.

Comenzó la idolatría y el culto a una lucha presentada como políticamente correcta, moralmente pura y con vocación al martirologio. La memoria ciudadanizada del movimiento dibuja a un estudiantado inerte, sin posibilidad de autodefensa; negando así la memoria subterránea de aquellos jóvenes combatientes del 68 que lograron convertir escuelas en verdaderos fuertes, la de las barricadas que fueron muchas veces infranqueables, la de las bombas molotov, la de las autodefensas que causó un escenario de preinsurrección popular, alcanzando a articular resistencias barriales.

Es necesario y verdaderamente sano para el país entender que, el movimiento del 68 fue un catalizador de la lucha armada en ciertos contextos geográficos. El visibilizar estas memorias insurrectas nos permite reiterar que la violencia del régimen ha sido una constante, desde el 1968 hasta Ayotzinapa.

La memoria hegemónica ciudadana del 68, que incluye a sectores de la izquierda renegados, a las instituciones educativas y gobiernos progresistas, nos invita a olvidar y extirpar la parte subversiva

del movimiento que de él emanó. La memoria incomoda del 68 ha sido colocada en lo subterráneo por la historia oficial del 68, algo debe quedar claro, el olvido es fascista y, por lo tanto, no olvidar es una obligación ética.

## REFERENCIAS

- Arechiga, R., et. al. (1998). *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68*. México: Océano.
- Bartra, A. (2012). *1968. El Mayo de la Revolución*. México: Fundación Rosa de Luxemburgo-Stiftung/Para leer en libertad A.C.
- Basañez, M. (2008). *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*. México: Siglo XXI.
- Biblioteca Garay. 500 años de México en documentos. Cuarto informe de Gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz. en: [http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1968\\_87/Mensaje\\_del\\_Cuarto\\_Informe\\_que\\_rindi\\_al\\_H\\_Congreso\\_293.shtml](http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1968_87/Mensaje_del_Cuarto_Informe_que_rindi_al_H_Congreso_293.shtml)
- Castañeda, J. (1999). *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*. México: Alfaguara.
- Condés, E. (2001). *10 de junio, ¡No se olvida!* México: BUAP.
- Del Castillo, A. (2012). *La fotografía y la construcción del imaginario. Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968*. México: Instituto Mora/UNAM.
- Evangelista, A. (2011). La toma del Casco de Santo Tomás. En *RE-incidente: Historia, Economía, Sociología, Ciencias y otras cosas*, año II, núm. 22. 2da. quincena de septiembre de 2011.
- FEMOSPP (2008). *Informe Histórico Presentado a la Sociedad Mexicana*. T. IX; -México: Genocidio y Delitos de Lesa Humanidad . Colección: Documentos fundamentales 1968-2008. México: Comité 68 Pro Libertades Democráticas A. C.
- Hobsbawm, E. (2007). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2014). *Historia del siglo XX. Historia del mundo contemporáneo*. Barcelona. Crítica.
- Krauze, E. (1997). *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México: Tusquets.
- Martínez, A. (2013). *El 68. Conspiración comunista*. México: UNAM.
- Martínez, A. (coord.) (2014). *La izquierda mexicana del siglo XX*. Libro 1. Cronología. México: UNAM/Gobierno del Estado de Morelos.

- Meyer, L. (2013). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México*. México: Debate.
- Molinar, J. (1993). *El tiempo de la legitimidad. Elecciones, autoritarismo y democracia en México*. México: Cal y Arena.
- Montemayor, C. (1999). *La guerrilla recurrente*. México: UACJ.
- Montemayor, C. (2000). *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. México: Planeta.
- Montemayor, C. (2010). *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968*. México: Debate.
- Morley, J. (2010). *Nuestro hombre en México. Winston Scott y la historia oculta de la CIA*. México: Taurus.
- Poniatowska, E. (1998). *La Noche de Tlatelolco*. México: ERA.
- Poniatowska, E. (2001). *La Noche de Tlatelolco*. México: ERA (Edición corregida).
- Redacción Dialektika (2018, 2 de mayo) Mayo Francés o Mayo del 68 (algunas frases). Recuperado de <https://dialektika.org/2018/05/02/mayo-frances-frases/>, el 23 de abril de 2021.
- Scherer, J. y Monsiváis, C. (1999). *Parte de guerra, Tlatelolco 1968. Documentos del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*. México: Aguilar.
- Si lo queréis no será más que un Blog...* Frases del mayo francés (1968). en: <http://enriquegri.blogspot.mx/2007/03/frases-del-mayo-frances-1968.html>
- Zermeño, S. (1998). *México: Una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.



**UNA CUESTIÓN TABÚ: JÓVENES EVANGÉLICOS  
MEXICANOS ANTE EL MOVIMIENTO  
ESTUDIANTIL DE 1968**

*Carlos Enrique Torres Monroy*

**INTRODUCCIÓN**

Conmemorar el cincuenta aniversario del movimiento de 1968, como un referente obligado para comprender la participación política de los estudiantes mexicanos, precisa observar los matices regionales o gremiales que distinguieron a sus protagonistas. Lejos de valorar su grado de participación en el movimiento, existe la necesidad de entender su actuar, tanto individual como grupal, a fin de estudiar otras formas de sociabilidad o de quehacer político. En este sentido, este trabajo pretende acercarse a los evangélicos<sup>1</sup> mexicanos que se unieron a las movilizaciones de 1968 y ver cómo se enfrentaron a sus respectivas instituciones religiosas. Este problema surgió a

---

<sup>1</sup> Para efectos de este trabajo, se utilizará por igual el término “evangélico” y “protestante” para referirse a los grupos de cristianos no católicos que conforman las distintas ramas del protestantismo y que llegaron a México a mediados del siglo XIX, y que a su vez comparten los principios de la reforma Protestante del siglo XVI. Entre los grupos que se mencionarán están los metodistas, los bautistas, los presbiterianos y los pentecostales.

partir de una revisión bibliográfica sobre la historia de la Iglesia metodista en México.

Como parte de las memorias del Congreso Nacional Metodista, celebrado en noviembre de 2001 y que congregó a ministros y feligreses de la Iglesia metodista de México, el historiador metodista Daniel Escorza señaló que no era desconocida la participación de jóvenes metodistas durante el movimiento estudiantil. Sin embargo, destacó el “silencio y la falta de denuncia” ante la matanza de Tlatelolco (Escorza, 2001, p. 31). Otro intelectual evangélico, Luis Scott, mencionó que otras agrupaciones de religión protestante habían tenido el mismo problema: miembros jóvenes que participaron en movilizaciones, incluso algunos fueron encarcelados (Scott, s/f, p. 11). Ambos autores destacaron la omisión de las iglesias para tomar una postura ante tales acontecimientos.

Para el estudioso del protestantismo en México, Jean Pierre Bastián (1986), se debió a que a partir de la década de 1920 los evangélicos tomaron una posición conservadora y anticomunista, misma que se intensificó al inicio de la Guerra fría. Dado que el Estado mexicano a partir de 1917 comenzó el proceso de monopolizar la educación primaria y los servicios sanitarios, rubros con los que los misioneros protestantes extranjeros se abrieron paso a finales del siglo XIX, el protestantismo mexicano tuvo que cambiar el modo de atraer adeptos. Según Bastián, esto produjo un cambio en el lenguaje hacía un “matiz más conversionista” (p. 296), lo que implicó un acercamiento al fundamentalismo bíblico.<sup>2</sup> Esta doctrina representó una alternativa de proselitismo para las agrupaciones evangélicas, puesto que ofrecieron a los sectores populares opciones distintas a la organización política, como el adoctrinamiento religioso enfocado en el individuo. Desde la perspectiva *bastiana*, los grupos que aceptaron esta propuesta doctrinal conformaron

---

<sup>2</sup> El fundamentalismo bíblico en el protestantismo es una doctrina que surgió en EU a principios del siglo XX, que consiste en aceptar literalmente todo el texto bíblico, incluyendo relatos como la creación y el diluvio narrados en el Génesis o el fin del mundo en el Apocalipsis.

“un protestantismo totalmente refuncionalizado y subordinado al proyecto político y económico” (Bastián, 1984, p. 196).

No obstante, enfocarse en un protestantismo de mediados del siglo XX acrítico y enfrascado en sí mismo conlleva a marcar distancia respecto a la participación de los evangélicos en el ámbito social, que incluyó su intervención en la Revolución mexicana.<sup>3</sup> Para Rubén Ruiz (1995) este involucramiento se debió a la dinámica que existía en las congregaciones protestantes:

participación de los feligreses en la toma de decisiones, el contacto con la realidad de un gobierno que se alejaba cada vez más de los principios pregonados y el creciente deterioro de los medios existentes para integrarse a la sociedad (p. 126).

Esto permite entender el rol de liderazgo social que ciertos protestantes, ya fueran ministros o laicos, protagonizaron aún después de la Revolución. Uno de ellos fue el pastor metodista Abraham Marcelino Ávila, quien dirigió repartos agrarios en la zona de Chalco y Tlalmanalco, Estado de México, a finales de la década de 1920. Su labor no fue un obstáculo para que continuara con su obra ministerial, pese a que estuvo en la cárcel y armó un contingente de ejidatarios (Espejel, 1995, pp. 109, 110). Sin embargo, recibió críticas por parte de dirigentes metodistas que cuestionaban su proselitismo religioso de carácter social. El más notable de estos comentaristas fue Gonzalo Báez Camargo, un exoficial del ejército constitucionalista que realizó sus estudios en el Seminario Evangélico Unido, un instituto protestante para la formación de pastores.

En un discurso para los graduados de la clase de 1928, Báez criticó ese “socialismo cristiano”, porque no se enfocaba en la tarea central de los evangélicos, que era promover una reconversión

---

<sup>3</sup> Entre los protestantes que participaron a lo largo del proceso revolucionario se encuentran José Rumbia (metodista, participante en la huelga de Río Blanco), Pascual Orozco (congregacionista, general maderista y jefe de los colorados), Benigno y Ángel Zenteno (metodistas, generales zapatistas).

religiosa: “poner a un pueblo que se cree cristiano, en contacto con un Cristo viviente, al cual desconoce” (Báez, 1929, p. 1).

### EL TABÚ DEL SOCIALISMO CRISTIANO

Los tabúes, como un modo de silenciar o distorsionar ciertos acontecimientos históricos que son controvertidos, han sido un tema poco abordado en la historiografía contemporánea. Para el historiador Marc Ferro (2014), el tabú se genera hacia el interior de las instituciones de poder, como la Iglesia, en algún aspecto sobre su origen que, sin embargo, es “la fuente de su legitimidad” (p. 15). Como tal, los tabúes pueden germinarse tanto en el tiempo contemporáneo del acontecimiento, en cuestión, como en épocas posteriores. También se identifican gracias a distintas interpretaciones de las fuentes históricas, cuyas conclusiones pueden provocar controversias e incluso escándalos que carcomen los cimientos de la memoria colectiva.

En la esfera religiosa, Ferro presenta dos ejemplos de cómo surgen los tabúes a partir de la revisión de acontecimientos que habían sido incontrovertibles. El primero se trata de la matanza de San Bartolomé en 1572, cuando el rey de Francia Carlos IX aprobó el asesinato de protestantes hugonotes, quienes supuestamente se alzaban en favor de la libertad religiosa, cuando en realidad trataron de formar una república teocrática a la manera del reformista Juan Calvino en Ginebra, gobierno que se caracterizó por su autoritarismo (p. 24). El segundo es el debate en torno a Juana de Arco como una heroína nacional en la década de 1980, cuya reconstrucción histórica omitió los documentos relativos a su juicio inquisitorial, ya que la legitimidad del triunfo de los franceses no podía respaldarse en una religiosa santa o hereje (p. 13).

Los tabúes cumplen la función social de evitar la confrontación ante eventos del pasado que se quieren olvidar o al menos mantenerlos lejos del debate público. En el caso del pastor Abraham Ávila



y su “socialismo cristiano”, el tabú no se encuentra en la obra social que emprendió, la cual pudo comunicarla en el periódico oficial de la Iglesia Metodista. En 1929 publicó un artículo en el que respondió a las críticas argumentando que su labor era parte de su servicio cristiano y que se desligaba del “espantoso zapatismo”, al que llamó “hijo monstruoso” de la Revolución y el cual espantaba a los que se inmiscuían en la cuestión agraria (Ávila, 1929, p. 4). Con este discurso, tanto el pastor como la editorial metodista se desligaron de sus miembros que militaron en las filas zapatistas. Si bien los metodistas y otros protestantes nunca emitieron algún comunicado oficial en contra del zapatismo u otro movimiento radical, relegaron al ostracismo cualquier expresión que no propusiera un respeto irrestricto hacia las autoridades de gobierno. Lo anterior no significó que los protestantes hicieran a un lado la cuestión social.

En la década de 1940 Gonzalo Báez Camargo, bajo el pseudónimo de Pedro Gringoire, utilizó el concepto de *Cristo obrero* para recuperar la faceta de carpintero de Jesús de Nazaret que honra el trabajo. Este enfoque representó una alternativa al discurso comunista, que supuestamente vinculaba a la religión como enemiga de la clase proletaria y aliada de la burguesa (Mondragón, 2005, p. 82). Sin entrar en detalles sobre la concepción del *comunismo* entre los protestantes, aspecto que puede ser tratado en una investigación posterior, es probable que la postura de Báez se haya arraigado a partir del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos de 1933.

En aquella reunión se discutió sobre la postura ideológica que debía primar en la educación superior. Por un lado, estaba la posición del grupo de Vicente Lombardo Toledano que proponía la filosofía marxista como pauta única de enseñanza, mientras que el grupo de Antonio Caso alentaba la libre cátedra. Aunque ambas posturas promovían una cultura de “la subordinación de los intereses individuales a los intereses del grupo” en una comunidad (Velázquez, 2011, p. 7), Báez Camargo no dudó en tomar partido por el bando de Caso, puesto que éste era más cercano a la educación laica, alejada de toda doctrina religiosa, pero también política.

Para el periodista evangélico Carlos Martínez (1994), la postura de Báez permitió distinguir a un protestantismo intelectual “abierto a dialogar en la arena pública con otras escuelas de pensamiento, sin con ello perder los propios rasgos distintivos de la fe” (p. 17).

Pese a estas posturas, hubo ministros evangélicos que no pudieron desprenderse de su labor social, la cual, dado el carácter rural del país, estuvo ligada con el problema agrario. En este escenario la figura del pastor metodista Rubén Jaramillo destacó. Desde los 15 años se había integrado en las filas del movimiento zapatista en Morelos, región en la que no alcanzó a imponerse la paz y la estabilidad, aún con la muerte de Emiliano Zapata. Los conflictos entre los nuevos ejidatarios y las autoridades civiles desencadenaron alzamientos guerrilleros que tuvieron un matiz religioso en sintonía con el alzamiento cristero de 1926 (Aguilar, 2014, pp. 26-28). Lejos de resolverse el problema, las luchas agrarias persistieron hasta la década de 1940, cuando Jaramillo encabezó movilizaciones en paralelo con otros líderes morelenses. Con respecto a su rol como dirigente religioso, Jaramillo se enfrentó al tabú que significó convertirse en un disidente del gobierno mexicano:

Yo soy Metodista [...] de la Iglesia Metodista, y ya no soy predicador aun cuando me gusta mucho predicar, sobre todo a los jóvenes. Es algo de lo que más voy a extrañar ahora que andemos de un lugar a otro, la escuela dominical y los estudios bíblicos. En la iglesia he aprendido mucho por lo que nunca dejaré de serle fiel, aun cuando sé que muchos hermanos me van a condenar y le van hacer el juego al gobierno llamándome bandolero, asaltante y traidor al cristianismo [...] Si tan sólo supieran y quisieran comprender que es Cristo el que me mueve a luchar en favor de los pobres [...] A mí no me siguen porque sea metodista o cristiano [...] Me siguen porque la religión no me ha hecho olvidar que soy hombre y que soy campesino, sino que por el contrario, conforme más pienso en el ministerio de Cristo más hombre me siento y más orgulloso estoy de la clase en la que me he formado (Macín, 2002, p. 17).

Esta declaración fue recogida por el también pastor metodista Raúl Macín (2002) quien, a raíz del asesinato de Jaramillo en 1962, vio la necesidad de realizar un texto biográfico, centrándose en su faceta de creyente. El reto no fue sencillo, puesto que tuvo que conciliar a los detractores evangélicos y de izquierda que no concebían que Jaramillo fuera religioso y luchador social. Al poco tiempo del homicidio, Macín envió dos artículos al periódico de la Iglesia Metodista, *El Evangelista Mexicano*, pero ninguno fue publicado (p. 8). Ante la negativa de poder publicar algún escrito en México relacionado con el caso, en 1970 logró que una primera edición de su libro se imprimiera en Uruguay. En el prólogo el autor criticó la censura de la época, producto de las movilizaciones estudiantiles de 1968, las cuales utilizaban como icónicos a las figuras de Ernesto Guevara, Mao Zedong y otros líderes del mundo comunista, en vez de enarbolar a los héroes nacionales (p. 9).

El uso de retratos extranjeros por parte de los manifestantes en 1968 fue otro motivo de reprobación hacia el movimiento estudiantil por parte de la comunidad evangélica. Báez Camargo, en su papel de reportero del periódico *Excelsior*, acusó a los huelguistas de estar controlados por agencias internacionales afines a la Unión Soviética. Para el periodista, los estudiantes eran una herramienta que tenía el fin de quebrantar a las instituciones y autoridades del país. Bajo esa lógica, consideraba que el gobierno tenía la legitimidad para utilizar la fuerza militar (Martínez, 1994, p. 24). Esta opinión no fue exclusiva de individuos evangélicos, sino también de las iglesias. A través del periódico de la iglesia presbiteriana, *El Faro*, se justificó el actuar de las fuerzas gubernamentales debido a que “se metieron elementos provocadores, que confines totalmente negativos, distorsionaron el movimiento” (Citado en Scott, 1991, p. 72). Aunque no hay referencias de estudiantes evangélicos que se hayan apropiado de personajes comunistas, el movimiento estudiantil mexicano prefirió utilizar a éstos por encima de los

nacionales debido a la apropiación que el gobierno hizo de ellos para legitimarse.<sup>4</sup>

La incorporación de evangélicos en movimientos sociales fue un tabú que las instituciones eclesásticas protestantes trataron de ignorar o silenciar, ya que contrariaba el rol que pretendían proyectar: una religión que respetaban al Estado mexicano el cual garantizaba un entorno de laicidad y libertad de culto. Pese a que la comunidad evangélica de México no llegaba al medio millón de habitantes a mediados del siglo XX, sufrió un acoso por parte de la Iglesia e individuos católicos. En 1944 el arzobispo de México, Luis María Martínez, redactó una carta pastoral en contra del protestantismo, a fin de proteger a “la fe católica que hace cuatro siglos nos trajo a la Santísima Virgen de Guadalupe”, lo que indirectamente desató actos de violencia física contra los protestantes en varias poblaciones del país (*Problemas de Latinoamérica*, 1956, pp. 62, 63). Frente a esto, la comunidad evangélica se movilizó con todos los medios a su alcance, incluida una concentración pública en el hemisiciclo a Benito Juárez el 21 de marzo de 1957. Durante su discurso, el ministro Alfonso Mejía no sólo recalcó la importancia de las Leyes de Reforma para el establecimiento de la libertad de creencia, sino la importancia de la educación laica, la cual no debía ser un obstáculo para la religión protestante puesto que para eso contaban con sus templos (Mejía, 2006, p. 71).

Con esta declaración, los protestantes manifestaron una postura política que consistiría en demostrar su lealtad al Estado siempre que éste defendiera los principios liberales; aunque eso significara ceder aquello por lo que se dieron a conocer ante el público, su labor educativa. Por esto no fue casual que Mejía mencionara a Jaime Torres Bodet (p. 70), emprendedor de una campaña de alfabetización

---

<sup>4</sup> Un ejemplo de esto fue en la reunión de la Confederación Nacional Campesina y el presidente Gustavo Díaz Ordaz, en agosto de 1968. Ante un recinto adornado con la figura de Emiliano Zapata, sosteniendo un rifle, el secretario de la confederación, declaró que el sector de los campesinos condenaba la violencia de los alborotadores (Del Castillo, 2008, p. 91).

y construcción de escuelas durante su gestión en la Secretaría de Educación Pública, de 1943 a 1946. Basados en lo anterior, se pueden comprender las acciones tomadas por los ministros protestantes ante sus jóvenes que se unieron a la movilización estudiantil. De acuerdo con Luis Scott, hubo miembros que aplaudieron la intervención del gobierno en Tlatelolco, mientras que otros lamentaron esa decisión, pero sin manifestar una postura antigubernamental. Si bien no está claro si dichas opiniones se expresaron en los púlpitos o en otros espacios de convivencia religiosa, Scott señaló que el movimiento del 68 generó conflictos en varias congregaciones, al grado de que algunos jóvenes abandonaron sus respectivas iglesias (Scott, s/f, p. 11).

Por supuesto, esta cuestión no puede encontrarse en la memoria institucional (oral o escrita) de estas agrupaciones, sino que surgió por la iniciativa de individuos que buscaron acercarse a esas historias no contadas, pese a que no todas han podido salir a la luz. Por ejemplo, Scott omitió el nombre de los estudiantes que entrevistó, que fueron detenidos tras los sucesos de Tlatelolco, por la “delicadeza de la información obtenida” (p. 11). En una entrevista realizada en 1970, Raúl Macín, ahora como líder del movimiento Iglesia y Sociedad en América Latina, área México, afirmó que muchos jóvenes metodistas participaron en el movimiento, incluyendo una que fue abusada sexualmente en el campo militar número uno. De igual forma, sin mencionar nombres, también afirmó que muchos de aquellos participantes fueron perseguidos y expulsados del metodismo (Macín, 1970, pp. 58-60).

Lejos de querer indagar sobre los protagonistas y los detalles sobre su participación en el movimiento, los datos recabados plantean otras interrogantes relacionadas con la dinámica interna de estas iglesias, su relación con sus miembros jóvenes y por qué una masa de este colectivo vio en un movimiento secular una opción de activismo; aun sabiendo lo que implicaba participar en un movimiento antigubernamental y al mismo tiempo ser creyentes, aspecto que podía ser criticado por ambos bandos.

## JÓVENES EVANGÉLICOS Y LA SOCIABILIDAD EN LA ESFERA RELIGIOSA

A mediados de la década de 1960 surgió, dentro de los historiadores franceses incorporados en la llamada *escuela de los Annales*, una inquietud por ahondar en la historia política al margen de los Estados. Para ese entonces, el enfoque de estudio se centraba en obras de corte social y económico, cuyo referente era Fernand Braudel y su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* o en el acercamiento a la antropología y a la sociología por parte de George Duby, cuya propuesta permitió a los historiadores adaptar conceptos como el de “estrategia”, “hábito” o cualquier otro relacionado con la vida cotidiana (Burke, 2006, p. 82). Este diálogo interdisciplinar propició que el historiador Maurice Agulhon se acercara al concepto de sociabilidad por medio de autores como Georg Simmel, Georges Gurvitch y Max Weber, quienes lo abordan a partir de las “sociedades globales”, las “agrupaciones particulares” y “todo lo que se halla entre los poderes organizados y reconocidos [...] y la comunidad natural de la familia” (Citado en Agulhon, 2009, pp. 41, 42). Con estas bases, en 1966 Agulhon publicó *La sociabilité méridionale*, en donde propuso abordar el tema mediante una triple arista: lo geográfico, lo cronológico y la vida asociativa. En el primer aspecto apuntó a los temperamentos regionales, que influyen a que ciertas zonas puedan “reclamar una psicología colectiva”. En la cronología se refirió a que las sociabilidades se componen de costumbres que “evolucionan”, pero sin grandes modificaciones en sus bases, como en el acto de saludar (Agulhon, 2016, pp. 112 y 113).

En 1970 salió de la imprenta su obra *La república en la aldea*, en la que Agulhon analizó la conducta y conciencia política en la región francesa de la Provenza, entre 1789 y 1851. Para Burgière (2009), la obra destacó por demostrar que la transición hacia la modernidad rural no se debía a la transformación de estructuras económicas y sociales, sino a la participación de los campesinos “a

través de la sociabilidad pasional y conflictiva que se creaba durante las campañas electorales” (p. 166).

Otro historiador que utilizó el concepto de sociabilidad fue Michel Vovelle, que en 1985 publicó *La mentalidad revolucionaria*. Tomando como ejemplo a los jacobinos de la Revolución francesa, Vovelle (1989) propuso que la sociabilidad evolucionaba a “formas de organización de una opinión pública” (p.156). Para ello recurrió al estudio de las redes de correspondencia de los distintos clubes y sociedades populares. Esto le permitió descubrir que dichas agrupaciones aglutinaban por igual a la clase trabajadora y a la burguesa. Vovelle concluyó que las manifestaciones colectivas de los jacobinos eran “una rama de la ideología de las Luces” que consideraban que, para alcanzar los objetivos del hombre, como la libertad, la igualdad y la fraternidad, era necesaria la revolución política (p. 163).

Esta conjunción de lo político con lo cotidiano quedó plasmada en 1977, con la publicación del libro *El círculo burgués* en 2006. En sus páginas, Agulhon propuso utilizar el término *círculo* para designar a aquellas agrupaciones de individuos que se juntaban para realizar alguna actividad de esparcimiento. Esta forma de ocio la entendió como un reflejo del proceso de modernización, que incluía su control por parte de las instituciones del Estado, como, por ejemplo, de las reuniones de juego para evitar que se convirtieran en espacios de crítica política o de apuestas (2009, p. 65).

Sin importar el pasatiempo que se practicara, Agulhon detectó que la política intervenía en la vida de estas asociaciones, que podían tener “libertad de opinión, pero no la libertad de traducirla en acción colectiva” (p. 123). Si bien esta perspectiva historiográfica se enfocó en los sujetos de los siglos XVIII y XIX, se trató de un modelo que fue contemporáneo de los alzamientos juveniles a escala planetaria de 1968, que pretendían hacer transformaciones profundas en la sociedad por medio de nuevas formas de sociabilidad que se abrieran a la participación democrática o que ofrecieran alternativas de esparcimiento.

En el caso de los jóvenes evangélicos mexicanos, para aplicar el modelo de Agulhon primero hay que detenerse para comprender el entorno en el que se desarrollaron.

De la poca información estadística sobre los protestantes en el país, en 1964 se publicó una encuesta que se aplicó a 211 individuos de esta religión en la Ciudad de México. Para establecer una mayor diferenciación, la muestra se dividió entre las categorías “denominacional”, para asignar a los que pertenecían a iglesias que se instalaron a finales del siglo XIX y principios del XX (metodistas, presbiterianos, bautistas, congregacionales, entre otros); “pentecostal”, para referirse a las agrupaciones que comenzaron a florecer a mediados del siglo XX; y “evangélico”, compuesto por aquellos que no se identificaron con las otras dos. Los datos arrojaron que entre los denominacionales 57% pertenecía a la clase media, 11% a la media alta o alta, y 32% a la clase “proletaria”; en contraste, los pentecostales se componían de 58% de clase proletaria, 36% de clase media y 4% de clase media alta o alta (Wonderly y Lara-Braud, 1964, p. 15).

Con respecto a sus integrantes, entre los denominacionales 56% de su población pertenecía a “familias protestantes”, es decir, eran evangélicos de segunda generación, mientras que entre los pentecostales el porcentaje que había crecido dentro de esa religión era de 38% (p. 17). La encuesta también arrojó datos sobre la responsabilidad de las iglesias en asuntos sociales y cívicos de los entrevistados: 67% de los pentecostales y 57% de los denominacionales, respectivamente, consideraron que su iglesia debiera ofrecer mucha orientación sobre problemas obrero-patronales; de igual manera, 93% de los pentecostales y el 84% de los denominacionales consideraron que su iglesia debiera ofrecer mucha orientación sobre los derechos y responsabilidades cívicas (p. 46).

Esta muestra revela que, a pesar de su condición de minoría religiosa, el protestantismo en México conformaba una comunidad bastante diversa. Para efectos de este trabajo, el aspecto más destacable fue la presencia de sujetos que habían sido evangélicos durante toda



su vida y que, por lo tanto, no pasaron por un proceso de conversión religiosa como sí lo hicieron sus padres o abuelos, sino uno de asimilación y pertenencia al grupo. Esto obliga a entender a un protestantismo cuyo incremento dependió de la reproducción biológica de sus miembros más que por la búsqueda de nuevos conversos hacia el mundo exterior. Esta cuestión ya había sido abordada desde la antropología, gracias a trabajos como el de Carlos Garma (2007), quien observó una desafiliación de protestantes de segunda o más generaciones y que en su mayoría solían ser jóvenes. Dado que ellos no vivieron un momento de sus vidas que los haya motivado a cambiar de religión, les resultaba más difícil apearse a su respectiva iglesia, como sí lo fue para una persona que se convirtió al protestantismo por medio de una escuela protestante o porque lo ayudaron a dejar algún vicio, por ejemplo. En este entorno, Garma detectó tres posibles escenarios para estos jóvenes.

El primero es la “promoción y la consolidación en la institución religiosa en la que nacieron”, para lo cual es determinante que el sujeto participe y se identifique con el quehacer de su iglesia, los ritos y ceremonias, para que algún día él también pueda ocupar cargos de liderazgo y gestionar esos servicios religiosos (p. 289). El segundo es el “cambio religioso”, que se refiere a los jóvenes que perciben contradicciones entre el modo de vida que les inculcaron y lo que ellos están observando; aunque también pueda deberse al interés por buscar nuevas alternativas religiosas (pp. 289 y 290). El tercero es la “pérdida de la afiliación religiosa”, que es cuando la persona abandona la iglesia donde creció y, en casos más extremos, declararse atea (p. 290).

Para abordar este tema desde la disciplina de la historia, conviene analizar los documentos relativos a los jóvenes de las iglesias protestantes. Con base en la poca documentación hallada, se sabe que los metodistas, presbiterianos y bautistas contaban con su propio ministerio juvenil que heredaron de los misioneros extranjeros, como las ligas Epworth, de los metodistas o la Sociedad de Esfuerzo Cristiano de los presbiterianos. De la obra juvenil metodista, de la

cual se tiene más información, se sabe que sus ligas juveniles fueron creadas al interior de sus centros educativos y posteriormente en sus templos. De acuerdo con el ministro Manuel Flores (1980), los miembros de estas agrupaciones no tenían un rango de edad fijo, podían tener de 12 a 25 años o incluso más. Cada una de las ligas tenía la función de cooperar con las actividades generales de la institución metodista.

A partir de la década de 1930, cuando se constituyó la Liga Metodista de Jóvenes, se trazó un plan de trabajo en el que los ligeros debían colaborar: campañas antialcohólicas y de alfabetización, colecta de dinero para ministros de zonas rurales y una misión mexicana en Costa Rica, y la formación de “patrullas salvacionistas”, cuyo fin, posiblemente, era la evangelización (Flores, 1980, pp. 55-57). En resumen, esta organización funcionó para auxiliar en las labores de cada templo que contaba con integrantes jóvenes, sin los cuales no se podían concretar proyectos.

El investigador Felipe Vásquez (2011) descubrió que, entre las décadas de 1950 y 1970, una congregación metodista de Veracruz había sufrido un decrecimiento numérico a causa del deceso natural de los miembros fundadores y a la partida de sus jóvenes, quienes iban a buscar trabajo en las ciudades o se casaban con alguien no evangélico, lo cual entorpeció la organización del Congreso Nacional de Jóvenes Metodistas (Vásquez, 2011, pp. 333-334).

Otra de las actividades de la liga era la difusión de su órgano oficial, *Vanguardia Juvenil*, fundado en 1932 por Manuel Flores, cuatro años antes de la conformación de la liga. El objetivo de la publicación era la de compartir los acuerdos alcanzados en los congresos, las noticias del trabajo de las ligas en las distintas congregaciones metodistas del país, artículos de contenido religioso para la juventud y en menor medida opiniones de los jóvenes metodistas. De este contenido destacaron las reseñas de eventos, como el realizado en marzo de 1968 en la iglesia de la colonia Balbuena en la Ciudad de México. Además de la reunión religiosa, los “momentos de recreación” y el refrigerio, la nota da cuenta de los integrantes de

la liga: una presidenta, un consejero, un presidente de patronato de actividades juveniles, una secretaria, una tesorera y comités de administración, social, prensa y publicidad, actividades deportivas y artísticas, los cuales se elegían cada año (Ruiz, 1968, pp. 25-26). Dicha estructura organizativa permitía que los miembros de la liga, independientemente de su género, tuvieran experiencia en la dinámica del cuerpo de gobierno metodista y permitía que los posibles ministros tuvieran experiencia de liderazgo.

Si bien no se tiene constancia de que era obligatorio incorporarse en la liga, ésta proporcionaba opciones atractivas para los jóvenes. Dentro del plan de trabajo que mencionó Flores, se encontraba también la organización de campamentos y congresos nacionales, que no sólo ponían énfasis en la catequización, sino en la promoción de actividades seculares. Con tales programas los metodistas buscaron generar lazos de identidad, familiares y de vocación ministerial.

En septiembre de 1968, durante el XVI Congreso Juvenil Metodista, celebrado en la ciudad de Pachuca, se propusieron diversas formas de sociabilización: exposición de ponencias, un concurso de conocimiento bíblico, un campeonato de basquetbol y una excursión al parque nacional de El Chico. En las plenarias, destacaron los informes de ciertos miembros, que ocasionaron “grandes controversias” que dividían la opinión de los asistentes, y la elección del nuevo gabinete nacional para dirigir la liga durante dos años. De estas plenarias, en una se hizo el llamamiento para servir en el ministerio metodista, al que respondieron una mujer y cuatro hombres (Flores, 1968, pp. 18-21).

#### **EL MINISTERIO ¿UNA OPCIÓN PROFESIONAL?**

La formación pastoral merece la atención puesto que se trató de una nueva salida profesional. La creación de seminarios evangélicos permitió un cambio de ministros que tenían diversos orígenes, como exsacerdotes católicos, trabajadores, comerciantes,

profesores, entre otros (Ruiz, 1995, p. 125), hacia un personal capacitado e integrado en el entorno evangélico para prestar servicios de tiempo completo. Esto permite comprender las razones por las que tanto la liga como otras organizaciones metodistas se preocupaban por la recolección de fondos, ya que, a diferencia de los sacerdotes católicos, los ministros protestantes se casaban y tenían hijos.

La creación de seminarios no fue un asunto exclusivo de los metodistas. La iglesia bautista estableció un seminario en la ciudad de Torreón, Coahuila, que ofrecía cursos de bachillerato en Educación Cristiana y un diplomado en Teología. Gracias a que este instituto imprimió su boletín oficial, *El consiervo*, se puede indagar sobre las formas de sociabilidad que fueron determinantes para que estos jóvenes optaran por dicha carrera. En el número de abril de 1967 se entrevistó a un grupo de estudiantes sobre sus experiencias en el colegio. El primero fue Luis Gallegos, originario de Oaxaca, al que le preguntaron sobre cuándo comenzó su llamado al ministerio (se respeta la ortografía original):

Fue en un campamento en Cinco Cerros, Chis., con la predicación del Hno. [hermano] Bell. Yo sentía que el Señor me estaba llamando, aunque no entendía exactamente lo que era [...] quizás porque era yo recién convertido. Yo pensaba que el Señor hablaba personalmente a uno. No sabía qué hacer, y me dirigí al Hno. Pat Carter que también se encontraba en ese lugar. El me explicó y me ayudó a estar seguro de mi llamamiento. También en esto influyó mucho mi pastor, el Hno. Quintero [...] Pienso quedarme a trabajar en la iglesia de Tlahualilo, Dgo., pero mi deseo es trabajar en el sur de la república, ya que por aquel lugar hacen falta obreros. También deseo predicar el evangelio en el dialecto zapoteco, ya que cuanto con esta oportunidad de hablar este dialecto (*El consiervo*, 1967, p. 3).

Este testimonio revela que, aunque la mayoría de los seminaristas habían crecido dentro de las comunidades evangélicas, hubo otros que fueron recién conversos y que gracias a la socialización que experimentaron en los campamentos juveniles, hallaron una salida

profesional. Esta oferta educativa no era exclusiva para hombres, también las mujeres podían estudiar en el instituto y al graduarse podían impartir educación cristiana. Una de ellas, fue Abiut Torres, de Guerrero:

Crecí en un lugar cristiano, pero a la edad de 12 años, con plena convicción de la gravedad de mi situación, y la efectividad de la sangre de Cristo en perdonar pecados, acepté a Cristo como mi Salvador y Señor, acto que fue sucedido por el bautismo [por sumersión en agua] y servicio en la obra de la iglesia [...]. Por un año colaboré en el Instituto Bíblico de Guayameo [Guerrero]. Dios usó esta experiencia en mi vida para estimularme para tener el deseo de entregarme a su servicio [...] Después de tres años aquí he descubierto que todo me ha ayudado, porque del trabajo y de las duras experiencias se enriquece la vida. Mis palabras no pueden dar expresión al agradecimiento que experimento con Dios por esta institución y su propósito, por cada uno de los maestros por sus clases teóricas y prácticas (*El consiervo*, 1967, p. 4).

El testimonio anterior es revelador puesto que hace referencia a un modo distinto de conversión religiosa. Si bien la educadora mencionó que había nacido en un entorno evangélico, tuvo que recurrir a un ritual diferente en el que, sin tener un precedente en otra religión o algún vicio, reafirmó su adhesión a la Iglesia bautista. Retomando la investigación de Carlos Garma, esta decisión es el resultado de un proceso de pertenencia al grupo y sus ofertas de crecimiento personal, lo cual hubiera sido difícil sin una etapa de sociabilización, ya sea en un grupo juvenil o, como en este caso particular, un instituto bíblico.

Otro caso que mencionar es el de Abel Gómez, de Chihuahua, que da un testimonio más detallado sobre cómo es el proceso de decisión para optar por el ministerio:

Siendo joven activo en mi iglesia se agigantó en mí el deseo de servir al Señor como laico fiel, y afrontando problemas relacionados con mis estudios

y mis ambiciones sobre mi futuro, decidí hablar con mi pastor. Me comprendió y me aconsejó, guiándome a pensar y orar sobre una invitación que me hizo de probar si Dios me estaba llamando. Consistía en sugerir a la iglesia que me nombraran pastor ayudante para experimentar y probar parte de la vida pastoral. Acepté. A los pocos meses mi pastor aceptaba la invitación de otra iglesia. Mi iglesia, luego de invitar a algunos hermanos al pastorado sin haber aceptado, en una sesión extraordinaria alguien se levantó y dijo: “Hermanos, para qué andamos buscando pastor si aquí tenemos a Abel.” No supe qué decir, porque lo que oía era para mí imposible, pues era apenas un muchacho de 21 años y sin estudios especiales, pero acepté el pastorado interino. [...] Permanecí dos años y dos meses como pastor interino [y] comprendí mi necesidad de preparación especial y decidí ingresar al seminario. En Septiembre de 1963 inicié mis estudios. En Febrero de 1964 acepté el pastorado de la iglesia Getsemaní de Cd. Lerdo [...] En Julio de 1964 contraí matrimonio con la Srita. María Luisa Arana. Ella ingresó al Seminario para tomar unas materias que le ayudarían para servir como esposa de un pastor. A través de estos dos años de matrimonio ella ha sido de gran ayuda y bendición en mi vida personal y pastoral (*El consiervo*, 1967, p. 6).

De dicho testimonio se desprenden las inquietudes e incluso miedos, ante la disyuntiva de elegir una carrera ministerial, sin reconocimiento oficial. Como se observa, las iglesias evangélicas no siempre contaban con un ministro que pudiera brindar servicios religiosos. Si Gómez hubiera rechazado el pastorado es muy posible que esa congregación se hubiera fusionado con otra o en el peor de los casos desintegrado. De conformidad con Rubén Ruiz, estas agrupaciones brindaban espacios de participación democrática para tomar decisiones de política eclesial, tal como fue la elección de Gómez como pastor interino. Con ello se muestra que las maneras de sociabilidad entre los jóvenes evangélicos no se limitaron a grupos específicos, sino que se adaptaron a los distintos espacios que ofrecía la institución para beneficiarse de ello, como lo puede ser en el caso de escoger una pareja. No obstante, las instituciones

evangélicas debían lidiar con su falta de ministros. En el periódico metodista *Vanguardia Juvenil* se discutió sobre la escasez de candidatos a ocupar un puesto en el pastorado metodista. A pesar de contar con varios seminarios teológicos metodistas, el reverendo Cesar Pérez (1968) lamentó la falta de una adecuada preparación intelectual y espiritual. Esto lo atribuía a una falta de liderazgo en el cuerpo de pastores y a una apatía de los feligreses para retomar la iniciativa de hacer evangelismo afuera de los templos (p. 9).

Lo anterior revela que los proyectos de sociabilización juveniles no estaban cumpliendo la función de captar candidatos a predicadores. También es posible que, ante la percepción de que las iglesias tomaban poca o nula postura ante los problemas sociales, el atractivo por el ministerio evangélico disminuyera. Esto debió influir para que los editores de *Vanguardia Juvenil* publicaran el testimonio del seminarista Jorge Martínez (1968) sobre las motivaciones para prepararse como ministro:

...sigo en el Seminario, porque a pesar del exceso de protección del ambiente que se nos da, a pesar de que se nos enajena de la sociedad al grado de que a veces uno se pregunta si después de estos años será capaz de servir a una sociedad a la que ha dejado de conocer y de la cual ya no forma parte, hay aquí algunas cosas que sólo en una institución puedo encontrar: preparación académica básica en asuntos religiosos [...] para tratar de ser verdadero siervo de Dios para el mundo en el que vivo (p. 8).

A pesar de esta profesionalización hacia adentro, los jóvenes evangélicos no se mantuvieron ajenos a lo que pasaba en su entorno, en concreto con el movimiento estudiantil. En su editorial de noviembre de 1968, el editor del *El Consiervo* reveló que “con frecuencia entre la juventud evangélica [surgía] la pregunta ¿Puedo, como cristiano, participar en movimientos de esta clase?”. Sin condenar el movimiento como tal, salvo mencionar “los disturbios que ensombrecieron nuestra patria”, el también profesor del seminario recomendó a sus estudiantes que no se emocionaran ante la

perspectiva de una revolución, sino que contemplaran realizar una “revolución cristiana” que se enfocara en ganar más adeptos a la causa evangélica (Almanza, 1968, p. 2).

No todos los jóvenes evangélicos se inclinaron por la opción ministerial. Otros prefirieron realizar estudios universitarios y, sin desligarse de sus respectivas iglesias, constituyeron sus propias organizaciones, como la Asociación Cristiana de Estudiantes que estaba conformada por estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del IPN, principalmente. Se tiene conocimiento de esta agrupación gracias a la publicación *Seminario*, su órgano de difusión. Una de las características de esta publicación era que su contenido no era del todo religioso, sino que procuró ser incluyente para atraer a lectores no creyentes. Otra de sus funciones era la de ofrecer servicios de estudiantes o profesionistas evangélicos, en especial asesoría jurídica y médica. En cuanto a sus formas de sociabilidad, la poca información al respecto indica que organizaban reuniones en las que podían asistir tanto miembros como amigos de la asociación. En estos convivios se organizaban congresos estudiantiles, exposiciones fotográficas y proyecciones de cintas cinematográficas, refrigerios y colecta de libros (Seminario, 1952, p. 6).

Otra agrupación estudiantil evangélica fue Compañerismo Estudiantil (Compa), creada en 1953 como una rama mexicana de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos. A diferencia de la Asociación Cristiana de Estudiantes, Compa se enfocó en el proselitismo entre la comunidad universitaria. Para tal efecto, sus integrantes decidieron hacer a un lado cualquier diferencia denominacional en favor de un proselitismo que privilegiara las relaciones interpersonales. En este sentido, en 1956 se constituyó como asociación civil para comprar un terreno en Valle de Bravo, Estado de México, donde realizarían campamentos. Dentro de su constitución se enumeraron los siguientes objetivos:

- a) Promover el compañerismo entre todos los estudiantes sin distinción de profesiones, credos políticos o religiosos; b) Velar por el mejoramiento



intelectual, moral y material de los estudiantes asociados, facilitando hasta donde sea posible a la Asociación la forma que el estudiante complementen su preparación técnica con una sólida preparación moral para mejor servir a la Patria y a la humanidad; c) Velar porque el estudiante tenga diversiones y esparcimientos sanos (que en nada lo divaguen de su misión principal, de su preparación técnica) y al afecto, podrá establecer granjas de recreo, promover viajes de estudio o de sano esparcimiento; y en d) En general, velar por la salud moral y espiritual de los estudiantes asociados (citado en Ortiz, 2012, p. 67).

Mediante estos planteamientos, Compa comenzó sus labores en la UNAM desprendiéndose de cualquier denominación protestante y de, manera ambigua, respetando la laicidad de la educación superior. Esto último era importante, ya que la organización podía proyectarse como ajena a las ideologías extranjeras, una acusación que recaía sobre la comunidad evangélica mexicana por parte de los católicos y los grupos de izquierda. Además, de acuerdo con la historiadora Alejandra Ortiz (2012), la decisión de Compa por instalarse en la esfera universitaria respondió a la necesidad de concebir a este espacio como un generador de “constante interacción”, pero que los confrontaría con la realidad social (p. 76). Por esta razón, cuando se desató el movimiento de 1968 hubo integrantes de Compa que se involucraron de manera activa. Un ejemplo de ello fueron los presbiterianos Carmen Pérez y Teodoro Gómez, quienes desoyendo las recomendaciones de otros miembros de su iglesia, que les advertían que los “evangélicos no deben participar en política”, lograron influenciar a otros jóvenes de su comunidad presbiteriana (p. 97). No obstante, esta convulsión social le pasó factura a la asociación, debido a que hubo debates sobre los objetivos y visiones del movimiento, sobre todo en el ámbito intelectual y sociopolítico.

Se puede concluir que tanto la Asociación Cristiana de Estudiantes como Compa, que persiste en la actualidad, permitieron la conformación de círculos que entretejieron vínculos horizontales de participación al interior de estas instituciones, los cuales

generaron una nueva forma de proselitismo evangélico. A diferencia de lo planteado por Garma, en cuanto a la desafiliación religiosa por causa de mayor nivel académico (Ortiz, 2012, p. 290), se percibe un mínimo pero significativo sector de profesionistas creyentes que reconfiguraron su identidad ante el mundo exterior y ejercieron influencia dentro de sus respectivas denominaciones. Sin embargo, esta influencia no fue del todo aceptada por las jerarquías eclesiásticas. En algunos casos, los desacuerdos entre miembros llevaron a que una cantidad considerable de jóvenes abandonaran sus iglesias y militaran en asociaciones cristianas de supuesta ideología comunista, como el Movimiento Estudiantil Cristiano y, la Iglesia y Sociedad en América Latina de Raúl Macín (Pedro, 1993, p. 46).

Los espacios de sociabilización juvenil gestionados por la Iglesia metodista se centraron en hablar de la simpatía por la “revolución” que se impregnaba en el ambiente. A través de un diálogo con un personaje desconocido, Manuel Flores (1968) criticaba la tendencia a “protestar” sin medir las consecuencias que podía acabar en violencia. Si bien reconocía las virtudes de la juventud, cuya tendencia inquieta y “revolucionaria” era capaz de descubrir y reformar, había que encausarla hacia objetivos cuyos “méritos morales” valieran la pena (p. 7). De esta manera, el mensaje para sus lectores jóvenes era que debían cuidarse de filosofías ajenas a las inculcadas, para lo cual la dirigencia metodista promovió campamentos y reuniones deportivas para la convivencia y esparcimiento juvenil como el encuentro celebrado en julio de 1968 que reunió a 400 jóvenes (pp. 16-17).

Esta visión de jóvenes pasivos y manipulables, tanto por las autoridades eclesiales como por influencias externas, chocó con la opinión de un intelectual que para entonces tenía 30 años, Carlos Monsiváis. De cuna evangélica, había experimentado el rechazo por no pertenecer a la religión mayoritaria, había decidido reforzar sus conocimientos sobre *La Biblia* y sobre los escritos de reformadores protestantes como John Bunyan, Juan Calvino y Martin Lutero para distinguirse dentro de un ambiente educativo laico, pero con

rasgos de catolicismo en la práctica (Monsiváis, 1968 p. 19). En una entrevista concedida a *Vanguardia Juvenil*, el periodista amonestó a los jóvenes protestantes en general:

Mal, francamente mal, la encuentro, en tanto que “juventud protestante”, esto es, en tanto corpus, una comunidad desvinculada, egoísta, conformista, rutinaria, lánguida, perezosa, inerte. Si se piensa, por ejemplo, que un gran héroe mexicano de los últimos años, Rubén Jaramillo, fue protestante y que hasta el momento ningún organismo juvenil evangélico le ha rendido el merecido homenaje; si se piensa que a nombre del protestantismo hay individuos que medran haciendo declaraciones anticomunistas de la peor índole o hay sujetos que se profesionalizaron en atacar el Movimiento Estudiantil, entonces se entenderá mejor mi razón de ataque. No digo que la juventud protestante debe ser una juventud política en primer término, pero creo que debe hacerse sentir en su colectividad. Recuérdese el ejemplo de Martín Luther King. De lo contrario, los absurdos clichés contra el protestantismo (“es un instrumento de la penetración imperialista”) seguirán corriendo invictos. De lo contrario, esa juventud se reducirá al ámbito meramente físico de sus iglesias, a cuatro paredes melancólicas (p. 20).

Si bien resaltó los esfuerzos de organizaciones, como Compañerismo Estudiantil, Carlos Monsiváis percibió que se trataba de un trabajo casi “imperceptible”. En cuanto a la vida interna de las iglesias, en las que se desarrollaban ciertas formas de sociabilidad, por ello comentó que:

Hay muchas iglesias que se han ido convirtiendo sensiblemente en clubes, donde toda la gente se conoce y donde hay una especie de masonería protestante, pero con el sentido de club [...] de rotarios. Parece que ese ha sido el caso de todas las iglesias de clase media alta, que son ya clubes más que iglesias y eso es lo que ha ido minando y las ha ido convirtiendo en sitios cerrados. Es muy difícil para la gente llegar a sus iglesias y permanecer ahí, por ser casi imposible entrar en el círculo social de gente que se conoce de toda la vida y que no están dispuestos a admitir extraños, lo

que evidentemente no tiene que ver con la misión de la iglesia, sino con la misión de las pequeñas sociedades (pp. 20 y 21).

Si se toma en cuenta el modelo de Garma, Carlos Monsiváis entraría en la categoría de “pérdida de afiliación religiosa”, en tanto que afirmó separarse de su familia y de sus amigos de la iglesia, pero no da muestras de ausencia de credo, puesto que reconoce su vínculo con los himnos, las lecciones y las lecturas bíblicas (p. 19). En este sentido, es posible que para la época en cuestión haya habido protestantes de nacimiento que abandonaron sus iglesias al convertirse en jóvenes o adultos. En estos casos, la sociabilidad y participación horizontal de las iglesias jugó en contra de aquellos miembros que experimentaron dudas o cuestionamientos y que no encontraron una respuesta. Este caso, a pesar de ser una percepción individual, refuerza los datos recabados en la encuesta de 1964, que desvela una comunidad diversa y cuyas motivaciones no siempre coinciden.

En resumen, el análisis del protestantismo mexicano en torno al movimiento de 1968 no sólo puso a descubierto los tabúes que se generan al interior de una agrupación, sino también ayudó a construir sociabilidades que se tejieron en comunidades urbanas, las cuales experimentaron una transición hacia una modernidad. Sin embargo, esta dinámica no exentó a los evangélicos a responder, de la manera que mejor pudieron, a los vaivenes de este contexto moderno, que ofrecía nuevas alternativas de credo o de conciencia. A pesar de que, casi siempre, se abordaron personajes anónimos, de los que se puede rastrear y seguir su historia de vida en otra investigación, la propuesta de estas líneas se centró en indagar sobre el entorno del cual habían salido los jóvenes evangélicos, como las Ligas Metodistas, cuya experiencia de participación e incluso liderazgo, por parte de hombres y mujeres, les pudo ser útil al momento de involucrarse con sus compañeros estudiantes.

## REFERENCIAS

- Aguilar, D. (2014). ¿Cristeros, alzados o zapatistas? Guerrilleros-campesinos en el Morelos posrevolucionario, 1927-1944. México: Libertad bajo palabra.
- Agulhon, M. (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Agulhon, M. (2016). *Política, imágenes y sociabilidades. De 1789 a 1989*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Almanza, F. (1968, noviembre), ¿Cristianos Revolucionarios? *El Consiervo*, 6(4), 2.
- Ávila, A. (1929, 21 de marzo). El socialismo cristiano dentro del agrarismo. *El Abogado Cristiano*, pp. 4 y 5.
- Báez, G. (1929, 24 de enero). El porqué del protestantismo en México. *El Abogado Cristiano*, pp. 1 y 7.
- Bastián, J. P. (1984). *Protestantismo y sociedad en México*. México: CUPSA
- Bastián, J. P. (1986). Disidencia religiosa protestante e imperialismo en México. En M. Concha, O. González, L. F. Salas y J. P. Bastián. *La participación de los cristianos en el proceso popular de liberación en México*. (pp. 293-308). México: Siglo XXI.
- Burke, P. (2006). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.
- Burgièr, A. (2009). *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. Valencia: PUV.
- Del Castillo, A. (2008). El movimiento estudiantil de 1968 narrado en imágenes. *Sociológica*, 23 (68), 63-114.
- El Consiervo*, (1967, abril). 6 (3).
- Escorza, D. (2001). La cosmovisión del metodismo autónomo y su integración en la sociedad mexicana, 1930-1980. En *Pensamiento y acción del metodismo mexicano para el siglo XXI*. (pp. 27-34). México: Iglesia Metodista de México.
- Espejel, L. (1995). El metodismo en Miraflores, Estado de México. Una experiencia local (1874-1929). En L. Espejel, R. Ruiz (coord.). *El protestantismo en México (1850-1940). La Iglesia Metodista Episcopal*. (pp. 91-115). México: INAH.
- Ferro, M. (2014). *Los tabúes de la historia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Flores, M. (1968, julio-agosto). Congreso, juventud y tentación. *Vanguardia Juvenil*, 36 (4), 6-7.
- Flores, M. (1980). La juventud metodista mexicana. En *Metodismo autónomo unido, 1930-1980*. México: Dirección de Literatura y Comunicaciones.
- Garma, C. (2007). "Hijo de pastor, lo peor". Apostasía y desafiliación religiosa entre los pentecostales de segunda generación en México. En C. Rivera y E. Juárez (edit.). *Más allá del Espíritu. Actores, acciones y prácticas en iglesias pentecostales*. (pp. 277-296). México: CIESAS, Colmich.

- Macín, Raúl. (1970, diciembre). *Estudios ecuménicos*, (9), 57-60.
- Macín, R. (2002). *Rubén Jaramillo, profeta olvidado*. México: Claves Latinoamericanas.
- Martínez, J. (1968, noviembre-diciembre). ¿Por qué vine al Seminario? *Vanguardia Juvenil*, 36 (6) 7-8.
- Martínez, C. (1994). *Gonzalo Báez Camargo: un intelectual evangélico en el periodismo mexicano*. México: Publicaciones El Faro.
- Mejía Corona, Alfonso (2006). Ante el hemicíclo a Juárez. En *Juárez en la historia de la Iglesia Metodista de México*. (pp. 70-75). México: Iglesia Metodista de México.
- México. Trayectorias del clero político hacia las elecciones de 1958 (1956, 1 de febrero). *Problemas de Latinoamérica*, 3 (11) 39-130.
- Mondragón, C. (2005). *Leudar la masa. El pensamiento social de los protestantes en América Latina: 1920-1950*. Buenos Aires: Kairós.
- Monsiváis el aleluyo, (1968, noviembre-diciembre). *Vanguardia juvenil*, 36(6), 18-21.
- Ortiz, A. (2012). *La historia de Compañerismo Estudiantil, 1953-1998. Estudios sobre el movimiento de universitarios cristiano-evangélicos* (tesis de licenciatura). UABC, Tijuana, México.
- Pedro, R. (1993). *Itinerario del viento. Reseña de un avivamiento en México, veinte años después, 1973-1993*. México: Casa Unida de Publicaciones.
- Pérez, C. (1968, diciembre). Crisis en la vocación ministerial. *Vanguardia Juvenil*, 36 (6), 9.
- Ruiz, A. (1968, marzo-abril). Juventud en Marcha. *Vanguardia Juvenil*, 36 (2), 25-26.
- Ruiz, R. (1995). Historia del protestantismo 1870-1930. En M. A. Puente (comp.). *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*. (pp. 121-128). México: Editorial Jus, CEHILA.
- Seminario* (1952, 15 de mayo), 1 (4).
- Scott, L. (s/f). *Los evangélicos mexicanos en el siglo XIX*. México: Editorial Kyrios.
- Scott, L. (1991). *La sal de la tierra. Una historia socio-política de los evangélicos en la Ciudad de México (1964-1991)*. México: Editorial Kyrios.
- Vázquez, F. (2011). Trayectorias y envejecimiento de las agrupaciones religiosas: el caso del metodismo en Xalapa. En O. Odgers (coord.). *Pluralización religiosa de América Latina*. (327-353). México: Colegio de la Frontera Norte/CIESAS.
- Velázquez, M. L (2011). El movimiento estudiantil de la UNAM, 1933. En *CISMA*, 2 (1), 1-13.
- Vovelle, M. (1989). *La mentalidad revolucionaria*. Barcelona: Crítica.
- Wonderly, W. y Lara-Braud, J. (1964). ¿Los evangélicos somos así? Una encuesta sobre algunas actitudes que caracterizan a la comunidad protestante de la ciudad de México. México: Casa Unida de Publicaciones.

**DE MEDIOS, OLVIDOS Y SILENCIOS:  
LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN  
DE LOS ESTUDIANTES Y DEL 2 DE OCTUBRE  
EN *EL SOL DE MÉXICO* (1968-1982)**

*Amílcar Carpio Pérez*

El presente texto tiene como objetivo principal abordar el papel de la prensa mexicana en la construcción de la imagen de los estudiantes y del 2 de octubre posterior al movimiento estudiantil de 1968. Esto lo ejemplificaré al revisar el periódico *El Sol de México*, analizando los eventos registrados alrededor del 2 de octubre durante los años 1968 a 1982, justo antes de que el país entrará en su etapa neoliberal. Con esta información se busca obtener un panorama inicial de cómo fue evolucionando el imaginario colectivo, a través de las noticias sobre los acontecimientos de Tlatelolco y los participantes que se manifestaron en esas fechas.

La hipótesis central es que los discursos institucionales de la prensa naturalizan el uso de la violencia por parte del Estado, al formar parte de los medios hegemónicos la prensa construye y legitima la represión del Estado: “generan un miedo al delincuente”. Sigo la idea desarrollada por Michel Foucault que manifestó:

¿Qué es lo que hace tolerable la presencia de la policía, el control policial a una población si no es el miedo al delincuente? [...] Si aceptamos entre nosotros a estas gentes de uniforme, armadas, mientras nosotros no tenemos derecho de estarlo, que nos piden nuestros papeles, que rondan delante de nuestra puerta, ¿cómo sería esto posible si no hubiese delincuentes? ¿Y si no saliesen todos los días artículos en los periódicos en los que se nos cuenta que los delincuentes son muchos y peligrosos? (citado en Spósito, 2016, p. 114).

Considero que los medios de comunicación en ciertos contextos crean un discurso que legitima una imagen en los lectores y que orienta la versión que domina sobre algunos acontecimientos, como se ejemplificará más adelante.

El periódico que se analizó es *El Sol de México*, diario que se ha caracterizado por su postura gubernista y de derecha. Se revisaron los periódicos impresos de los días 1, 2, 3, 4 y 5 de octubre de los años 1968 hasta 1982, abarcando así un primer periodo donde el silencio, el olvido o la “simulación” por parte del Estado sobre los eventos del 68 fueron temas evidentes en los diarios. De esta forma se analiza el periódico *El Sol de México*, durante los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982), que marcan un tránsito de prácticas corporativistas-autoritarias a gobiernos con políticas neoliberales.

Las preguntas que orientan esta investigación son las siguientes: ¿Cómo fueron tratados en *El Sol de México* los acontecimientos del 2 de octubre? ¿Cómo se fue construyendo la imagen de los estudiantes? ¿Cuál es la importancia de la supervivencia de la memoria versus el imaginario colectivo creado por la prensa hegemónica en torno a la conmemoración del movimiento del 68?



## INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XX la noción de memoria fue uno de los conceptos clave para las investigaciones relacionadas con las desapariciones forzosas, las persecuciones políticas, las guerras de baja intensidad, la represión contra movimientos civiles, entre otras, hechos en los que el principal represor ha sido el Estado. Por ello, hablar de memoria es hablar de actos ligados al dolor. Al reflexionar sobre este tipo de conmemoraciones marcadas por una fecha nefanda, la investigadora Cristina Godoy afirmó para el día 24 de marzo en Argentina, día que conmemora el aniversario del golpe cívico-eclesiástico-militar de 1968, y donde se recuerda a los *muertos y desaparecidos civiles*:

son fechas negras para nuestra memoria colectiva. En estos aniversarios reflexionamos, tal vez con más intensidad que en cualquier otro luto, sobre los alcances de olvidar, perdonar o penalizar, en un Estado de derecho, los crímenes de lesa humanidad cometidos en periodos de dictadura. Nuestro recuerdo es invadido por chispazos de imágenes y perfiles recordados y dispersos, cargados de sentidos (Godoy, 2002, p. 17).

En México se han ido acumulando una serie de fechas negras, de páginas borradas por la historia oficial y que, a pesar del esfuerzo del Estado por olvidarlas, banalizarlas o criminalizarlas siguen presentes en algunos sectores de nuestra sociedad. Por ejemplo, una fecha reciente el 27 de septiembre, que recuerda la desaparición forzada de 43 jóvenes estudiantes de la normal de Ayotzinapa en 2014; el 10 de junio que evoca el “halconazo del jueves de Corpus”, cuando una manifestación estudiantil que apoyaba a los estudiantes de Monterrey, fue reprimida por paramilitares llamados “Halcones” en 1971. El presidente, Luis Echeverría Álvarez, se desligó de los hechos, pero nunca aclaró la situación que fue negada oficialmente; este grupo paramilitar al servicio del Estado dejó varios muertos y desaparecidos. Pero de estas fechas –sin duda alguna– el

2 de octubre de 1968 es la que se ha mantenido como un día que moviliza principalmente a estudiantes de media superior y universitarios, pero también a parte de la sociedad en general, en la Ciudad de México y en algunos estados del país.

Más de cincuenta años han pasado desde que una generación de jóvenes estudiantes decidió organizarse y expresar públicamente su descontento ante los excesos de un Estado autoritario. En su mayoría estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), entre otras se movilizaron ante los actos violentos que se habían desarrollado durante la década de los sesentas. El costo para estos jóvenes fue la represión y muerte de cientos de estudiantes que se manifestaron el miércoles 2 de octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

El silencio de los medios de comunicación los días posteriores al infame acontecimiento es ampliamente conocido, como lo evidencian las crónicas, novelas, investigaciones, entre otros que a lo largo de décadas han abordado el tema. Los periódicos dejaron clara la postura gubernamental y de los medios, en los encabezados del día siguiente se leía, por ejemplo, en: *El Excelsior*, “Recio Combate al Dispersar el Ejército un mitin de Huelguistas. 20 Muertos, 75 Heridos, 400 Presos. Fernando M. Garza, director de Prensa de la Presidencia de la República”; en *El Novedades*, “Balacera entre Francotiradores y el Ejército en Ciudad Tlatelolco. Datos Obtenidos: 25 Muertos y 87 Lesionados: El Gral. Hernández Toledo y 12 Militares más están heridos”; en *El Universal*, “Tlatelolco, Campo de Batalla. Durante Varias Horas Terroristas y Soldados Sostuvieron Rudo Combate. 29 Muertos y más de 80 Heridos en Ambos Bandos, 1000 Detenidos”; en *La Prensa*, “Muchos Muertos y Heridos; habla García Barragán. Balacera del Ejército con Estudiantes”; en *El Día*, “Criminal Provocación en el Mitin de Tlatelolco causó Sangriento Zafarrancho. Muertos y Heridos en Grave Choque con el Ejército en Tlatelolco: Entre los heridos están el general Hernández Toledo y otros doce militares. Un soldado falleció. El número de civiles que

perdieron la vida o resultaron lesionados es todavía impreciso”; en *El Herald*, “Sangriento encuentro en Tlatelolco. 26 muertos y 71 Heridos. Francotiradores dispararon contra el Ejército: el General Toledo lesionado”; en *El Sol de México (matutino)*, “Manos Extrañas se Empeñan en Desprestigiar a México. El Objetivo: Frustrar los XIX Juegos Francotiradores Abrieron Fuego contra la Tropa en Tlatelolco. Heridos un General y 11 Militares; 2 Soldados y más de 20 civiles muertos en la peor refriega”; en *El Nacional*, “El Ejército tuvo que repeler a los Franco-tiradores: García Barragán”; en *El Ovaciones*, “Sangriento Tiroteo en la Plaza de las 3 Culturas. Decenas de Francotiradores se enfrentaron a las Tropas. Percieron 23 personas, 52 lesionados, mil detenidos y más vehículos quemados” (Expansión, 2015, 01 de octubre).

La herencia del movimiento del 68 es múltiple y hoy muy pocos se atreverían a insinuar lo contrario. En la construcción de la

Figura 1. Primera plana: “Frustrar los XIX Juegos”



Fuente: *El Sol de México*, 3 de octubre de 1968.

memoria colectiva del movimiento del 68 jugaron un papel importante los sobrevivientes, colectivos de estudiantes, organismos de la sociedad en general que mantuvieron en el recuerdo y transmitieron a las nuevas generaciones la lucha, los logros y la represión vivida. Memoria que renace cada 2 de octubre con la marcha que convoca a cientos de participantes en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco y donde la proclama “Dos de octubre no se olvida” cobra sentido y vida.

**Figura 2. Marcha conmemorativa del 2 de octubre**



Fotografía del autor, marcha 2 de octubre, 2017.

Pero una herencia oficial que marca el discurso del gobierno y de los medios de comunicación, un discurso que se enfocó en formar una imagen negativa de la disidencia contra el gobierno, contra la protesta social, en contra de aquellos que se movilizan, que luchan, que se atreven a levantar su voz.

Después del 68, el Estado mexicano y la clase política se vieron obligados a intensificar su control a través de los medios para suavizar los acontecimientos del 2 de octubre: a la violencia y represión

típicos de un estado autoritario, se sumó de manera eficaz la manipulación de la imagen de la protesta social y de los estudiantes.

Es en la prensa donde el investigador puede encontrar indicios sobre la construcción de la imagen de los estudiantes, la protesta social y sobre el significado del 2 de octubre, que dominó en medios oficiales hasta nuestros días. La prensa en América Latina fue una herramienta que naturalizó la violencia del Estado, siendo más evidente desde la década de 1990, al volverse dispositivos que institucionalizan experiencias colectivas del miedo, desde las propuestas importadas de tolerancia cero del Manhattan Institute, de esta forma la principal función de la prensa es exigir el orden, vigilancia y represión del Estado contra cualquier alteración del orden.

#### **DE MEDIOS, CONTROL Y PODER**

Para Manuel Martín Serrano el análisis de los medios de comunicación se puede llevar a cabo desde la noción de “mediación”, que considera el estudio del control social que ejercen las instituciones actuando sobre la interpretación que hacen las personas de la realidad:

Participan en esta tarea de control aquellas instituciones sociales que administran la producción y la oferta de información: entre ellas la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación de masas. Desde esta perspectiva, son modalidades de control social por el recurso a la información todas las acciones que inciden en la enculturización de las personas: estudios reglados; manifestaciones culturales, artísticas, rituales o recreativas; ofertas de noticias que circulan por sistemas informales o por los MCM, etc. (Serrano, 1994, pp. 46-47).

Los periódicos circulan noticias, por ello, las opiniones o información inciden en la enculturación de las personas e influyen en el control social.

Otro elemento que destaca Serrano es la “mediación” como una forma indirecta de influenciar y de controlar; la “mediación” en los medios de comunicación se distingue porque busca influir en la población de manera indirecta:

El adoctrinamiento pretende influir directamente sobre los valores de las personas; en tanto que la mediación cuando consigue ese mismo efecto lo hace indirectamente, actuando sobre las categorías cognitivas. La mediación propone representaciones del tiempo, del espacio y de lo que acontece. Logra que nuestra conciencia se historicice, es decir, que encuadre el conocimiento de la realidad en modelos históricamente determinados. Tales modelos mediadores intervienen para dar un sentido a las experiencias concretas que van a ser incorporadas a nuestra visión del mundo, pero también intervienen a nivel de las operaciones mentales generales con las que manejan esas experiencias (Serrano, 1994, pp. 46-47).

Los medios de comunicación tienen una incidencia indirecta sobre las representaciones sociales y orientan a mediano plazo el conocimiento sobre un grupo o un acontecimiento: en la prensa cuando el argumento sigue una línea, cuando es constante año con año, la representación que genera en la sociedad se va extendiendo y naturalizando. Esto sucede con los acontecimientos relacionados con la marcha y movimiento del 2 de octubre en México.

Para la investigadora Daniela Spocito la prensa ligada a los poderes hegemónicos genera imaginarios sociales, que circulan a través de notas significantes justificando la inseguridad, el caos o la delincuencia; legitimando la idea del deber de seguridad por parte del Estado. De esta forma los medios naturalizan el miedo a la inseguridad, al delincuente; el miedo es la base de las exigencias de la prensa para reclamar mayor orden y vigilancia, aunque sea un orden a base del uso de la fuerza:

Mediante la imposición de corrientes interpretativas preferenciales, administran y gestionan imaginarios sociales ya circulantes e insistentes de los

significantes seguridad e inseguridad social, al tiempo que elaboran hipótesis sobre sus posibles causas y construyen el deber ser del Estado y de las leyes para paliar sus efectos. Estos imaginarios, actualizados en relación con un eje central seguridad/inseguridad cuyos contenidos semánticos se relacionan con las pasiones políticas del miedo y la esperanza, funcionarían como una de las condiciones de posibilidad del Estado en la medida en que operan como legitimadores de su política de seguridad (Spósito, 2016, p. 283).

De esta forma la criminalización de la protesta social en los medios de comunicación es parte del control social orquestado por el Estado, como lo señaló Foucault desde 1976, criminalización, construcción del delincuente y el miedo le son necesarios:

Podemos develar fácilmente la utilidad económico-política de la delincuencia: primero, cuánto más delincuentes haya, más miedo habrá en la población, y cuánto más miedo haya, más aceptable e incluso deseable, será el sistema de control policial. La existencia de ese pequeño peligro interno permanente es una de las condiciones de aceptabilidad de este sistema de control, lo que explica por qué en los periódicos, en la radio, en la televisión, en todos los países del mundo, sin excepción alguna, se dedica tanto espacio a la criminalidad, como si cada día se tratase de una novedad (Foucault, 2000, p. 56).

Por último, hay que considerar que los medios transmiten el olvido social que se realiza de forma institucional. Ese olvido que se lleva a cabo a largo plazo se produce lentamente, se impone sobre el pasado, en su escritura, narración y enseñanza. El olvido social son las omisiones de relatos, acontecimientos, hechos: “omisiones que se conjugan en el presente para imponer una versión sobre ese pasado, omisión e imposición que dan forma al olvido en una sociedad” (Mendoza, 2016, p. 67). El olvido es una forma de censurar de prohibir, de ocultar.

En la construcción del olvido social el Estado juega un papel importante, pues desde el presente tratan de apropiarse del pasado,

lo organizan, al imponer u omitir fechas, nombres, lugares, acontecimientos, entre otros. Por olvido social podemos entender la:

imposibilidad de evocar o expresar acontecimientos significativos que en algún momento ocuparon un sitio en la vida del grupo, colectividad o sociedad, y cuya comunicación se ve bloqueada o prohibida por entidades supragrupales, como la dinámica social y el poder. En tal caso los grupos de poder pretenden silenciar o relegar los otrora sucesos significativos de una colectividad, toda vez que les resultan incómodos para legitimarse en el presente. De ahí que en distintos momentos pretendan imponer su visión particular sobre el pasado vivido y experimentado por toda una sociedad. En consecuencia, el mundo experiencial pasado de una colectividad se ve disminuido, se encuentra encogido. El olvido puede ser concebido como una ausencia (Mendoza, 2016, p. 70).

Este olvido social se ha impuesto sobre todo en Estados autoritarios en diversas partes del mundo, por ejemplo, en países con dictaduras como en América Latina o en específico México. Los medios de comunicación forman parte de las narrativas que desde el poder buscan imponer un pasado, una versión oficial de la historia, donde el olvido de ciertas fechas como el 2 de octubre, es la apuesta de borrar su huella, de suprimir un suceso.

#### **ESTUDIOS SOBRE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EL CONTROL SOCIAL EN MÉXICO**

Con relación a los trabajos que abordan el papel de la prensa y su vínculo con el poder político son escasos, como lo señaló Jacinto Rodríguez Munguía: “Un efecto visible de la poca investigación sobre la relación de la prensa y el poder político en América Latina y, en particular, en México, es la escasa bibliografía que se tiene sobre el tema” (Rodríguez, 2009, p. 46).



Aunque hay algunas investigaciones que permiten adentrarnos en la relación estrecha que existe entre la prensa y el Estado mexicano durante la segunda mitad del siglo XX. Estos trabajos develan un solapamiento de los medios de comunicación que ayudó a fortalecer al Estado, esto al opacar las críticas y cuestionamientos de la disidencia de diferentes sectores de la sociedad. Para Rodríguez es clara esta vinculación

en las décadas de mayores crisis y tensiones sociales de la segunda mitad del siglo xx, entre el poder político (en este caso concreto el Partido Revolucionario Institucional) y la prensa en México (empresarios de los medios y muchos de los editores y reporteros), se construyó un modelo de relación tan perfecto y profundo, que rebasó los límites de la distancia que la naturaleza misma de la prensa impone (Rodríguez, 2009, p. 44).

La presión del Estado y los tan conocidos “chayotazos” no dejaron mucho espacio a la crítica, creando una prensa a su modo y cómplice del Estado por varias décadas:

En muchos casos la prensa (los medios y los periodistas) tuvo que optar entre dos salidas: la alianza con el poder en turno, fuera militar o civil, o bien, arriesgarse a sobrevivir en condiciones cuasi clandestinas e incluso con el riesgo de terminar en las listas de desaparecidos si no es que de asesinados (Rodríguez, 2009, p. 45).

En 1968 existía una prensa que naturalizó la violencia empleada por el Estado autoritario mexicano previo al 2 de octubre. Con el 68 la prensa generó un discurso de construcción de miedo al delincuente, de silencio y olvido, de “simulación” al tratar de retratar un Estado dialogante. Cada dos de octubre se fue construyendo esta imagen a través de las formas en que se abordaron las noticias, la información y como se relataron los actos relacionados al 2 de octubre y los estudiantes.

### ***EL SOL DE MÉXICO: DATOS DE UN DIARIO***

*El Sol de México* periódico que actualmente es editado por la Organización Editorial Mexicana. Es un diario considerado de línea controvertida, señalado por su inclinación a apoyar al gobierno en turno y aliarse con el poder. Desde sus inicios fue considerado de corte conservador y anticomunista (Gorostieta, 2015, p. 12). Por otro lado, ha apoyado y promovido el deporte, formó una escuela de periodistas e instituyó el Día de la Libertad de Prensa celebrado en México desde 1952, el día 7 de junio. Fue creado por José García Valseca (1901-1982), mexicano y fundador de cadenas de medios de prensa en México, llamado en algunos círculos el “gánster del periodismo” (Gorostieta, 2015, p.12). Comenzó como periodista en 1929, durante su carrera creó los cómics *Paquito*, *Paquita* y *Pepin*. Entre 1941 y 1949 construyó una de las cadenas de medios de prensa más grande al crear una serie de periódicos llamados *El Sol*, y el diario deportivo, *Esto*.

El crecimiento de la cadena se debió en parte al acercamiento y las buenas relaciones con los presidentes del periodo, desde Manuel Ávila Camacho hasta la década de los setentas. Hacia 1965 fundó *El Sol de México* como diario vespertino, en julio de ese año se creó la edición de mediodía y en octubre la edición matutina. Hacia finales de 1965 *El Sol de México* vespertino se colocó como uno de los periódicos de mayor circulación en el Distrito Federal al tener un tiraje de 108 162 diarios. Para 1968 la organización fundada por García Valseca abarcaba 32 periódicos a nivel nacional.

Carlos Monsiváis nos presenta una imagen del creador de *El Sol de México*, quien se expresó de la siguiente manera:

El coronel García Valseca, el emperador del anticomunismo profesional, afirma en una fiesta de aniversario de *El Sol de Puebla*: “Y para mí no tiene precio la satisfacción de que en el sitio donde hace muchos años vendía empanadas de vigilia, hoy venda empanadas de cultura” (citado en Gorostieta, 2015, p. 12).

Hacia 1972-1973 la cadena sufrió dificultades financieras que propiciaron su estatización y posterior venta a Mario Vázquez Raña en 1975. En estos años esta organización creció hasta llegar a 73 periódicos, entre los que se cuentan *El Sol de Durango* en el norte y *El Sol de Córdoba* en el sur, además de una imprenta en El Paso, Texas (Nicoliello, 2011).

Vázquez Raña supo cultivar en su carrera amistades con la cúpula política mexicana, en una entrevista concedida al periodista Franjo Fernández, comentó que, “representa en su país a los medios de comunicación [...] con los medios que represento sirvo al pueblo mexicanos y a mi Gobierno” (Gorostieta, 2015, p. 12). El despuntar de la carrera en los medios de Vázquez Raña se dio en 1976 al final del sexenio de su amigo Luís Echeverría. Fue en este contexto que adquirió el periódico *El Sol de México*, puesto a la venta por el gobierno. Esta amistad con el expresidente de México generó una serie de rumores evidenciados en algunas investigaciones:

La presencia de Luís Echeverría en la vida financiera de Mario Vázquez Raña ha estado presente en los hechos y en rumores. En los hechos: cuando el empresario mueblero adquirió la cadena de prensa *El Sol de México*, el saliente vocero presidencial, Fausto Zapata, aparecía en el directorio de los diarios, incluso, cuando el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia dejó a su cargo, el magnate lo nombró director editorial de todos los soles. En los rumores: en aquellos tiempos se decía que Luís Echeverría, era socio de Vázquez Raña, además, de amigo desde hacía muchos años (Gorostieta, 2015, p.11).

Fueron estos personajes los que orientaron en gran parte el rumbo editorial de *El Sol de México* en el periodo estudiado como a continuación revisaremos.

## DE MEDIOS, SILENCIOS Y OLVIDOS: 2 DE OCTUBRE

### A TRAVÉS DE *EL SOL DE MÉXICO*

Días previos al 2 de octubre de 1968, en las notas publicadas por *El Sol de México* quedó clara la postura tomada por el diario encabezado por el “gánster del periodismo”. Por ejemplo, el primero de octubre apareció una columna de Raúl Beethoven Lomelí titulada: “Politización de la juventud” donde destacó el papel del comunismo en la politización del movimiento, a través de una campaña de adoctrinamiento:

Es evidente que los desórdenes ocurridos en la Capital fueron posibles gracias a la influencia alcanzada por los grupos comunistas sobre la masa estudiantil [...] Lo que ahora pretendo es hacer comprender [...] el grave error de haber permitido que la juventud estudiantil sea usada como instrumento de intereses ajenos a los de nuestra patria. Esto ha sido posible gracias a que los agentes del comunismo internacional han sabido presentar el marxismo-leninismo como un ideal por el cual la juventud debe luchar, sacrificarse y aun morir. Este falso ideal ha sido engalanado con tintes de romántica rebeldía para hacerlo más atractivo a los jóvenes, ansioso siempre de aventura para distinguirse y sobresalir de la masa anónima (*El Sol de México*, 1968, 1 de octubre).

Para confirmar esto último se destaca el uso de la imagen del Che Guevara en cartelones usados por estudiantes del IPN y la UNAM.

El 1 y 2 de octubre se publicó una columna titulada “Estudiantes, comunismo y subversión”, firmado por Suzanne Labin, donde hace un recuento de la organización y formación de grupos comunistas en Europa, exaltando los peligros de la desobediencia civil y el caos. Los grupos comunistas instan “a fabricar dinamita, pólvora negra, fulminantes de mercurio y bombas de napalm casera, para lanzarlas contra los transportes automóviles de tropas” (*El Sol de México*, 1968, 1 de octubre). El miedo a la violencia y al comunismo circulaba en la prensa previo al 2 de octubre de 1968.

El 2 de octubre *El Sol de México* publicó una columna titulada “Ni tan mal, Pero ni tan bien” del destacado líder católico Rene Capistran Garza, que fue uno de los jóvenes dirigentes de la Acción Católica y de la Liga Nacional de la Libertad Religiosa durante los años de la Guerra cristera. En esta nota Capistran destacó como los disturbios previos a los sucesos del 2 de octubre fueron responsabilidad de una minoría de estudiantes “comunistas”, tachando a la mayoría como mudos y mancos: “Lo que hubo fue un problema, creado por ciertos estudiantes explosivos haciéndole el juego a la subversión comunista”. Resaltando las imágenes usadas según él del Che Guevara y Fidel Castro en los estandartes de los estudiantes.

Para Capistran la respuesta del Gobierno ante estos hechos fue la óptima y más sensata:

La prudente actitud del Gobierno de la República; su templanza y sensatez; su esmerada ecuanimidad y hasta su exquisito cuidado por reprimir con el mínimo posible de represión a los revoltosos, ¿ha hecho acaso de los revoltosos hombres exquisitos, ecuánimes, sensatos y mesurados? La respuesta, por desgracia para todos, parece ser: ¡NO! (*El Sol de México*, 1968, 2 de octubre).

Capistrán y *El Sol de México* en esta editorial son ejemplo claro de la criminalización a los jóvenes y naturalización de la violencia durante los acontecimientos de 1968, agregando para rematar el tema:

Han ofrecido suspender totalmente los actos de violencia, lo cual constituye una confesión de parte, en el sentido de que ellos fueron quienes los causaron; pero simultáneamente afirman que jamás fueron ellos, sino la fuerza pública, la causante de tal violencia. La contradicción y el dolo son manifiestos (*El Sol de México*, 1968, 2 de octubre).

Capistran Garza continúa citando un discurso del día 27 de septiembre de un miembro del Comité General de Huelga, en el que señalan que los estudiantes no han estado involucrados en la quema

de automóviles y vehículos públicos ni del gobierno, niegan la participación en balaceras e incendios, además de negar el resguardo de armas en las escuelas. Pero para Capistran la existencia de jóvenes criminales era incuestionable y con sarcasmo señaló:

Si lo dijo un miembro del Honorable Consejo Nacional de Huelga, jamás incurriré en la insensata obcecación de ponerlo en duda. Lo que no puedo evitar es que surja instintivamente el fantasma, la incógnita y el misterio. ¿Quiénes habrán sido, entonces, esos evaporados jovencitos, que sin represión alguna ni intervención de ninguna fuerza pública, convirtieron en campo de devastación el antiguo barrio universitario y otros lugares de la ciudad, a finales de julio y principios de agosto? ¿Serían, en un descuido y sin que nos diésemos cuenta, los marcianos quienes nos atacaron a traición para dañar el buen nombre de los inocentes “estudiantes”? ¿O habrá sido una serie de inesperados cortocircuitos los que, con marrullera inoportunidad, produjeron el incendio de tantísimos camiones y la pérdida de tantísimos millones de pesos? Porque ellos, los “estudiantes”, no fueron. Ellos no sabían ni una palabra de esas cosas, que también pudieron ser invención de algún granadero con mucha fantasía. Y de los arsenales en las escuelas, ni hablar. La prensa vendida hizo unos fotomontajes superponiendo fotografías de libros de textos a otras con pistolas, metralletas, parque y bombas molotov. Pero ellos, los “estudiantes”, tuvieron la primera noticia de esas calumnias precisamente por los malvados periódicos (*El Sol de México*, 1968, 2 de octubre).

Hay que hacer notar el sarcasmo de la columna y como reiteradamente menciona a los estudiantes entre comillas, insinuando con ello lo dudoso de su dedicación educativa.

El mismo 2 de octubre apareció otra columna sin autor, titulada ¿Quién Pagó el “Movimiento”?, en donde se critica a aquellos que apoyan a los estudiantes, acusándolos de participar en el engaño a la sociedad, tratando de mermar el impacto del movimiento y sembrar la duda sobre su origen ideológico y económico:

Los numerosísimos exegetas del “movimiento estudiantil” han volcado sobre la mente de nuestros jóvenes los ditirambos más azucarados. Nuestros estudiantes los han paladeado con fruición y se tienen ya por una generación de héroes a la que alguien ha llamado ya la “Generación del 68” [...] Se les ha dicho que ellos fueron el despertador de la conciencia pública adormecida, que han planteado un “conflicto generacional”, que han hecho aflorar una “crisis de civilización”, que gracias a ellos México no volverá a ser nunca lo que fue y que en las protestas estudiantiles está el anuncio de una nueva era. Los primeros sorprendidos deben ser los estudiantes que, repudiando como dicen repudiar a los adultos, se dejan manejar por ellos de manera tan dulcemente ciega... sería muy útil que los miembros de la “Generación del 68” inquirieran: “¿De dónde salió el dinero para nuestro movimiento?” Muchos millones de pesos se gastaron. No salieron de los bolsillos estudiantiles, siempre vacíos. Ni de las menguadas colectas públicas ¿De dónde millones de pesos para propaganda, movilización, armas, pancartas, etc?” (*El Sol de México*, 1968, 2 de octubre).

El 3 de octubre resalta la Aparición de un desplegado de apoyo de una colonia de Tecomán Colima, titulado: *México entero con Díaz Ordaz. Defendamos al gobierno Nacional y con él la patria en todos los terrenos*. Rematando este título con el siguiente encabezado: “Y hablamos así porque esta es la tónica viril, precisa y clara en que deben producirse el pensamiento y la acción popular en apoyo del régimen, que, al defender a México, nos defiende a todos” (*El Sol de México*, 3 de octubre de 1968). El documento está firmado por diferentes asociaciones y sindicatos de Colima. Para estos grupos México estaba en peligro y por lo mismo el uso de la fuerza estaba justificado.

Para el 4 de octubre la noticia relacionada con los estudiantes había perdido espacio en las primeras planas, sólo una nota relacionada titulada *Apoya el Senado las Medidas Para el Orden Público*, donde se destaca que:

Frente a la gravedad de los acontecimientos ocurridos [...], el Senado [...] acordó ayer dar su apoyo al presidente [...] por las enérgicas medidas





En octubre de 1969, sólo aparecieron notas relacionadas con los acontecimientos del año anterior, por ejemplo el día tres, una nota en la sección A, donde se menciona el asilo político dado a Roberto Escudero por el gobierno de Chile: “uno de los principales dirigentes del movimiento subversivo del año pasado”. Se le llama agitador, comunista y se cuestiona su asilo

no obstante que pesan en su contra dos órdenes de aprehensión por delitos de asociación delictuosa, sedición, daño en propiedad ajena, ataques a las vías generales de comunicación, invitación a la rebelión, acopio de armas, homicidio, robo, despojo y lesiones contra agentes de la autoridad (*El Sol de México*, 1969, 3 de octubre).

En octubre de 1970 no hubo mención alguna sobre hechos relacionados con el 2 de octubre. El silencio y el olvido sobre este acontecimiento, fue la estrategia seguida en este diario en los años posteriores inmediatos.

En octubre de 1971, a unos meses del “halconazo”, apareció una nota escrita por el arquitecto Mauricio Gómez Mayorga, titulado *Los estacionamientos estudiantiles*, en donde da una imagen de los estudiantes de la época, a quien llamaba también “extudiantes” cuya única ocupación era la irresponsabilidad, menciona: “No los consideramos intocables; no creemos sus inquietudes’ ni en sus ideales’, y tampoco nos tragamos la mentira de que formen una clase oprimida”. Tras la acusación de un lector sobre el uso de las calles cercanas a las escuelas como estacionamiento el autor de la nota manifiesta:

En ese documento –del que es muy poco probable que se haga caso, porque a toda autoridad que se meta con los estudiantes o los “extudiantes” se les aplica el calificativo de “halcón”– [...] ¿Qué es infracción? ¡Vaya si lo es! Pero esa policía que es tan agresiva con quienes pagamos las contribuciones, resulta miope hasta la ceguera con quienes no las pagan y con quienes, por ello mismo se consideran dueños de la ciudad... Todo parece

indicar que las autoridades correspondientes temen enfrentarse a los estudiantes... además todas las escuelas, del tipo que sea, parecen no sólo gozar de esa singular extraterritorialidad, mal llamada autonomía que inventó la Universidad Nacional y que, como si no fuera bastante, producen “emanaciones” de ese privilegio a la vida pública (*El Sol de México*, 1971, 1 de octubre).

Es evidente que el autor de las anteriores líneas da una imagen negativa de los estudiantes e incluso azuza a las autoridades a hacer uso de la fuerza pública contra esos “privilegiados”.

En la portada del 3 de octubre de 1971 se destaca la nota relacionada con el otorgamiento, por parte del consejo de la Universidad Juárez, del doctorado *Honoris Causa* a Luis Echeverría, la justificación es por su: “desinteresada ayuda que ha brindado a las universidades del país y su respeto a la autonomía”. También se describe el mitin de “Tlatelolco 1968” donde se señala, que en años anteriores era aparatoso el despliegue policiaco, y en ese año fue mínimo:

Los muchachos que llegan para el anunciado mitin [...] al ver que no había concentración, se retiraban. Algunos se quedaban merodeando, y portaban pequeños listones negros en la manga [...] El grupo más grande que se reunió lo integraron doce personas, muchachos en su inmensa mayoría y un billettero de la Lotería. A las seis de la tarde se pararon a un costado de la Iglesia de Tlatelolco, cantaron el coro del Himno Nacional y lanzaron algunos vivas, a Zapata, a Morelos. Después tranquilamente se fueron (*El Sol de México*, 1971, 3 de octubre).

El 3 de octubre de 1972 se publicó en la portada: “La independencia Peligra Cuando el País se Divide. Dialogó con Algunos Participantes del Movimiento de 68, en Los Pinos”, firmado por Oliverio Duque Juárez, en la nota se menciona que el presidente manifestó:

A los jóvenes campesinos y universitarios que lo escuchaban —entre ellos algunos de los participantes en el movimiento de 1968— los exhortó a que

contribuyan a esa tarea. Previamente les señaló que lejos de regenerar por errores del pasado, debemos de retornar a cauces que es menester perfeccionar, pensando en que la independencia se pone en peligro cuando nos desviamos de los intereses populares y el país se divide (*El Sol de México*, 1972, 3 de octubre).

Otra nota titulada los “Participantes del 68, Dialogaron con LE” abordaba la política llamada “Agitación positiva” en el campo propuesta por el presidente. La nota destaca la capacitación de universitarios para hacer trabajo social y en proyectos para Compañía Nacional de Subsistencias Populares, asimismo, se resalta una imagen de diálogo entre gobierno y los participantes del movimiento del 68. Según el testimonio de una supuesta estudiante, Ana Iris Nolasco:

ahora nos apoyan cuando vamos al campo; ahora recibimos hasta consignas del presidente de agitar en un sentido positivo [...] Fue una enseñanza bastante grande sobre lo que aprendimos en ese año de 68. Fue muy terrible lo que aprendimos, pero fue muy bueno [...] Nosotros dijimos –así se lo expresamos al Presidente –que estamos con él, total y absolutamente, de una manera muy firme, pero que nuestra posición no es incondicional de ninguna manera (*El Sol de México*, 1972, 3 de octubre).

Para esta estudiante, la política de Echeverría era positiva: “no hay represión, podemos decir lo que nos da la gana”. Esto a pesar de los eventos sucedidos el Jueves de Corpus durante el sexenio de Echeverría.

A pregunta expresa sobre la conmemoración del 2 de octubre y el mensaje que enviaría a sus compañeros, un estudiante José Gama responde:

quiero enviarles un mensaje [...] el que hemos podido mostrar al señor presidente [...] Quisiera decirles: “vengan, intégrense a nuestro modo de luchar”. Estamos luchando, estamos llevando el cambio a las comunidades

ejidales, estamos llevando las verdades de este régimen, estamos llevando la inquietud positiva, estamos llevando la información necesaria, estamos creando en el campo toda otra estructura [...] Yo les quisiera decir a mis compañeros del 68, que si en 68 integramos tantas brigadas en la ciudad para hacer manifestaciones, vamos ahora integrando esas brigadas para irnos al campo, para trabajar en donde más se necesite (*El Sol de México*, 1972, 3 de octubre).

En las anteriores notas el periódico resalta una imagen de acercamiento del presidente con los estudiantes, quien buscaba el diálogo con ellos, al grado de presentar testimonios de participantes en el movimiento que se integraron a proyectos del gobierno. De esta forma la versión oficial buscó superar los hechos del 2 de octubre, mandando un mensaje de comunión por el bien del país.

Pero mientras estas notas resaltaban este “acercamiento”, las manifestaciones del día 2 de octubre eran vigiladas con exceso y severidad. El 3 de octubre de 1972, en una nota se afirmaba “Severa Vigilancia Policiaca y Militar Hubo Ayer: en la ciudad” y se describía el operativo de la siguiente forma:

Desde las primeras horas granaderos con tanques antimotines y jeeps, policías montados y elementos del ejército –de la fuerza de Infantería y del servicio de Transmisiones– fueron destacados [...] tres estudiantes que pretendieron colocar ofrendas florales en conmemoración de los sucesos de 1968 fueron detenidos por la policía Preventiva y trasladados a la Dirección de Policía [...] en donde permanecieron por unos momentos [...] La vigilancia continuará en toda la ciudad con el propósito de proteger a los ciudadanos de cualquier incidente que alteren el orden [...] para lo cual los elementos que patrullan la ciudad tienen instrucciones de proceder con toda energía, se informó (*El Sol de México*, 1972, 3 de octubre).

La movilización de la fuerza pública se naturaliza, su uso y despliega se justifica, proteger a los ciudadanos y proceder con toda

energía la consigna. “Diálogo” y severa vigilancia son los mensajes de octubre de 1972.

En octubre de 1973 y 1974 el olvido dominó, no se publicaron notas sobre el movimiento. Pero para el 2 de octubre de 1975, apareció una nota titulada *Tengo el Compromiso de Cancelar Todas las Huellas del 68: JLP* donde destaca que el presidente José López Portillo sostuvo una plática con dirigentes del movimiento estudiantil, aunque por respeto a los dirigentes sólo se daban algunos informes sobre la reunión:

reiteró que no quería cortar el diálogo con los dirigentes del movimiento estudiantil de 1968 porque se trata de una generación crítica, porque son pláticas de mucha hondura y seriedad y porque deseo platicar ampliamente con ellos [...] Por otro lado, al dialogar con los jóvenes estudiantes de la preparatoria Cuatro, adquirió el compromiso de hacer esfuerzo “tremendo” por cancelar todas las huellas de lo que queda del 68 (*El Sol de México*, 1975, 2 de octubre).

El 3 de octubre de 1975, las notas seguían el mismo tenor del día anterior, notas donde José López Portillo busca un acercamiento con estudiantes como política a seguir. En un texto titulado *El acercamiento a la Juventud no será recurso de campaña* se destaca que el presidente visitará las universidades del país y la UNAM:

agregó que quiere la solución a fondo del problema universitario y de la juventud mexicana y que no quisiera que se interpretara su acercamiento con esos grupos batalladores como un recurso de campaña [...] Mis pláticas con los jóvenes del país, estudiantes universitarios, politécnicos y normalistas, como el grupo de 1968, “no quiero que se tomen como un éxito o como una maniobra electoral”, enfatizó el candidato al anunciar que establecerá la modalidad en su campaña electoral de “gestores de camino y gestores de región”, o sea grupos de jóvenes que le han ofrecido su colaboración y que serán quienes recojan y sistematicen las peticiones que fuera de programa presente la población mexicana [...] Me van a

ayudar los jóvenes deseosos de servir a su patria (*El Sol de México*, 1975, 3 de octubre).

Nuevamente el mensaje de un gobierno en búsqueda del diálogo es evidente, un llamado a los jóvenes a integrarse a los proyectos del gobierno. Pero también es evidente el mensaje de que el 68 tenía que ser superado, borrón y cuenta nueva era el camino: “cancelar las huellas del 68”.

En octubre de 1976 nuevamente el olvido, no se publicó ni una nota relacionada con el 2 de octubre. Pero en octubre de 1977, el día 5, en el marco de la reforma constitucional apareció una nota secundaria titulada *A nueve años de Tlatelolco*, texto crítico en el cual se menciona:

Hace nueve años, algunos de los sectores más limpios y concientizados del país, se enfrentaron a una realidad cruda, desesperante: el inmovilismo político, el dogmatismo, el rechazo a todo lo que no aconteciera por los canales prestablecidos. El fantasma de la represión de pronto tuvo cuerpo y golpeó...Y aun cuando algunos de los principales protagonistas del Movimiento prefirieron unirse al carro del vencedor aparente, otros, los más, los mejores, decidieron no abandonar la lucha. Con las cicatrices del frentazo. Con la amargura de saberse incomprendidos, satanizados. Pero con más experiencia, con redoblada convicción. Ellos se cuentan dentro de los sectores que buscan el cambio dentro de la vía institucional. No puede haber mejor homenaje a los muertos del 2 de octubre, que recoger el sedimento valioso que dejaron (*El Sol de México*, 1977, 5 de octubre).

Nueve años después y en un espacio secundario *El Sol de México* presentaba una nota diferente, sobre el movimiento del 68. Pero fue sólo flor de un día, en el décimo aniversario el olvido volvió a imperar, en octubre de 1978 las notas relacionadas brillaron por su ausencia. Mismo caso de octubre de 1979, al parecer el llamado a borrar toda huella sobre el 68 se estaba cumpliendo.

Fue hasta el 4 de octubre de 1980, de la pluma de Luis Gutiérrez Esparza en la sección *Más allá de la noticia* que apareció una columna titulada *A 12 años de Tlatelolco*, donde reconoce que este movimiento fue un parteaguas, incluso admite que es reconocido así por el Estado:

El 2 de octubre en Tlatelolco [...] despojó de caretas a un régimen y provocó un examen de conciencia entre los mismos que tenían el poder [...] El sistema nuevo [...] deberá surgir de las cenizas del viejo [...] Del holocausto de 1968, surge la reforma política; entonces comienza la apertura que fue retórica en algunos momentos del gobierno de Luis Echeverría, para ir cobrando fuerza y acabar en el cauce institucional y constitucional propuesto por José López Portillo (*El Sol de México*, 1980, 4 de octubre).

Para Gutiérrez Esparza la reforma política llevada a cabo por López Portillo fue la vía que cumplía con la exigencia del movimiento, aunque por la vía institucional. Para este periodista la evolución que vivió el movimiento del 68 era clara, del rechazo se pasó poco a poco al reconocimiento:

Los dos sucesores de Gustavo Díaz Ordaz acabaron por rechazar la santización del movimiento de 1968, y reconocieron, en los años inmediatos posteriores, e incluso en este 1980, que ahí hizo explosión la crisis de las estructuras [...] Pese a la tozudez de los gobernadores [...] que no acaban de aceptar la reforma política y mucho menos están dispuestos a darle al movimiento de 1968 la importancia y la dimensión histórica que le corresponde, el país no fue el mismo después de aquellas jornadas. Los francotiradores, la policía, el nefasto Batallón Olimpia, pudieron sofocar la insurgencia popular, lograron posponer el cambio, pero no cerraron las puertas ni acabaron con los luchadores. En otros frentes, por otros caminos, la lucha continúa (*El Sol de México*, 1980, 4 de octubre).

Para octubre de 1981 nuevamente el olvido se hace presente, el 2 de octubre no merece espacios en el periódico.

Los últimos periódicos analizados corresponden a octubre de 1982, se encuentra sólo una pequeña nota el día 3, que cubrió las incidencias sobre la marcha del día previo. La nota se tituló *Manifestación Estudiantil si violencias* firmada por Rosminda Cruz Castillo:

Ayer una vez más se iba a repetir la historia cuando un grupo de choque trató de boicotear con actos de violencia a 20 mil personas que tomaron posesión de las calles para conmemorar el XIV Aniversario de la Masacre de Tlatelolco [...] El grupo de choque era de más de 200 estudiantes de la Prepa Popular, quienes en sus manos portaban tubos que a su vez servían de asta a sus banderas roji-negras, los que trataron de boicotear la manifestación. Sin embargo, los jóvenes violentos fueron disciplinados por los mismos del contingente. En tanto los elementos judiciales inmiscuidos en la marcha, estaban alertas a cualquier acto de violencia [...] A su paso por la Avenida Reforma a las 17, 35 horas, los contingentes de trabajadores, campesinos, estudiantes, amas de casa, entre otros, alzaban sus pancartas rojinegras y exclamaban eufóricos “2 de Octubre [...] No se olvida”. En tanto algunos estudiantes no respetaron el acuerdo, de no pintas a paredes [...] Centenares de granaderos hicieron guardia alrededor de los monumentos históricos que rodean la Plaza de la Constitución (*El Sol de México*, 1982, 3 de octubre).

El pie de imagen que acompaña la nota resalta que fue una “pacífica manifestación”, aunque la figura de estudiantes violentos que toman parte en estos eventos está presente, al igual que la vigilancia y participación de granaderos. Unos días después el 5 de octubre se publicaron una serie de imágenes de normalistas marchando, el tema fue tratado resaltando la imagen negativa de los estudiantes y de su protesta, en una de ellas se menciona:

LOS ESTUDIANTES normalistas hicieron su manifestación para recordar, no se sabe cuál fecha, y como es normal en estos casos, lo único que consiguieron es desquiciar el tránsito y en esta capital eso equivale casi a un atentado social [Siguiendo el mismo tenor se lee en otra imagen] UN



CONTINGENTE de estudiantes normalistas organizaron una manifestación para protestar, pedir y hacerse notar. Después de desfilando portando pancartas y carteles la caravana se disolvió sin saberse a ciencia cierta qué reclamaban y a quién. Resultó un desfile con más pena que gloria. [En otra de las imágenes se critica las pintas hechas por los estudiantes] LAS LEYENDAS tradicionales en las bardas de la ciudad reclamando cambios políticos, solamente sirvieron para ensuciar más el paisaje, de por sí oscuro por el cotidiano smog. Los normalistas no actuaron precisamente a la altura de sus disciplinas culturales.

**Figura 4. Estudiantes pintan leyendas políticas en el DF**



**LAS LEYENDAS tradicionales en las bardas de la ciudad reclamando cambios políticos, solamente sirvieron para ensuciar más el paisaje, de por sí oscuro por el cotidiano smog. Los normalistas no actuaron precisamente a la altura de sus disciplinas culturales.**

Fuente: *El sol de México*, 1982, 3 de octubre.

## CONCLUSIONES

La revisión de 14 años de publicaciones relacionadas con el 2 de octubre en el periódico *El Sol de México*, permitió entender parte de cómo se fue configurando la versión oficial sobre este nefando acontecimiento. Podemos asegurar que si bien, una de las versiones oficiales que circula en nuestro país se transmite a través de la escuela, a través de los libros de texto o de plano omitiendo su

contenido de los programas. Debemos destacar que hay otra vía por donde se trasmite una versión oficial, que, a base de repetición u olvido, deja huella en los lectores año con año. Los medios de comunicación formaron parte en la circulación de una postura oficial sobre los acontecimientos de octubre de 1968.

Si la memoria colectiva es la encargada de recuperar y mantener vivos estos acontecimientos, desde la óptica de sus participantes, el periódico aportó su influjo para construir la versión oficial, para contrastar esta memoria. Hoy la memoria colectiva se mantiene viva y cada 2 de octubre las consignas y la participación de diferentes colectivos confirman esta vitalidad. Asimismo, cada cierto tiempo en el periódico siguen ocupando espacio noticias donde se trata de dar una imagen negativa de los participantes a esta marcha: un claro ejemplo de la pugna vigente entre memoria colectiva y la versión de Estado.

En *El Sol de México* durante los años 1968-1982, son claras tres posturas que se van intercalando durante estos años en las publicaciones. En un primer momento la criminalización a la movilización de los estudiantes es marcada, en general la imagen de los estudiantes que se proyecta es negativa, se les criminaliza, como lo testimonian algunas notas de 1968, 1969 o 1971, por citar un ejemplo. Son años donde la mano dura de Díaz Ordaz dominaba a pesar de haber dejado el poder en noviembre de 1970. Otra reacción evidente frente a los acontecimientos del 68 fue generar olvido, en varios años no se publicaron notas relacionadas 1970, 1973, 1974, 1976, 1978, 1981; de esta forma también abonó a la postura de borrar toda huella sobre el 2 de octubre. Una de las apuestas del gobierno y la prensa fue no hablar, borrar toda huella, esto quedó de manifiesto en el año de 1978 el décimo aniversario: al parecer no valía la pena dedicar un espacio a estos hechos. Así, esta estrategia se ajusta al tipo de olvido social generado desde las instituciones como señaló el psicólogo colectivo Jorge Mendoza:

Los grupos que desean imponerse sobre otros recurren a omisiones de ciertos acontecimientos que ocurrieron en el pasado e imponen una versión única sobre el tiempo anterior; esto es, practican un cierto olvido social [...] En tal caso se habla de un olvido impuesto, que se despliega originariamente desde las instituciones políticas, académicas, educativas, militares, eclesiásticas, etcétera, y que después, si tienen éxito, se traduce en huecos sociales en una colectividad, por lo que puede advertirse que el olvido social tiene una cierta relevancia con respecto a la producción y mantenimiento del orden social en el que nos encontramos inmersos (Mendoza, 2016, p. 82).

Una tercera postura es la que se llevó a cabo durante los gobiernos de Luís Echeverría y José López Portillo, desde *El Sol de México* se proyectó la imagen de un gobierno que busca un acercamiento y el diálogo con exparticipantes del movimiento. En el discurso se resaltó el rebasar viejos conflictos por el bien del país. Incluso los mismos estudiantes del 68, son el ejemplo para otros jóvenes, debido a su participación en ceremonias y proyectos del gobierno. De esta forma el miedo, el olvido y el “diálogo”, son parte de las estrategias que configuraron la versión oficial sobre los acontecimientos del 2 de octubre y que se fueron contraponiendo a la memoria colectiva de la sociedad mexicana.

Este trabajo exploratorio es el inicio de la configuración de la versión oficial que siguió difundándose y evolucionando año con año en la prensa. Queda pendiente seguir el hilo de este discurso para conocer su evolución y su impacto en la actualidad.

## FUENTES

### Archivos y hemerotecas

Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada

*El Sol de México* 1968-1982

*El Sol de México*, 1968, 1 de octubre.

*El Sol de México*, 1968, 2 de octubre.

*El Sol de México*, 1968, 4 de octubre.

*El Sol de México*, 1968, 3 de octubre.

*El Sol de México*, 1971, 1 de octubre.

*El Sol de México*, 1971, 3 de octubre.

*El Sol de México*, 1972, 3 de octubre.

*El Sol de México*, 1975, 2 de octubre.

*El Sol de México*, 1975, 3 de octubre.

*El Sol de México*, 1977, 5 de octubre.

*El Sol de México*, 1980, 4 de octubre.

*El Sol de México*, 1982, 3 de octubre.

## BIBLIOGRAFÍA

Allier, E. (2009). Presentes, pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(2)287-317.

*Expansión* (2015, 01 de octubre). Tlatelolco, según los periódicos del 3 de octubre de 1968. Recuperado de <https://expansion.mx/fotogalerias/2015/10/01/tlatelolco-segun-los-periodicos-del-3-de-octubre-de-1968#&gid=1&pid=slide-3>, el 20 de abril de 2021.

Foucault, M. (2000). *Las redes del poder*. Argentina: Prometeo Libros.

Godoy, C. (2002). *Historiografía y memoria colectiva*. Argentina: Miño y Dávila.

Gorostieta, A. (2015). El poderoso Mario Vázquez Raña. *El búho*, 16(172), 7-28.

Nicolliello, M. (2011). Historia del periódico *El Sol de México*. Recuperado de <http://monicanicoliello.over-blog.es/article-historia-periodico-mexico-85939302.html> el 18 de abril de 2021.

Mendoza, J. (2016). Tres formas de olvido social. *Revista SOMEPSO*, 1(1), 67-89.

Serna, A. (2014). La vida periodística mexicana y el movimiento estudiantil de 1968. *Signos Históricos*, (31), 116-159.

- Serrano, M. (1994). *La producción social de comunicación*. México: Alianza.
- Spósito, D. (2016). *Prensa gráfica oligopólica, (in)seguridad y Estado*. Argentina: Editorial Universitaria Villa María.
- Rodríguez, J. (2009). Prensa y poder político en México: Una historia incómoda. *El cotidiano*, (158), 43-49.



**EVOCACIONES ESPECTRALES.  
PRÁCTICAS ARTÍSTICAS RECIENTES  
EN TORNO AL FANTASMA DEL 68 MEXICANO**

*Rigoberto Reyes Sánchez*

**INTRODUCCIÓN: SOBRE EL 68 MEXICANO Y SUS ESTUDIOS**

En el presente capítulo tengo como objetivo examinar la manera en que algunas prácticas artísticas<sup>1</sup> recientes han abordado el “68 mexicano”,<sup>2</sup> esto a partir de una relectura de las nociones de espectralidad y de memoria efectiva, planteadas por Jacques Derrida y Friedrich Nietzsche respectivamente. Pero para ubicar con

---

<sup>1</sup> Recorro a la idea de prácticas artísticas para englobar distintas producciones, incluyendo aquellas que no se materializan en forma de obra acabada, sino en forma de procesos, acciones o desplazamientos. Bajo la noción “de prácticas artísticas” busco aludir a trabajos artísticos que han recibido nombres como performance, artes no objetuales, arte acción y happenings, en suma, a trabajos en los que lo que importa no es sólo el “objeto” sino el procedimiento, el entorno, la idea y la intención.

<sup>2</sup> A lo largo de esta comunicación utilizaré la noción de “el 68 mexicano” para referirme al complejo entramado de movimientos, procesos de subjetivación y estrategias represivas que acontecieron en el país durante ese año. Recurrir a esta noción me permite no centrar la mirada sólo en el movimiento estudiantil, la Ciudad de México o la masacre del 2 de octubre, así como ubicarlo en el panorama global de “sesenta y ochos” como el de París o el de Praga.

precisión la particularidad de este tipo de evocaciones del pasado es menester comenzar llamando la atención sobre la manera en que el conocimiento sobre el 68 se ha ido desarrollando a lo largo de las últimas décadas, en particular en el campo de la investigación académica, pues pienso que los trabajos a los que me referiré sólo son comprensibles en su relación conflictiva con este abundante conocimiento especializado que en muchos casos se ha difundido más allá de los espacios universitarios.

En la actualidad el 68 mexicano se ha transformado –tras un breve periodo de silencio y (auto) censura–,<sup>3</sup> en un campo de investigación dinámico y fecundo en el que participan investigadores de diversas disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales y las humanidades. Se puede hablar incluso de una suerte de auge de estudios sobre el tema que se ha ido gestando desde finales del siglo pasado que se extiende hasta la actualidad en la que el 50 aniversario del movimiento estudiantil y la masacre del 2 de octubre ha animado un importante número de publicaciones, foros y coloquios

---

<sup>3</sup> Aunque en nombre de la precisión es importante señalar que dicho silencio o censura fue relativo pues, además de la gran cantidad de material periodístico, fílmico (Avilés, 2012, pp. 49-214) y testimonial que se produjo en los meses y años posteriores al movimiento de 1968, sí hubo investigaciones académicas muy tempranas. A modo de ejemplo vale referir que tan sólo en la UNAM, la primera tesis de licenciatura que abordó el tema fue presentada en 1969 por la politóloga Hilda Ana María Aburto Muñoz, dos años después la psicóloga Matilde Valencia Flores sustentó una tesis en la que analizaba el discurso contenido en algunos documentos emitidos por los estudiantes organizados a quienes dedicó su investigación. Ese mismo año apareció la afamada crónica periodística de Elena Poniatowska, así como el testimonio literario de Luis González de Alba. A lo largo de la década del setenta las tesis sobre el tema escasearon pero a partir de comienzos de los años ochenta inició un repunte sostenido de tesis en las que se estudiaron diversos aspectos del 68 mexicano. De tal suerte que se puede decir que el periodo más álgido de silencio sobre esta temática fue en la década del setenta, años en los que el Estado mexicano desarrollaba una cruenta guerra represiva contra las organizaciones sociales de izquierda y en particular contra organizaciones político militares de orientación socialista como la Liga Comunista 23 de Septiembre, en la que militaban, sobre todo, jóvenes estudiantes universitarios. Una publicación que refrescó y reabrió los estudios sobre el tema fue el libro *México 68: juventud y revolución de 1978*, en el que se compendian algunos escritos de José Revueltas que muestran la dimensión radical del movimiento (Revueltas, 2008).



especializados. Aunque no es el foco principal de este trabajo, me parece pertinente aventurar una hipótesis sociológica para explicar este fenómeno intelectual que resumo, provisoriamente, en cuatro aspectos entrelazados.

### **Procesos de pluralización política y alternancia presidencial**

Si bien es cierto que, a diferencia de otros casos latinoamericanos, en México no se han generado transformaciones profundas en las relaciones sociales de poder (Calveiro, 2006, p. 67). Sí se han producido aperturas a la pluralidad política y procesos de alternancia en gobiernos locales y nacionales, que en algunos casos han posibilitado una apertura para los estudios sobre los crímenes del Estado en el pasado reciente. En particular gracias a la reforma política de 1977 y posteriormente a los triunfos de la oposición electoral representada por el Partido Revolucionario Democrático a lo largo de la década del noventa y a la alternancia presidencial iniciada con Vicente Fox Quesada, cuyo gobierno impulsó la creación de la Fiscalía Especializada en Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp) la cual, a pesar de sus fallos y trayectoria accidentada (Aguayo y Treviño, 2007), representó un importante aporte a los estudios sobre el movimiento del 68 y la llamada “guerra sucia”. Cabe destacar que éstas y otras aperturas a nivel institucional se han producido en buena medida gracias al trabajo constante de organizaciones de familiares, amigos y defensores de derechos humanos que han impulsado una agenda de lucha en materia de memoria, certidumbre y justicia.

Finalmente, es importante señalar que la relevancia de estos procesos de pluralismo y alternancia radica también en que influyeron notablemente en la manera en que se interpretó históricamente el movimiento, ya que se le asignó paulatinamente el papel de precursor o iniciador de la decadencia del Partido Revolucionario

Institucional (PRI) y de la consiguiente apertura democrática seguida de la alternancia presidencial de 2000 (Meyer, 2016, p. 347).

### **Diálogos intergeneracionales en el espacio educativo**

La transmisión de experiencias e interpretaciones por parte de profesores que vivieron el 68 a numerosas generaciones de estudiantes ha operado como un “trabajo de memoria” (Jelin, 2012) que ha permitido que nuevas generaciones conozcan una historia que durante décadas estuvo fuera de la historia oficial del Estado mexicano. El diálogo cotidiano en los espacios educativos sobre este tema probablemente ha permitido que la memoria perdure, más allá de los recuerdos y testimonios de sus protagonistas. Sin duda la muy socorrida proyección en el aula de la película *Rojo Amanecer*, 1989, de Jorge Fons ha sido fundamental en la preservación de esta memoria colectiva pues aporta visualidad y afectos, dos aspectos fundamentales en la consolidación de las memorias colectivas. Este diálogo intergeneracional ha generado una “posmemoria” (Hirsch, 2015), es decir un recuerdo social por parte de generaciones que no vivieron el acontecimiento pero que posibilita la continuidad en los estudios sobre el 68.

### **Influencias del panorama académico internacional y nuevos enfoques teóricos**

Los estudios sobre memoria colectiva han ido cobrando relevancia en América Latina a lo largo de las últimas dos décadas, a tal grado que algunos autores hablan de un “boom” o incluso una “moda” académica (Schindel, 2011) este tipo de trabajos.

El panorama mexicano había sido un tanto excepcional hasta hace unos años en los que se ha ido desarrollando un discreto pero

consistente crecimiento en el interés por estos abordajes del pasado,<sup>4</sup> algo similar ha ocurrido con los trabajos con perspectiva de género sobre el 68 (Cohen y Jo Frazier, 2004), así como los estudios desde la mirada latinoamericana (Donoso, 2016) o los enfocados en las prácticas visuales (Vázquez, 2009), literarias o fílmicas (Avilés, 2015). Estos enfoques que atravesaron el panorama internacional han revitalizado los estudios sobre el 68 mexicano al abrir nuevas posibilidades de investigación e interpretación del movimiento, sus causas características y herencias.

### **Nuevas expresiones de violencias de Estado**

Es evidente, sobre todo en la producción de tesis de grado y posgrado, que cuando el Estado mexicano vuelve a cometer masacres o muestra su rostro más autoritario surge un renovado interés por visitar el 68, acaso buscando en él claves para comprender la actualidad. Esta dinámica se puede observar tras el auge y caída de movimientos estudiantiles y juveniles como la Huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1999 (Allier, 2009) y el movimiento #YoSoy132 de 2012 (Valle, 2016), pero el acontecimiento que muestra con mayor contundencia este fenómeno fue lo sucedido tras la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa en 2014.

Aparejado a las grandes movilizaciones de protesta se fue desarrollando un corpus de importantes estudios en los que se exploraban las conexiones, herencias y semejanzas entre ambos sucesos. Destaca en este sentido el temprano estudio *De Tlatelolco a Ayotzinapa*.

<sup>4</sup> En México, además de los importantes estudios sobre historia reciente o sobre filosofía de la memoria, se han desarrollado algunos sobre la memoria colectiva de la violencia política reciente en el país, entre los que se encuentran los trabajos de Eugenia Allier Montaño y Jorge Mendoza García. También algunos mexicanistas en EU han contribuido en esta veta de estudio, tal es el caso de los estudios sobre memoria y cultura de Juan J. Rojo (2016).

*Las violencias del Estado* (2016) en el que Sergio Aguayo muestra cómo los efectos del 68 en el Estado mexicano produjeron nuevas formas de violencia en las que éste ya no ejercía su monopolio, sino que lo disputaba o lo compartía con diversas expresiones de violencia criminal, hasta desembocar en el caso de los estudiantes atacados en Iguala, Guerrero. Gracias a estos fenómenos entrecruzados se ha generado un amplio conocimiento sobre el movimiento de 1968 en México, así como sus antecedentes, efectos, representaciones, y memorias.

A pesar de que aún quedan aspectos por estudiar y el paso del tiempo irá abriendo nuevas polémicas y enfoques, se puede decir que se trata un tema sobre el que hay un conocimiento especializado minucioso y detallado, quizá como ningún otro suceso de la historia reciente del país.

Este auge sostenido de estudios especializados ha estado acompañado de una multitud de producciones no especializadas dirigidas a públicos más amplios, entre las que destaca una enorme cantidad de artículos periodísticos que se han escrito, sobre todo en los aniversarios de la masacre de la plaza de las Tres Culturas, así como exposiciones, museos, obras literarias, libros de fotografía, documentales, manifestaciones públicas, *performances* institucionales de duelo, danza,<sup>5</sup> obras teatrales e incluso algunas ficciones fílmicas recientes *Borrar la memoria* de 2011 y *Tlatelolco, verano del 68* de 2013.

#### MAL DE HISTORIA Y MEMORIA EFECTIVA

A pesar de esta apabullante producción de saber histórico, es patente que mucho de este conocimiento erudito no permea importantes

---

<sup>5</sup> Me refiero en particular a las coreografías que componen el proyecto Cartografía de la resistencia. Ocupaciones/Desagravios desarrolladas por distintas compañías y colectivos coordinados por la Dirección de Danza de la UNAM en algunos espacios que fueron emblemáticos del movimiento estudiantil, con el objetivo de conmemorar el 50 aniversario del 68 mexicano.

sectores de la juventud, quienes –probablemente como buena parte del resto de la población– suelen conocer en términos muy generales lo sucedido en el 68, preservando sobre todo la noción de que “el gobierno” perpetró una masacre contra jóvenes estudiantes desarmados.<sup>6</sup> Un conocimiento difuso que, sin embargo, les basta para conmoverse e incluso solidarizarse con los muertos; la precisión no es una de las virtudes de la memoria colectiva, por el contrario, las comunidades de memoria tienden a condensar el pasado en imágenes significativas dotadas de una potente carga simbólica y emotiva. Algo similar ocurre con ciertas prácticas artísticas en las que el pasado, en particular la matanza del 2 octubre, es arrancado de su especificidad histórica para irrumpir intempestivamente en forma de imágenes evocadoras y difusas. En estos casos el recuerdo social del 68 se fragmenta, ensambla y resignifica según los repertorios culturales (Burke, 2011, p. 490) y las urgencias de cada presente que se siente aludido por él. Generalmente no se narra en sus complejidades o contradicciones internas, sino que se le recupera en forma de “imagen infamante” que, en palabras de Benjamin, “retorna en instantes de peligro” (2008, p. 40).

Quizá incluso es esta imprecisión o este “olvido parcial” lo que permite que este pasado particular siga contribuyendo a la formación de nuevos procesos de subjetivación política.

El fenómeno parece paradójico: por un lado, existe una profusa producción intelectual sobre el suceso y por el otro, contingentes de personas que con un conocimiento muy general de lo sucedido se sienten tocadas o afectadas por él y motivadas a actuar en consecuencia. Parece que a veces es necesario aligerar el peso de la historia para generar espacios de acción. Para ahondar en esta idea son pertinentes las observaciones hechas por Friedrich Nietzsche en su

---

<sup>6</sup> Esto lo he podido constatar en diversos talleres realizados con cuatro grupos de estudiantes de licenciatura (en criminología y pedagogía) de dos universidades privadas del Estado de México en los que se mostraban conocimientos muy difusos sobre lo ocurrido, más allá del acontecimiento de la masacre del 2 de octubre que sigue siendo significativa e indignante.

*Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida*, obra en la que arremete contra la “fiebre histórica” de su tiempo.<sup>7</sup> Para Nietzsche la acumulación obsesiva de información histórica tiende a aniquilar la fuerza vital del pasado<sup>8</sup> hasta convertirlo en un “sepulturero del presente” (Nietzsche, 1999, p. 43), que genera sujetos “cansados” (p. 69) o “trastornados” (p. 71) por la historia para quienes la acción resulta imposible, impensable e incluso inútil. A esta concepción anticuaria y apocalíptica<sup>9</sup> de la historia Nietzsche opone una historia “crítica” o “efectiva” que funcione *al servicio de la vida aprendida* (Nietzschem 1999, p. 135). Esta otra forma de concebir la historia implica una disposición a dejarse afectar por ciertos pasados hasta establecer una “constelación” afectiva y política entre historia y vida (p. 66). Para el filósofo alemán una dosis de ahistoricidad permite, sobre todo a los jóvenes, sentir identificación con sucesos del pasado, más allá de sus particularidades y especificidades espacio-temporales. Olvidar el tiempo que separa al presente de aquél pasado valioso permite experimentar su presencia; no conocerlo a detalle sino *actualizarlo*. Esto es, cierta ignorancia o incluso indiferencia respecto a ciertos procesos históricos, posibilita la apertura de espacios de acción que se alcanzan no por la certeza de obtener algún triunfo sino por la “promesa de un presentimiento” susurrado desde el pasado (p.137). En una de sus lecturas sobre Nietzsche, Michael Foucault sintetizó así la idea:

---

<sup>7</sup> Aunque, como sostiene Herbert Frey (2015), Nietzsche dirigía su crítica al auge del historicismo de corte rankiano, sus observaciones resultan útiles también para la “cultura de la memoria” en la que nos hallamos, en la que hay un significativo auge de políticas sobre memoria e historia pública.

<sup>8</sup> Dice Nietzsche: “Un fenómeno histórico pura y completamente conocido, así como reducido a ser un fenómeno cognoscitivo es, para quien lo conoce de esta forma, algo muerto” (1999, p. 51).

<sup>9</sup> En palabras de Michael Foucault, Nietzsche critica aquellas historias que parten de una concepción del tiempo finalizado, “una historia que lanzará sobre todo lo que está detrás de ella una mirada del fin del mundo. Esta historia de los historiadores se procura un punto de apoyo fuera del tiempo; pretende juzgarlo todo según una objetividad de apocalipsis” (Foucault, 1979, p. 6).

La historia será “efectiva” en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser. Dividirá nuestros sentimientos; dramatizará nuestros instintos; multiplicará nuestro cuerpo y lo opondrá a sí mismo [...] Cavará aquello sobre lo que se la quiere hacer descansar, y se encarnizará contra su pretendida continuidad (1979, p. 20).

Desde luego se trata de una apuesta arriesgada, Nietzsche lo sabía pues lo que se pone en juego es la historia misma, la cual podría saltar en pedazos al ser forzada por las apropiaciones decididamente anacrónicas de los sujetos de acción, pero para el filósofo se trata de un riesgo que se debe correr para poner la historia al servicio de la vida.

Para efectos del tema aquí planteado la apuesta de Nietzsche se podría sintetizar como la urgencia de salir del “mal de historia”, el exceso de conocimientos vacuos sobre el pasado, para llegar a una “memoria efectiva” en la que el pasado preserva su cualidad plástica que lo pone en contacto con el presente-vivo y con la acción.

## MEMORIAS Y ESPECTROS

No pienso que en la actualidad la disyuntiva cardinal sobre el 68 mexicano se encuentre entre conocer con demasiado detalle la historia u olvidar algunos de sus aspectos para recuperar cierta potencia política del recuerdo; sin embargo, sí considero fundamental revalorar la importancia histórica y política que han tenido ciertas formas imprecisas de recuerdo como aquellas que durante décadas han movilizadado a importantes contingentes sociales. En este caso me interesan en particular algunas prácticas realizadas por jóvenes artistas conceptuales en las que el 68 no se representa en clave historicista,<sup>10</sup> sino que se alude a él a través de estrategias de

---

<sup>10</sup> Las obras en clave historicista serían aquellas en las que se busca que el espectador conozca la especificidad histórica del movimiento estudiantil del 68, así como

interpretación como la alegoría y la parodia o por medio de procedimientos como la apropiación y el desmontaje. Se trata de trabajos que no añaden más información sobre el pasado, sino que se sirven de los imaginarios ya instalados socialmente para activar evocaciones potentes e imprecisas a las que denomino “evocaciones espectrales”.

Entiendo las “evocaciones espectrales” como expresiones fronterizas de “memoria efectiva”, las cuales generan un recuerdo impreciso cargado de intensidad afectiva y política. Retomo la noción de “espectralidad” de Jacques Derrida para quien el espectro es una visitación que perturba al presente, a pesar de que “*no está nunca presente como tal*” (Derrida, 2012, p. 12, cursivas en el original). Lo espectral es aquello que ya no está, o aún no está, por lo que su aparición desquicia el orden lineal del tiempo; el espectro “no es dócil al tiempo, al menos a lo que llamamos así. Furtiva e intempestiva, la aparición del espectro no pertenece a ese tiempo, no da el tiempo, no ese tiempo” (Derrida, 2012, p. 14). El espectro es el asedio de otros tiempos, pretéritos o por venir, sobre el presente, se trata de una irrupción desconcertante que exige un nuevo trabajo de simbolización.

Las “evocaciones espectrales” no son propiamente representaciones del pasado –o del futuro–, sino (re)apariciones perturbadoras (Derrida, 2012, p. 143) que exigen a quien las contempla una particular sensibilidad para asumir la anacronía –el tiempo desquiciado– que ellas representan. Desde mi punto de vista lo aberrante y desconcertante de las evocaciones espectrales es justamente lo que les otorga también una particular potencia política; al no representar lo ya sido, ni señalar teleológicamente lo por venir. Las evocaciones espectrales insinúan la posibilidad de *otro tiempo* que

---

las estrategias de represión que desembocaron en la masacre del dos de octubre. Se trata de obras que suelen tener un objetivo pedagógico de formación histórica en las que destacan fechas, actores y procesos históricos. Es común que este tipo de trabajos incluso opten por representaciones sumamente literales de lo sucedido, apoyándose de una amplia documentación escrita, visual u oral.



se abre como mera posibilidad en el presente, por ello las considero expresiones fronterizas de la “memoria efectiva”, tal como la comprendió Nietzsche; como esquirlas de historia útiles para la vida.

#### EVOCACIONES ESPECTRALES EN ALGUNAS PRÁCTICAS ARTÍSTICAS RECIENTES (1997-2018)

Tal como lo han mostrado diversos autores, las prácticas artísticas pueden ser una forma privilegiada de evocación espectral por lo que a continuación pasaré revista a un conjunto de trabajos en los que el componente espectral en torno al 68 mexicano se halla presente. Los trabajos elegidos son *Cuentos patrióticos* (1997) de Francis Alÿs, “Estudio fotográfico de Tlatelolco” (2007) de Santiago Sierra, “Desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional” (2008) de Tercerunquinto y finalmente, “Meta-Radio” (2018) de Radio Tropiczo-Cráter invertido.

#### ***Cuentos patrióticos* de Francis Alÿs**

Se trata de un trabajo de video-arte desarrollado por el artista de origen belga en colaboración con Rafael Ortega, tiene una duración de 25 minutos y fue exhibido por primera vez en 1997. Un video en blanco y negro que consiste en una única toma sin cortes en la que un pastor —el propio Alÿs— va guiando a un grupo cada vez más numeroso de ovejas alrededor de lo que parece ser el asta bandera que se alza en el centro de la plaza de la Constitución de la Ciudad de México. Hacia la mitad del video el grupo de más de 20 ovejas dirigidas por el pastor alcanzan a formar un círculo, cuyo centro es el asta que proyecta una sombra alargada en el piso, asemejándose a la manecilla de un reloj que no avanza. Finalmente, una a una las ovejas van abandonando la formación hasta que el propio pastor se retira dejando la explanada completamente sola. En el plano

Figura 1. Fotogramas del video *Cuentos patrióticos*



Fuente: Allys, 1997.

sonoro la solución es también minimalista; a lo largo de todo el video sólo se escucha el insistente repicar de las campanas de la catedral Metropolitana.

A través de este video, Alÿs parodió el acto cívico de “desagravio a la bandera nacional” protagonizado por empleados del gobierno el 28 de agosto de 1968. Se trató de una manifestación orquestada por el gobierno para “desagraviar” al lábaro patrio que habría sido mancillado un día antes cuando algunos estudiantes izaron una bandera rojinegra en el asta bandera del Zócalo capitalino previo a ser desalojados por el ejército y el cuerpo de granaderos. Para mostrar su fuerza, el gobierno desplegó una manifestación integrada por trabajadores de gobierno que fueron acarreados, es decir, forzados a participar, la cual se salió de control cuando algunos trabajadores expresaron su malestar y descontento coreando la frase “Somos borregos, nos llevan/somos borregos, bee” (González de Alba, 1973, p. 106). Finalmente las autoridades dieron por terminada la fallida manifestación y poco después un grupo de granaderos arremetió contra quienes aún permanecían en la plancha del Zócalo (Monsiváis, 2006, p. 265).

El video de Francis Alÿs no relata lo sucedido, ni brinda información contextual para descifrar históricamente las imágenes; por el contrario, opera una estrategia de parodia que cobra forma de ritual minimalista en el que el suceso es despojado de sus particularidades históricas hasta terminar siendo una imagen espectral, lo cual se acentúa por la baja definición del video que convierte al pastor y sus ovejas en poco más que sombras difusas. Hay algo humorístico y aterrador en esta parodia; los acarreados de la historia real sufren una transfiguración que los convierte en animales, la dominación del Estado se hace carne en forma de un relajado pastor de ovejas. El tiempo desquiciado se despliega en forma de signos, el reloj detenido formado por la sombra del asta y las ovejas, el interminable repicar de las campanas y la simbólica figura de una oveja que tras seguir al guía sale de cuadro. Para Cuauhtémoc Medina en esta pieza se genera una “imagen apocalíptica” (Medina, 2006, p. 57)

en la que, como en la escena final de *El ángel exterminador* de Luis Buñuel, las ovejas invaden el espacio público de modo que “este animal deja de ser símbolo de docilidad y sacrificio para transformar su pasividad en amenaza” (p. 57).

### **Estudio fotográfico de Tlatelolco de Santiago Sierra**

En abril de 2007 el artista español radicado en México ingresó al antiguo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ubicado a un costado de la plaza de las Tres Culturas, con el fin de realizar una serie fotográfica de sus entrañas. El resultado visual fue una serie de 189 diapositivas en blanco y negro de encuadres ajustados en las que aparecen espacios interiores del edificio, así como algunos primeros planos de equipo y mobiliario estropeado; en todas las imágenes se muestra el deterioro general del inmueble abandonado por la burocracia en 2005. Además, incluye un pequeño grupo de panorámicas de la plaza de Tlatelolco captadas desde la azotea y el interior del edificio, así como de espacios en demolición dentro del recinto que dan cuenta del proceso de construcción del Memorial del 68 y la transformación del edificio en el Centro Cultural Tlatelolco, a cargo de la UNAM.

Más que como una serie fotográfica, este trabajo fue concebido como una articulación entre performance e instalación; la intensión performática se halla en el énfasis que le da el artista al proceso y el contexto en que las imágenes fueron tomadas. Las fotografías fueron captadas a lo largo de un recorrido solitario realizado el Viernes Santo de 2005, un día en el que el cristianismo recuerda y guarda luto por el sacrificio de Jesús en nombre de la justicia. Finalmente, la serie fue expuesta mediante el recurso de la instalación artística; las imágenes fueron exhibidas por medio de un proyector lumínico de diapositivas programado para intercambiarlas a intervalos regulares, emulando una forma de exposición de hallazgos o evidencias

**Figura. 2. Imágenes de la serie Estudio fotográfico de Tlatelolco**



Fuente: Sierra, 2007.

muy común a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, periodo en el que estuvo en funciones la Secretaría de Relaciones exteriores en este edificio inaugurado por Gustavo Díaz Ordaz en 1966.

Al recurrir al registro visual de espacios reducidos y pequeñas panorámicas, Santiago Sierra desmonta la monumentalidad de este edificio de 102 metros de altura, diseñado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, que en su momento fue un ostentoso símbolo arquitectónico del progreso nacional que los gobiernos del PRI querían mostrar al mundo. A través de su exploración fotográfica Sierra pone de manifiesto las ruinas –la decadencia– de un régimen de partido único. Gracias a su composición aparentemente desordenada, estas imágenes alejadas de la estética tradicional del paisaje o el retrato, se asemejan a la estética precaria de los registros fotográficos recabados por peritos o investigadores que buscan pruebas en lugares donde se cometió un crimen, intención resaltada por el uso de un proyector lumínico que también acentúa su apariencia espectral; la existencia material de estas imágenes es inestable, son apenas transparencias iluminadas brevemente.

Tal como sostiene Taiyana Pimentel, este trabajo escudriña detrás de la fachada del monumental edificio que fue un “símbolo de la historia del poder en México” (2007, p. 226) para captar recovecos y objetos que parecen narrar la historia de una “futura ruina” (p. 226). Sierra realiza su serie en un momento de tensión en el que el poder que generó el edificio, pese a no encontrarse en funciones, que aún posee una fuerza que se encuentra impugnada por la posibilidad de un Memorial del 68 que aún no se encuentra instituido. Se trata de un instante de transición o, para decirlo en palabras de Nietzsche, un instante de “emergencia” entendida como “la entrada en escena de las fuerzas: es su irrupción, el movimiento de golpe por el que saltan de las bambalinas al teatro, cada una con el vigor y la juventud que le es propia” (Foucault, 1979, p. 5). Pero hay algo más, al realizar tomas fotográficas de la plaza de las Tres Culturas desde dentro del inmueble, Sierra parece evocar un acontecimiento histórico en el que también intervino la imagen. El 2 de octubre de

1968 un pequeño equipo de filmación encabezado por el cineasta Servando González se instaló en el piso 19 del edificio con el objetivo de grabar el desarrollo del mitin estudiantil, esto por órdenes del titular de la Secretaría de Gobernación Luis Echeverría Álvarez (Campbell, 2015), los videos captados nunca salieron a la luz pública y probablemente ya fueron destruidos. El gesto de Santiago Sierra emula la mirada panóptica del poder en un tiempo en el que ya nada queda, salvo el espectro que aparece al contemplar la plaza vacía bajo el horizonte de la ciudad.

### **Desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional del colectivo Tercerunquinto**

En 2008, con motivo del 40 aniversario del movimiento estudiantil y popular del 68, el Centro Cultural Universitario Tlatelolco desarrolló un programa de eventos de conmemoración en el que además de conferencias, ciclos de cine y exposiciones, se invitó a un grupo de artistas jóvenes a realizar acciones e instalaciones en el espacio público. Uno de ellos fue el colectivo regiomontano Tercerunquinto, fundado en 1996 por Julio Castro, Gabriel Cazares y Rolando Flores.

El proyecto de Tercerunquinto, cuyos trabajos suelen recurrir a la apropiación de procesos de arquitectura y albañilería para hacer comentarios sobre espacio público y política, consistió en una acción descrita por el propio colectivo de la siguiente manera:

Con varios días de antelación al 2 de octubre, un equipo de especialistas trabajó en el desmontaje de seis losas de mármol de uno de los flancos del edificio de la antigua cancillería mexicana. Estos conjuntos de losas labradas en alto relieve contenían el emblema del escudo nacional. La idea consistió en que sólo para el día 2 de octubre [...] esta forma de representación del Estado estuviera premeditadamente ausente. El día 3 de octubre se prosiguió con la reinstalación de las losas que contienen el emblema nacional (Colectivo TercerUnQuinto, 2010, p. 15).



**Figura 3. Imágenes de la acción Desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional**



Fuente: Colectivo TercerUnQuinto, 2010.

Por medio de este ejercicio de desmontaje y restauración, los artistas buscaban aludir a los escasos efectos producidos al interior del Estado tras perpetrar la masacre del 2 de octubre de 1968. La acción de arte puede leerse no como una conmemoración o un acto de duelo, sino como una crítica a las instituciones gubernamentales que tras la masacre, sólo operaron una serie de transformaciones superficiales que les han permitido restaurarse.<sup>11</sup> En palabras de Cuauhtémoc Medina, “este desmantelamiento y reinstalación de un símbolo patrio fue, de hecho, una alegoría de un amargo proceso histórico: la abigarrada naturaleza de una revolución interrumpida y de una transición infructuosa, la noción de un cambio que fue mera restauración” (Medina, 2010, p. 40).

La acción de desmontar el escudo nacional señala una urgencia política: el desmantelamiento de la estructura de poder que generó esta violencia de Estado y que, con algunas transformaciones

<sup>11</sup> Tal como sostiene Alan Riding, el régimen priista mantuvo su hegemonía en parte gracias a que cada nuevo presidente “sacrificaba” al anterior para mostrar una transformación aparente del sistema de poder estatal, en este caso basta recordar que durante la campaña presidencial de 1970 el propio Luis Echeverría guardó un minuto de silencio por los muertos de la masacre del 2 de octubre junto a un grupo de estudiantes en Morelia, Michoacán (Riding, 1985, p. 192).



superficiales propias de lo que Lorenzo Meyer llama “democracia autoritaria”,<sup>12</sup> sigue operando en más de un sentido. La cuidadosa reinstalación posterior del símbolo patrio señala una realidad negativa: que las instituciones gubernamentales responsables de la masacre administraron de tal modo el pasado que han podido mantenerse esencialmente inalteradas, aun reconociendo cínicamente lo sucedido. En este caso, lo espectral no proviene de la sola evocación de lo *ya sucedido*, sino que surge por la invocación de un tiempo *aún no sido*: el tiempo de la justicia.<sup>13</sup> Por último es relevante destacar que la acción se realizó en un espacio por el que cruza la marcha de conmemoración de la masacre del 2 de octubre, por lo que los manifestantes tuvieron la posibilidad de significarla e inclusive intervenirla en función del momento que se vivía.<sup>14</sup>

### Metaradio de Radio Tropiezo-Cráter invertido

La cooperativa Cráter invertido fue creada en 2012 por un grupo multidisciplinario de 14 artistas interesados en la producción colaborativa de prácticas activistas y de arte crítico (Código, 2013). En la actualidad, más que un colectivo, opera como un espacio para la

<sup>12</sup> Lorenzo Meyer sostiene que tras la fallida transición democrática encabezada por Vicente Fox, México entró en un momento en el que comenzó a funcionar un régimen político mixto e inestable en el que coexisten rasgos de los regímenes autoritarios con otros, propios de los regímenes democráticos, a esto le denomina “democracia autoritaria”. De los regímenes democráticos se puede observar cierta pluralidad partidista y libertad de prensa, mientras que la vena autoritaria se expresa en distintas formas de control político operadas no sólo por el PRI, sino por las estructuras e instituciones creadas por él para administrar el poder e incluso las narrativas sobre el pasado (Meyer, 2016).

<sup>13</sup> A este respecto, el propio Derrida enfatizó la importancia política de hablar del/ con el fantasma “ahí donde la justicia aún no está, aún no ahí, ahí donde ya no está, entendamos ahí donde ya no está presente y ahí donde nunca será, como tampoco lo será la ley, reductible al derecho” (2012, p.12).

<sup>14</sup> En efecto así lo hicieron; debajo del espacio vacío aparecieron el día de la mancha dos marcas de los manifestantes: una mancha de pintura roja y una consigna pintada con *stencil*.

generación de distintos proyectos y procesos de experimentación que tienen su sede en un local de la colonia San Rafael de la Ciudad de México (Cráter Invertido, 2012). Entre los proyectos gestados en este espacio se encuentra Radio Tropiezo, un proyecto colaborativo de experimentación sonora y radial que se transmite generalmente vía internet a través de un canal de la plataforma *SoundCloud*. Uno de sus procesos experimentales es Metaradio, espacio de experimentación sonora en el que el sonido de instrumentos musicales tradicionales es acompañado e intervenido por sonidos electrónicos, palabras emitidas en megáfonos y audios de archivo o provenientes de la emisión aleatoria de estaciones radiofónicas, creando ambientes sonoros cercanos a algunas expresiones del *noise* o ruidismo.

En su primera actuación pública en 2018 realizada en un encuentro de afinidad anarquista, se repartió una suerte de manifiesto anónimo, impreso en formato doble carta en el que se evocaba el lado radical de los movimientos que surgieron alrededor del mundo en 1968. A lo largo del texto intitulado significativamente *Non ex nihilo* (nada es de la nada), los artistas proponen una “memoria efectiva” que les permite generar una relación cercana con el “espíritu” de los jóvenes del 68:

El 68 expresa un proceso global de insurrección y rebelión y es en sí un hito dentro de un proceso histórico que abarca toda la segunda mitad del siglo veinte. En el 68 emergieron movimientos sociales radicales que, en conjunto impugnaron las relaciones sociales establecidas [...] En México, hasta las demandas por la democratización de la sociedad fueron recibidas desde entonces por el Estado paternalista posrevolucionario como una amenaza interna a los valores nacionales y la estabilidad de la modernidad mexicana [...] Sin inercias en la memoria, sin veneraciones supersticiosas provenientes de especulaciones instituidas, es tarea nuestra remontar ahora la derrota histórica: aprender a ver a través de las veladuras, las disolvencias, y las verdades heroicas impuestas. Tal vez por eso seamos un fantasma trasnochado pero invicto e ineludible, que propone a gritos y silencios el reconstruir la vida (H.k y S.b, 2018, p. 1).

La intensidad espectral del escrito es enfatizada por las difusas fotografías monocromáticas del 68 sobre las que se encuentra impreso el texto. La acción sonora consistió en un montaje de experimentación instrumental, frases sueltas y mensajes anarquistas, así como algunos fragmentos de archivos sonoros entre los que destacó un fragmento del discurso del Cuarto Informe de Gobierno del presidente Luis Echeverría en el que arremetía contra los jóvenes radicales acusándoles de diversas “desviaciones sociales”, como las siguientes:

Surgidos de hogares generalmente en proceso de disolución, creados en un ambiente de irresponsabilidad familiar, víctimas de la falta de coordinación entre padres y maestros, mayoritariamente niños que fueron de lento aprendizaje; adolescentes con un mayor grado de inadaptación en la generalidad, con inclinación precoz al uso de estupefacientes en sus grupos con una notable propensión a la promiscuidad sexual y con un alto grado de homosexualidad masculina y femenina (Echeverría, 2006, p. 180).

Este y otros fragmentarios muestreados, *sampleados*, durante la experimentación sonora, aunados al contenido del manifiesto de corte situacionista, generan un desquiciamiento sensorial pero también histórico. En su discurso artístico el colectivo destruye intencionalmente la linealidad del tiempo histórico apropiándose de ciertos pasados que le son útiles para desplegar una poética de la rebelión. En esta experimentación multimedia el 68 no es evocado con precisión histórica, sino que se recoge de él aquello que José Luis Pardo ha llamado su “atmósfera” o su “clima”. En este caso, los jóvenes artistas proponen una relación “suprahistórica” con el pasado que les permite asumirse poéticamente poseídos por el fantasma del 68. A este respecto conviene recordar que para Nietzsche, uno de los medios contra la “enfermedad histórica” es la conciencia suprahistórica para la que no importan las distancias o diferencias entre el pasado y el presente; puesto que se encarga de recoger exclusivamente las continuidades, las afinidades y las permanencias a las que el filósofo denomina “lo idéntico y lo eterno”. Por lo que se

encuentra a asociada sobre todo a la juventud, al arte e inclusive a la religión (Nietzsche, 1999, p. 136).

#### COMENTARIO DE CIERRE

A pesar de sus diferencias, las prácticas artísticas referidas comparten, desde mi punto de vista, algunos rasgos tanto en el plano formal como en su contenido. En cuanto a las decisiones formales, en todas ellas hay un importante uso del montaje y un patente desinterés en la documentación o ilustración histórica, además hay una reivindicación de la precariedad visual; de cierto modo hay poco que ver en ellas, por lo que son mejor entendidas como procesos o prácticas que como representaciones visuales. En cuanto al contenido comparten una clara intensión anacrónica o “suprahistórica”, pues no se enfocan en narrar o conmemorar el pasado sino en jugar con las temporalidades para hacer comentarios políticos al presente. Además, en ellas no se agrega información sobre el 68 mexicano, sino que operan bajo el supuesto de que prevalece una memoria colectiva que les dota de marco de legibilidad.

Lo resultante de estas decisiones formales y de contenido son trabajos de arte en los que el 68 mexicano es evocado espectralmente lo cual habilita la apertura de espacios imaginativos e imaginarios en los que se dinamizan políticamente las relaciones entre pasado, presente y porvenir. De cierto modo son trabajos destructores pues horadan las imágenes ya establecidas sobre el pasado y eso precisamente lo que les dota de fuerza artística pues, tal como señaló Giorgio Agamben, “el valor de una imaginación poética se mide por su potencia de destrucción interna de la imagen” (Agamben, 2010, p. 142). A contramano de los estudios especializados sobre el 68 mexicano, estas obras no agregan información, sino que *deconstruyen* imágenes, operan como iconoclastas que evocan poéticamente a los espectros sepultados por distintas formas unilaterales de administración del pasado.

Finalmente quiero destacar que a lo largo de este trabajo he intentado analizar dichas prácticas artísticas pensándolas como parte de una forma particular de relacionarse con el pasado que puede observarse tanto en el campo artístico como en los motivos por los que multitudes de jóvenes de diferentes generaciones se movilizan en solidaridad con las causas y las víctimas del pasado. Lo que moviliza en estos casos no es tanto el conocimiento pormenorizado de lo sucedido, sino la intensidad con la que algunas evocaciones del pasado tocan y revolucionan ciertas subjetividades que se articulan para desembocar en acciones sociales.

El análisis de los trabajos artísticos aquí referidos puede pensarse como un estudio de laboratorio que sirve de muestra para aludir a un fenómeno social de mucha mayor envergadura que he observado en las calles y plazas tomadas por multitudes de cuerpos crispados que se hallan ahí reunidos para encontrarse en una causa común con sus contemporáneos, pero también, y quizá, sobre todo, con los fantasmas.

## REFERENCIAS

- Agamben, G. (2010). *Signatura rerum. Sobre el método*. Barcelona: Anagrama.
- Aguayo, S. (2016). *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias de Estado*. México: Editorial Proceso.
- Aguayo, S. y Treviño, J. (2007). Fox y el pasado. Anatomía de una capitulación. *Foro Internacional*, XLVLL (4, octubre-diciembre), 709-739.
- Alÿs, F. (1997). *Cuentos patrióticos* [video]. Recuperado de <http://francisalys.com/cuentos-patrioticos/> el 18 de abril de 2021.
- Allier, E. (2009). Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968–2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (2 abril-junio). Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032009000200003](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000200003), el 18 de junio de 2018.
- Avilés, J. (2015). *Símbolos para la memoria: el movimiento estudiantil mexicano de 1968 en su cine: 1968-2013*. México: Tesis para la obtención del grado de Doctora en Historia del Arte, UNAM.

- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Ítaca/UACM.
- Burke, P. (2011) Historias y memorias: un enfoque comparativo. *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, (45 julio-diciembre), 489-499. Instituto de Filosofía-CSIC.
- Calveiro, P. (2012). *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. México: Siglo XXI editores.
- Calveiro, P. (2006). Usos políticos de la memoria. En Caetano, G. (comp.). *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, pp. 459-382. Buenos Aires: CLACSO.
- Campbell, F. (2015). *La era de la criminalidad*. México: FCE.
- Código (2013). Acciones para agitar la realidad. Entrevista con Cooperativa Cráter Invertido. *Revista Código. Arte-Arquitectura-Diseño*. Recuperado de <http://www.revistacodigo.com/arte/crater-invertido-en-entrevista/>, el 19 de junio de 2018.
- Cohen, D. y Jo Frazier, L. (2004). México 68: hacia una definición del espacio de movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las mujeres en las calles. *Estudios Sociológicos*, XXII (3 septiembre-diciembre), 591-623.
- Colectivo TercerUnQuinto (2008). Desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional. Recuperado de <https://tinyurl.com/yckr3d35>, el 18 de abril de 2021.
- Colectivo TercerUnQuinto (2010). Desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional. En VV.AA. *El orden invisible. Arte, escena y espacio. Memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68*. México: UNAM.
- Cráter Invertido (2012). Página principal. Recuperado de [http://craterinvertido.org/wiki/index.php?title=P%C3%A1gina\\_principal](http://craterinvertido.org/wiki/index.php?title=P%C3%A1gina_principal), el 18 de junio de 2018.
- Derrida, J. (2012). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta.
- Donoso, A. (2016, 1 de enero). El movimiento estudiantil mexicano de 1968 en clave latinoamericana: aproximación a las nociones de educación y transformación social. *Historia crítica*, 63. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/full/10.7440/histcrit63.2017.07>, el 18 de junio de 2018.
- Echeverría, L. (2006). *Informes presidenciales*. México: Cámara de Diputados, LX legislatura.
- Foucault, M. (1979). Nietzsche, la genealogía, la historia. En Foucault, M. *La microfísica del poder*, pp. 7-29. Madrid: La Piqueta.
- Frey, H. (2015). Nietzsche: la memoria, la historia: la Segunda intempestiva entre la crítica al historicismo y la negación de la filosofía de la historia. *Cuicuilco*, 22 (64 septiembre-diciembre). Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-16592015000300014](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592015000300014), el 19 de junio de 2018.
- González de Alba, L. (1973). *Los días y los años*. México: Ediciones ERA.

- H.k y S.b. (2018). *Non ex nihilo (nada es de la nada)*. México: Panfleto autoeditado.
- Hirsch, M. (2015). *La generación de la posmemoria: escritura y cultura visual después del holocausto*. Madrid: Carpe Noctem.
- Jelín, E. (2012). *Los trabajos de la memoria*. Lima: IEP.
- Medina, C. (2006). *Diez cuadras alrededor del estudio. Walking distance from the studio. Francis Aljys*. México: Antiguo Colegio de San Idelfonso.
- Medina, C. (2010). Un fantasma deambula por México: Tlatelolco 1968-2008. En VV.AA. *El orden invisible. Arte, escena y espacio. Memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68*, pp. 35-43. México: UNAM.
- Meyer, L. (2016). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México*. México: Debolsillo.
- Monsiváis, C. (2006). *Días de guardar*. Ciudad de México: ERA.
- Nietzsche, F. (1999). *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pimentel, T. (2007). Tlatelolco: Escenario del poder político moderno en México. En Sierra, S. *Siete trabajos/Seven Works*, pp. 225-226. Londres: Lisson Gallery.
- Revueltas, J. (2008). *México 68: Juventud y revolución*. México: ERA.
- Rojo, J.J. (2016). *Revisiting the Mexican Student Movement in 1968. Shifting perspectives in literature and culture since Tlatelolco*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Riding, A. (1985). *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*. México: Joaquín Mortiz/ Planeta.
- Schindel, E. (2011, noviembre). ¿Hay una “moda” académica de la memoria? Problemas y desafíos en torno del campo. *Aletheia*, 2 (3). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-3/bfhay-una-201cmoda201d-academica-de-la-memoria-.-problemas-y-desafios-en-torno-del-campo>, el 18 de junio de 2018.
- Sierra, S. (2007). Estudio fotográfico de Tlatelolco. Recuperado de [http://www.santiago-sierra.com/200705\\_1024.php?key=3](http://www.santiago-sierra.com/200705_1024.php?key=3), el 18 de abril de 2021.
- Valle, I. (2016). Relaciones discursivas 68/132. Similitudes, diferencias y transtextualidades entre discursos de la protesta juvenil mexicanos. *Discurso y Sociedad*, 10 (4), 821-861.
- Vázquez, A. (2006). La visualidad del 68. En Debroise, O. (ed.). *La era de la discrepancia. Arte y cultura visual en México 1968-1997*, pp. 34-36. México: UNAM.





**CREACIONES CULTURALES EN MÉXICO.  
CINCUENTA AÑOS DE LA DEMOCRACIA MEXICANA**

*Manuel González Navarro*

*Salvador Arciga Bernal*

**INTRODUCCIÓN**

Con el desenlace del movimiento estudiantil de 1968 en México, inicia una serie de transformaciones culturales, que se manifiestan sobre todo en las modificaciones legales, pero que toman forma en las prácticas culturales que se emprenden entre los grupos y las personas. Se abre un largo periodo de transformaciones en el pensamiento social, en las estructuras gubernamentales, en los procedimientos institucionales, pero sobre todo en las relaciones que sostienen los ciudadanos con la política. Desde donde se elaborarán nuevas categorías para interpretar la realidad social, las que incidirán posteriormente en el diseño y en el sentido de las políticas públicas. Es decir, en la búsqueda de un ciudadano con aspiraciones democráticas, que desea ampliar la gestión de la participación social y elaborar nuevas formas de relación social con los actores políticos, lo que le permite configurar la modernidad que vivimos en los albores del siglo XXI.

Desde la psicología social es posible reconocer los procesos bajo los cuales se cristalizan estas transformaciones en la vida cotidiana.

Todos ellos capaces de formar nuevos objetos sociales, de hacer explícitas las nuevas dinámicas sociales, de elaborar nuevas demandas sociales y del establecimiento de los derechos ciudadanos correspondientes. Es decir, de la recomposición de las identidades y por supuesto de reconstituir los procesos de nuestras memorias colectivas. Desde donde es factible, imaginar nuevas instituciones y prácticas sociales para ensayar la democracia. De este modo, a lo largo del periodo correspondiente a 1968-2018 se observan grandes cambios en la mentalidad del ciudadano, en sus formas de concebir y practicar nuevas maneras de la participación social y política; del abandono del abstencionismo electoral y de volver a concebir la participación ciudadana en la vida cotidiana y en las urnas, como la que se observó en las recientes elecciones presidenciales de 2018, donde la ciudadanía emprende un cambio en la vida y dinámica de los partidos.

En el presente texto se reconocen una serie de procesos psicosociales presentes, que le han ido dando forma a la relación que el ciudadano ha establecido con las organizaciones sociales que han surgido en el tiempo y que se van articulando entre sí. Aspectos que se desprendieron de ese momento fundamental: conceptos como democracia, sistema político, elecciones, participación; mecanismos regulatorios, con la finalidad de erradicar la corrupción, la impunidad y la violencia. Por supuesto en los procesos participantes en la sucesión presidencial. Aspectos que ahora son considerados centrales por los ciudadanos, en tanto que aparecen como definiciones para la comprensión de la ciudadanía contemporánea.

#### EL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD SOCIAL

Las sociedades buscan reconocerse en los acontecimientos participativos que le confieren sentido al ser ciudadano. Igualmente, a los procesos sociales con los cuales construyen su historia común y le dan sentido a su memoria. Relaciones que permiten la formación

de sus identidades colectivas, las que se constituyen consustancialmente a partir de la manera en que se dirimen los procesos colectivos como los conflictos sociales o las negociaciones para la formación de los nuevos derechos. Igualmente, de las interrelaciones en que participan diversas identidades colectivas humanas. De esta forma se hace comprensible las realidades sociales que viven los grupos cuando consumen coincidencias o fijan un punto de acuerdo a manera de consenso. Proceso consustancial a la formación de nociones con las cuales los ciudadanos se reconocen, se comunican y establecen los criterios de interpretación de esa realidad. En ellos se crean los ajustes o cambios necesarios acorde a sus necesidades, perspectivas y aspiraciones como integrantes de una realidad social común.

En la transición que se desprende como el movimiento estudiantil del 68 provoca la producción de nuevas representaciones sociales. Esto es la formación de novedosos sistemas de pensamiento colectivo que organiza los elementos sociales presentes. Estos sistemas son esquemas completos que le otorgan a los grupos una identidad y una visión integral respecto de los fenómenos sociales presentes. Es decir que las representaciones sociales que se formulan, le permiten a sus integrantes asumir un sistema de orientación, referencias, lenguaje, entre otros con el cual interpretan los asuntos públicos y les mantiene organizados con una cierta cohesión interna. Todo esto es resultado de una disputa de la explicación con el poder político y entre los grupos, donde cada identidad busca imponer o al menos influir. De este modo, la transición es un debate permanente que además de buscar construir una explicación de los fenómenos sociales, transforma las anteriores concepciones en una nueva a partir de la interacción conflictiva con las otras versiones. Pero el consenso que se pudiera lograr para un momento determinado, se modifica en la medida en que se presentan nuevos elementos o la presencia de una identidad colectiva que la cuestiona.

Es en la interacción humana donde se reconocen las dinámicas sociales, en las que se crean las experiencias significativas, con las que,

finalmente se constituye el pensamiento social, como lo ha señalado Rouquette (2002). La psicología social busca caracterizar las dinámicas sociales, a partir de la génesis de las relaciones sociales, de las interacciones contextualizadas, que le dan sentido a procesos específicos y a los espacios donde estos pueden ser observados.

La psicología social se enfoca en el estudio de procesos psicosociales como su objeto de estudio, en el que se destaca al pensamiento social cómo el núcleo central de sus desarrollos teóricos y metodológicos. Apuntamos la idea de Moscovici (1985) en el sentido de explorar “el aspecto subjetivo de los acontecimientos de la realidad objetiva”. En el que la realidad que se califica como objetiva y que se constituye a partir de los sucesos económicos, políticos y sociales, pero que se suceden en el trayecto de la vida cotidiana de las personas y de los grupos. Donde este aspecto moldea las percepciones, pero también concepciones del acontecer histórico. Desde esta perspectiva, la interpretación de los acontecimientos genera determinadas diferenciaciones entre los grupos y los individuos. Pero son aquellos los que les autorizan a los individuos constituir y difundir las interpretaciones que los agrupan.

Es en la dinámica interna de los grupos donde se fundan las versiones más cristalizadas, acaso las más complejas, que sostienen las personas. Que luego emergen y aparecen en el escenario público, a manera de disputa entre los grupos. Esto es que se pasa de una dinámica intragrupal a una intergrupala. Este cambio es significativo dado que pone a prueba la fuerza identitaria de los individuos como miembros de los grupos en cuestión. La interacción o confrontación de opiniones o versiones completas, refuerza la referencia identitaria, ya sea por los valores que soportan, por las pautas de comportamiento que adoptan o por las condiciones de vida que se adquiere en el tiempo. En cualquiera de los casos, el pensamiento social, remite a una pluralidad de identidades que es el signo de nuestros tiempos, como lo señalaron Moscovici y Hewstone (1986) al reconocer las formas del pensamiento a partir del sentido común.

Desde la psicología social se reconoce que en el análisis de la realidad hay distintos enfoques, donde los grupos instituyen sus puntos de vista a partir de lo más recurrente y, al mismo tiempo, de lo más estable. Lo que le da sentido a sus vidas. Del mismo modo, estos procesos subjetivos señalan el tipo de relaciones o interacciones sociales que custodian los actores frente a los sucesos que les son significativos. Lo que supone una estructura de relaciones sociales que les da soporte a las colectividades, los grupos y los individuos para establecer las prácticas sociales necesarias y evidenciar los valores y estrategias de su comportamiento.

#### **LAS HUELLAS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968 EN MÉXICO**

Uno de los acontecimientos más significativos del México contemporáneo lo constituye la germinación, auge y desenlace del movimiento estudiantil de 1968. Suceso histórico que marcó, simultáneamente, la culminación de un México revolucionario y el inicio del México moderno y contemporáneo. Dicho movimiento tuvo como premisas el reclamo de los estudiantes a la intervención del gobierno mexicano a la autonomía universitaria. También la demanda de espacios para un ciudadano democrático, la apertura de mayores canales de comunicación y la descentralización de la participación ciudadana. Igualmente, la demanda del diálogo abierto con el presidente de la república como representante de la vida política. Otra de las demandas enarboladas por el movimiento estudiantil fue en el sentido que se reconocieran los canales de expresión ciudadana y de establecer la participación ciudadana como un principio fundamental ante la incipiente democracia, cuestión que se había malogrado en diversas ocasiones.

En la década de los años sesenta se mostró no sólo una rebelión de ideas, sino un enorme conflicto cultural. El ambiente mundial era de confrontación ideológica (Hobsbawm, 2014) producto de la

división de territorios pactada entre los Estados Unidos (EU) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética (URSS) al final de la Segunda Guerra Mundial. Un conflicto cultural y político; la lógica del mercado (el capitalismo) frente a la lógica del Estado (socialismo). En esa cartografía México quedó subordinado a los EU, con un fuerte temor ante el avance de la ideología marxista, que ofrecía una gama de oportunidades entre las que se presagiaba la concepción de una sociedad más justa y equitativa entre las clases sociales.

Las diversas luchas en el mundo y la amplia difusión de la perspectiva del marxismo-leninismo, crearon en algunos ambientes universitarios, la ilusión y la oportunidad de acceder a la democracia de manera más directa. De igual modo, el desarrollo del capitalismo difundía la idea de alcanzar los más altos estándares de desarrollo, ante las expresiones de los futuros ciudadanos que se preparaban para su futura profesionalización. Este conflicto, permitió observar al país como una nación con pocas alternativas de progreso, sobre todo considerando que la clase política era percibida, desde siempre, como poco ilustrada, corrupta y autoritaria.

En el contexto nacional, durante los primeros años de la década de los años sesenta se habían realizado demandas por parte de diversos gremios, entre los cuales se ubicaban los ferrocarrileros, los médicos y enfermeras, organizaciones sindicales y otras, que no sólo no habían encontrado una solución a sus demandas ante el gobierno, en cuanto a mejoras en el salario o en sus condiciones de trabajo, sino que muchas de ellas habían sido reprimidas con violencia, a pesar de que la economía del país crecía de manera importante. En este contexto, los estudiantes percibían las dificultades a las que se enfrentarían en un futuro no muy lejano cuando quisiera presionar al gobierno mexicano.

Los acontecimientos estudiantiles de mayo en París, Francia, así como las protestas por la guerra de Vietnam, en los EU en 1968, atrajeron la atención de los estudiantes mexicanos, quienes se atrevieron al reclamo público ante las autoridades. Los hechos se sucedieron en diversos lugares del mundo (Gómez, 2008), ya con

demandas locales que parecían más globales, muchas de las cuales no tenían nada que ver con las condiciones nacionales, pero que gestaron la idea de oportunidad y coyuntura socio-política que son considerados como los factores y circunstancias (León, 2014, p. 23) que estimularon *contagio e imitación*, procesos señalados por Tarde (1913) como los que moldearon y exhibieron los sentires, anhelos y expectativas de una población con sueños democráticos y arreglos importantes que reclamarle a sus autoridades.

Las cicatrices que quedaron de su propia historia y las memorias que en el silencio (Mendoza, 2017) se fueron nutriendo con el tiempo, pero también las percepciones de los grupos, que en su heterogeneidad, condensó la imagen de una autoridad poco sensible. Al igual que la oportunidad de un cambio profundo, de largo aliento que se vislumbraba necesario y que con el pasar del tiempo se definiría como oportuno. No se puede dejar de señalar que en el contexto nacional se preparaba la sucesión presidencial y dada la cercanía del inicio de los juegos olímpicos que se realizarían en el mes de octubre, ponía al país en la mirada del mundo.

#### UN SUCESO EMERGENTE

Señala la historia que el movimiento estudiantil se gesta de manera inusitada. Una riña entre escuelas rivales, *Poli vs Uni* desata, cómo era común, la intervención violenta de la policía, la cual reprime a los estudiantes. Su pésima actuación, posibilita una controversia generalizada sobre las funciones, capacidades y autoridad para intervenir, lo que desata una espiral que culmina con la vulneración de la autonomía universitaria. Afrenta que aglutina a los centros de estudio como el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma de Chapingo (UACH), entre otras, quienes toman posición en defensa de la autonomía, de la afrenta a los derechos estudiantiles y de limitar la violencia de la policía. Situación que emplaza y

posibilita la articulación y formación de los grupos estudiantiles, en diversas escuelas y facultades, que seduce y se amplía a colonias y barrios, los que originan una inusitada convocatoria, una huelga y una marcha histórica. Los estudiantes toman el Zócalo como un acto simbólico, que es interpretado por el gobierno como una embestida del comunismo internacional. Producto de ello, la espiral del conflicto se eleva al máximo.

Los estudiantes demandan a través del Consejo Nacional de Huelga (CNH), máximo órgano del movimiento, el diálogo con el presidente, al tiempo que se organizan, discuten, comparten sueños y emprenden reuniones para formular el pliego petitorio. En el resguardo de las instalaciones, el ejército interviene y vulnera instalaciones universitarias con un ataque violento. La presidencia, a través de diversos funcionarios, justifica las acciones y determina la toma de Ciudad Universitaria.

El conflicto se había declarado sin ofrecer opciones para una mediación y frente al gran mitin llevado a cabo en Tlatelolco, en la plaza de las Tres Culturas, el ejército perfectamente coordinado, reprime violentamente a los manifestantes dando como resultado un sinnúmero de muertos, heridos y desaparecidos. El gobierno federal cree que los sueños se matan con las armas y que las amenazas silencian las promesas, señalando que fueron los estudiantes quienes iniciaron el fuego y que el ejército actuó en su defensa. De esta manera, se describe el ascenso y culminación de este dramático y trágico acontecimiento.

El 2 de octubre de 1968, hubo en Tlatelolco una gran cantidad de muertos que fueron dispersados en distintos lugares y en un número nunca precisado de desaparecidos, muchos de los cuales no eran estudiantes, sino población en general, ciudadanos, que se habían sumado al movimiento. En la interpretación de los estudiantes, fue un ataque planeado desde las alturas más elevadas del poder para disolver el movimiento y producir un impacto psicológico de miedo y terror. Desde la óptica y versión de las autoridades, el movimiento estudiantil se trataba de una conspiración del comunismo



internacional que buscaba generar un desconcierto durante los juegos olímpicos. Desde esa postura, el gobierno asumió el que las expectativas se silenciaban, a través de dichas acciones, e impedir el avance del comunismo.

Para efecto del análisis, es posible decir que el movimiento estudiantil generó, ofreció y discutió muchas ideas, gran parte de las cuáles quedaron apenas abiertas, pero sirvieron de vivero para las transformaciones culturales posteriores. Inicialmente se puede señalar que el movimiento estudiantil abrió un debate sobre los derechos de los ciudadanos, principalmente los derechos humanos, como señalaría Monsiváis (1978). En ese contexto, la sociedad se reconoció a sí misma como una entidad diferente y separada de las instancias gubernamentales o del poder político. Pero sobre todo lejana a ellas. Así, en el despertar de la ciudadanía, representada en los estudiantes, se enarbolaron valiosas banderas, que de múltiples maneras confrontaron el sentido autoritario del poder gubernamental. Se fundó un concepto que parecía naufragar ante los vientos de la historia, la demanda de democracia, concepto extraviado que pareció reconocerse en ese momento de efervescencia social y que no tardó en alojarse en lo cotidiano.

Desde entonces, el movimiento estudiantil de 1968 ha sido reconocido como un parteaguas. A poco más de 50 años de distancia es asumido como un evento que propició una mirada diferente de las relaciones entre el ciudadano y el gobierno mexicano. Es decir que engendró una relación distinta, entre el poder y la sociedad, donde tomaron sentido nuevas relaciones sociales y diferentes relaciones con el poder. Así, entre la fraguada comunidad de las ideas libertarias y la comunidad del autoritarismo había habido un cambio que apenas iniciaba. Por ejemplo, una de las mayores conmociones se consignó en las clases medias, como lo señala Loaeza (1989; 76), en el sentido de que a partir del otoño del 68 la sociedad se miraba a sí misma de una manera más participativa y preocupada por los asuntos públicos.

Las demandas de justicia que se hicieron sentir desde entonces, se difundieron, expandiendo el escenario de participación en la población, más allá del sector de los estudiantes. Se hizo a través de la búsqueda de explicaciones ajenas al ejercicio del poder, en la búsqueda de otro sentido que dejara satisfechas las familias de los deudos. En respuesta sólo escuetas y repetitivas versiones del discurso gubernamental dadas a través de los distintos medios informativos, todos ellos enraizados y a su disposición. Esas voces eran repetitivas y fueron las que se permitieron escuchar. Así se demostró el control político que se ejercía sobre los medios de comunicación, es decir que se impuso el silencio y se reiteró la amenaza mundial del comunismo. Un silencio que se forjó como modelo durante los siguientes 50 años, en que se buscó mantener la imagen del gobierno, dispuesta en el presidente de la república y en una *diferenciación* explícita con la ciudadanía. A manera de roles, pero sobre todo de capacidades, responsabilidades e intenciones democráticas. Toda una paradoja.

De esta manera, la imagen que recorrió las calles de la ciudad en marchas y manifestaciones, pero también en panfletos y volantes, en los discursos: el sonoro grito de *2 de octubre, no se olvida*, el cual apela a la formación de una memoria colectiva como antecedente de una conciencia social. Esto es la capacidad de la sociedad para decir que está viva, siente y piensa, pero también que duda, que tiene incredulidad y desconocimiento del discurso del gobierno, del ejército y de la *comentocracia*.

Grito que se erige como símbolo del movimiento. Pero de un movimiento que buscó absorber a otras demandas y movilizaciones. En esa frase se acuña una fecha fatídica que dibuja y estigmatiza al gobierno; *2 de octubre*. Pero, sobre todo, una sentencia para el futuro de las diversas generaciones: *No se olvida*. Estas dos frases, que se pronuncian como una sola, se presenta como el *marco situacional* de un conflicto abierto entre el ciudadano y el gobierno que propició muchas alternativas. Grito que demandó reestructurar el Estado y no sólo el gobierno. Pero que en su momento logró

calificar públicamente al gobierno. Así, el símbolo se funda para no dejar en el olvido los acontecimientos del 2 de octubre del 68, como tampoco la participación de los estudiantes, lo que finalmente redundaba en una *figuración* para los diversos grupos sociales. Ésta se produce en un presente que en breve tiempo que se convierte en pasado, que se niega al olvido y refrenda la necesidad de participación de todas las generaciones en el futuro que se convierte en presente año con año, mitin tras mitin y conmemoración tras conmemoración. Si bien esta afrenta no es resuelta con aclaraciones, peritajes, juicios, entre otros, por parte del gobierno, que sólo respondía técnicamente ante las necesidades comprensivas de una población ansiosa de respuestas verídicas.

El movimiento estudiantil demandó fijar posiciones frente a los dramáticos hechos, no sólo del gobierno y de los demás actores. Instituciones, sino respecto de la historia nacional. De manera más elocuente sobre los beneficios del proyecto de la revolución mexicana. El debate marcó el devenir del pueblo mexicano en términos del proyecto que requería la nación para desarrollarse. El movimiento estudiantil de 1968 marcó el origen de un conflicto cultural de gran magnitud, que es punta de la flecha de otras epopeyas que intentaron romper la homogeneidad y la corrupción gubernamental, a decir de Poniatowska (2008, pp. 16-17).

Sin duda que las respuestas gubernamentales admitieron un estigma sobre los jóvenes y sobre todo, del estudiante universitario. La idea de “rebeldes”, “delincuentes”, “anormales” y hasta “desviados”, entre muchos más. Imágenes que fueron rechazadas principalmente por los involucrados, pero también por las principales instituciones educativas, las organizaciones sociales y los padres de familia de los estudiantes.

De este modo tomó forma el conflicto cultural. Inicialmente por las maneras de interpretar entre las partes, no sólo el movimiento y el acontecimiento del 2 de octubre, sino la dinámica socio-política posterior a 1968. Para los estudiantes como una demanda de apertura que reclamaba espacios de expresión.

La declaración gubernamental fue recibida por la población dividida como una postura autoritaria, despótica y sesgada. Lo que generó una indignación silenciosa en diversos sectores que buscó expresarse de múltiples maneras por miedo a las represalias. Emergieron la ironía, los chistes, los rumores y otras expresiones simbólicas que se manifestaban permanente contra de las maneras del poder. De ese modo los riesgos disminuían y la población se manifestaba creando lazos simbólicos de comunicación. De esa manera, la población asumiría el tiempo y los modos diferentes para compartir, discutir, crear y manifestar sus puntos de vista. Para alimentar un conflicto de largo aliento.

El efecto resquebrajó la credibilidad de muchos de los recursos políticos e ideológicos del régimen, ante una sociedad que dubitativa. Su dinámica urbana estaba mayoritariamente urbanizada, abierta, plural en ciertos aspectos, frente a la cual el gobierno no pudo continuar la reproducción de su propio régimen. El sistema que había garantizado una estabilidad política ampliamente acreditada y vigente, en los inicios de los años sesenta (Pozas, 2014, p. 50) se veía disminuida y sumamente criticada.

El conflicto producido, generó una *imagen condensada* del poder, lo que propició una larga lucha de las oposiciones y una posterior transición a la democracia. Se puede afirmar que después del 68 se pasó de una época del dominio de una representación colectiva del poder, en el sentido que señalaría E. Durkheim, a otra época, donde emergieron diversas representaciones sociales de la democracia, acorde a lo que señalan Moscovici y Hewstone (1986). Es decir, la transición de un gobierno autoritario a una imagen benefactora del Estado. A decir de Octavio Paz, la mutación del ogro filantrópico.

Los acontecimientos del 2 de octubre de 1968 se condensaron en un punto de vista que buscaba trascender. Reconstituir el espacio público. Las acciones para ello aparecerían de cuando en cuando. La apertura a partir de la cual se van a expresar muchos grupos humanos fue a través de múltiples luchas sociales. Las nuevas demandas se asociaban a las viejas demandas. Las manifestaciones y

marchas contra la autoridad gubernamental expresaban los mismos sentires en pancartas, volantes, en la recreación de las demandas concretas, la identificación y señalamientos a la autoridad responsable, entre otras. Pero siempre había una constante que se dirigía a la figura presidencial. Si bien éste no es el responsable directo, sino porque simbólicamente es quien representa toda la estructura de autoridad que es estigmatizada como represora.

Muchas marchas que se presentan y desfilan en las calles de la Ciudad de México, tienden a repetir gran parte de los estilos, lenguaje o símbolos creados en ese espacio y tiempo originario. Esto es que se *imitan* en la vida política contemporánea, como una forma de evocar, recordar o remarcar lo que antes se había dicho. Como señala Pozas “El movimiento estudiantil era la expresión del cambio social y su representación en la cultura política, y convirtió al Zócalo en el punto de llegada de las marchas por la avenida reforma” (2014, p. 314). Esto es también la búsqueda del sitio al que hay que llegar y el lugar que hay que ocupar, el centro físico y simbólico de la sociedad.

## EL 68 A LA DISTANCIA

Se cree que las nuevas generaciones no comprenden al movimiento del 68. Que es una imagen la que se tiene de él y que el tiempo lo rebasó. En cierta medida que es sólo un recuerdo y que no constituye un punto de partida para una visión contemporánea y mucho menos un ideal de cara al futuro. Qué el recuerdo del movimiento no ha logrado crear una mística que reivindique las demandas centrales. Sin duda es un debate que requiere muchos más elementos y una definición conceptual mucho más amplia que la que se puede presentar a primera vista. En este sentido, es necesario reconocer, tal vez mostrar de algún modo, las trayectorias de los procesos socioculturales para darle mayor sentido a las expresiones de las generaciones más jóvenes. De igual manera, reconocer las diferencias

que se tienen entre las generaciones que vivieron esa condición y las que lo conciben a la distancia, pero que participan de los actos conmemorativos.

A través de distintas perspectivas podemos dar cuenta de algunas trayectorias y modalidades de expresión que se tienen respecto de los impactos del movimiento estudiantil de 1968. Una de ellas se refiere a la *imagen del poder político* y de las funciones que éste desempeña en la modernidad. No dejamos de observar los cambios en *las prácticas sociales cotidianas*, ni en los objetos o referentes con los que se crea una *identidad social*, a partir de una movilización, una protesta o la emergencia de *nuevas organizaciones sociales*. Es decir, que los impactos que culturalmente propició el movimiento estudiantil, no pueden ser reducidos a la imitación simple en las maneras de la organización, a reiteración de las demandas o en la continuidad en los estilos de comportamiento. Pero si pueden ser agrupados en torno a la *ruptura de la continuidad en las relaciones de dominación* con el gobierno y en las acciones que se encaminan a una *reforma del Estado*. Es necesario penetrar en los significados que el nuevo tiempo mexicano le otorga a todas las expresiones de los grupos organizados. La repetición como una recreación en un contexto diferente.

Las condiciones sociales han cambiado en medio siglo. En ese lapso el movimiento estudiantil de 1968 logró impactar en la sociedad de diversas formas. La más importante tiene que ver con una demanda de cambio social y de modificación en las maneras del gobierno, tanto en el discurso como en las acciones. Todo ello a partir de los signos de oportunidad en la participación ciudadana. En lo concreto, la formación de las organizaciones sociales con una nueva estrategia, por ejemplo, la incorporación de las mujeres en la política formal o en el reconocimiento de las perspectivas de las minorías. De igual manera en el papel que juega la educación para la democracia, entre muchos otros ejemplos.

## LOS ACTORES SOCIALES INVOLUCRADOS

A 50 años de distancia del movimiento estudiantil del 68, la sociedad se mira diferente a sí misma. Los personajes y los discursos han cambiado. Sus estilos se han modificado, se han modernizado. En muchos de los casos son más directos, pero sobre todo emplean nuevos recursos conceptuales y retóricos. Pero un elemento que está presente en este escenario es la centralidad de la figura del presidente de la república. Esta se ha modificado muy poco a decir de los ciudadanos. Sigue siendo el centro de la vida política y constituye el principal blanco de toda crítica política y cultural.

El espacio que sostiene al presidente en turno depende de la estructura del poder. Este es el marco comprensivo de aquél. El poder político lo adquiere legalmente a través de los procesos electorales que se asumen como legítimos y legales. Pero también de los poderes que la figura presidencial concentra y de los metapoderes que le asigna la cultura nacional. La imagen del presidente puede tener variaciones importantes, pero en la mirada de la ciudadanía es un *objeto social relevante* que no se ha innovado. Por el contrario, es un ente que permanece y sólo varía por el estilo que le impone cada una de las personas que lo han representado. Es un baluarte y el símbolo del sistema político mexicano. Es decir que su estructura, aquella que se prefiguró desde el presidente Miguel Alemán, el primer presidente civil, le otorga autoridad, así como facultades y prerrogativas que la sociedad consiente. La figura presidencial es la imagen objetiva del poder, pero también de la corrupción.

La poca variación del sistema político ha generado modelos de comportamiento político para la ciudadanía. El movimiento estudiantil de 1968 lo confrontó. Esta controversia motivó la necesidad de emprender algunas variaciones en la imagen del poder personificado. Una consecuencia política y sus derivaciones culturales se ubican en la reforma política emprendida en 1977 con la cual se ampliaron las oportunidades de participación a los partidos de la oposición. El costo social de la confrontación con el sistema

presidencial fue muy elevado para esa generación. Padres e hijos lo asumieron. También algunas de las generaciones posteriores. Pero ante los ojos de la población, la apertura del sistema implicó una profunda transformación cultural. Si esta variación se hubiera dado con mayor antelación, es decir desde la promulgación de la nueva constitución en 1917, como la consumación legal de la revolución mexicana, entonces el sistema presidencial no hubiera tenido tanta necesidad de ajuste.

El presidencialismo constituye uno de los ejes y símbolos más importantes de la cultura política mexicana, centrada en la lógica del poder antes que en la relación con el poder (Tejerina, 1998). Los demás actores sociales y políticos juegan un papel, ya sea de acompañantes o de defensa y, acaso, de protección del sistema mismo. Lo que está fuera del círculo es oposición y, en su caso, rebeldía, reacción o anarquía. Pero al sistema lo acompañan las organizaciones y los grupos de presión que buscan mantener su equilibrio entre los poderes. Este es el caso de los partidos políticos y de las instituciones que se requieren para su mantenimiento. También para el desenvolvimiento de diversos acuerdos o de la negociación ante los factores presentes imponderables. Igualmente, para la comunicación y la propaganda que promueve el orden y cohesión social.

La cultura política que se observa a 50 años del movimiento y de la masacre, señala no sólo el centralismo alcanzado, sino un sentido de pluralidad en las reformas logradas, que un poco más pausadas se desglosan como concesiones a determinados grupos. Por lo que no se logró una verdadera transformación política, sino una transformación socio-cultural, que permitió mostrarse como oposición.

El 68 mexicano conquistó un escenario de interacción socio-cultural que dio pie a la emergencia de una pluralidad de visiones sobre el futuro. Se perfilaron modelos de acción ciudadana que serían afinados con el tiempo y con el aprendizaje de las variadas circunstancias y momentos ambivalentes. El país ha transitado de una política basada en la centralización y el presidencialismo a una



política basada en expresiones culturales. Donde la absorción o incorporación de las oposiciones al sistema se debate entre mantener el conflicto o aceptar la sumisión. Sin embargo, las tensiones y la confrontación presente se transformaron en centralismo y obediencia política simultáneamente a la manifestación, conflictividad y negociación.

## LOS OBJETOS Y LOS CONCEPTOS

El pensamiento ciudadano actual es resultado de sus prácticas, así como de la implementación de nuevas categorías sociales que se construyen en la convivencia e interacción social que permite estructurar la realidad y darle el sentido que se busca (Lechner, 1995 y 2002). Es una labor colectiva que invierte enormes esfuerzos y tiempo. Igualmente, el procesar nuevas informaciones y acontecimientos de las acciones ciudadanas y gubernamentales, con el objetivo de mantener la convivencia y el emprendimiento de nuevos conflictos.

Los cambios generacionales son complicados dados los valores asumidos por cada generación o cohorte. Ello a partir de los procesamientos elaborados y de las prácticas emprendidas por cada una. Igualmente, porque cada generación asume como prioritaria o relevante una preocupación o alternativa de vida. Por ello, no se alcanza a mirar y expresar fácilmente la diferencia, dado que se requiere de una controversia o conflictividad que la posibilite. Es decir que las controversias permiten destacar los valores preponderantes de cada grupo o generación. Algunas veces las valoraciones que se hacen sobre los objetos comunes, llevan al reconocimiento de la identidad de cada agrupación más que a las diferencias. Este es el caso de los sucesos dolorosos o traumáticos. Eventos de este tipo han marcado a sociedades en su conjunto, a partir de los que suscitan gran controversia. Las generaciones se agrupan a partir de actos de reconocimiento o de conmemoración. Con ello toma sentido muchas de las cosas que dicen y hacen, pasan de un ámbito privado a

uno más amplio o público. Este es el caso del desenlace del movimiento estudiantil de 1968. La *matanza del 2 de octubre*, procura actos públicos y privados de rememoración o conmemoración, lo que facilita la identificación y el reconocimiento de los responsables, lo que se convierte en un acto de carácter político que está activado por una memoria colectiva.

Es el acto público, donde se conjuntan las distintas generaciones. Inicialmente ligada por lazos consanguíneos y luego por el reconocimiento social, que se emprende la consolidación de la memoria colectiva. Es en ésta donde se establecen puentes ineludibles entre las generaciones y se informan de lo sucedido, lo que permite reforzar la cohesión que confina las diferencias de los valores cotidianos. La formulación de tal o cual memoria colectiva, requiere de una pedagogía particular. En esta participa inicialmente una organización que busca ampliar sus perspectivas de las personas. Algunas organizaciones emprenden esta actividad como servicio a la comunidad, a partir de reconocer el suceso que los impacta, por ello, asumen la tarea de difusión entre los integrantes y con los grupos con los que se relacionan. Tarea que podrían asumir los partidos políticos, sobre todo aquellos que buscan el cambio social. Sin embargo, la continuidad y permanencia de dichos valores generacionales están presentes en la vida cotidiana, en las acciones interindividuales, pero sobretodo en los actos de conmemoración que se expresan en los espacios públicos.

Los valores y preocupaciones de cada generación son diversos. Por tal razón los recuerdos y las impresiones tienden a construir versiones diferentes sobre los mismos hechos. En ese sentido, las múltiples versiones se enriquecen, se distancian y adquieren significados heterogéneos que fundan lógicas de pensamiento y comportamiento diferenciales. Al igual que formas distintas de procesar la información que circula en la sociedad. La reflexión es sobre qué elementos impactan a diversos grupos de edad o cohortes, para propiciar una acción de intercambio de versiones sobre los hechos sociales.

Para el caso del movimiento estudiantil de 1968, el procesamiento de la información ha sido enormemente diferencial entre las generaciones, dado el número de ellas, en la medida en que los periodos de vida se han incrementado. Así como por la centralización de la información en la sociedad. Si bien, a 50 años de 1968, las personas que han tenido un recuerdo mayor son quienes tienen más de 65 años de edad, ya sea por su participación directa o indirecta, apoyos, cercanía con algún familiar o afiliación respecto de la participación de aquellos jóvenes. Asimismo, por el concepto o imagen que se tenía de los estudiantes o del rol asignado o desempeñado en esa época.

La necesidad de comprensión del movimiento estudiantil de 1968 incorporó elementos que en el mediano plazo sirvieron para formular puntos de vista o representaciones sociales. La dupla, de ser jóvenes y estudiantes, contribuyó a la creación de estigmas positivos y negativos, pero sobretodo, crearon un objeto y un sujeto al mismo tiempo. Los estudiantes que, siendo jóvenes, atienden a los problemas sociales. Esta versión de sentido común permite incorporar versiones más completas. Sabemos que la imagen del estudiante en el 68 era vista de manera polarizada. En la actualidad hay una imagen mucho más positiva que negativa en todos los ámbitos de la vida social democrática. Imágenes que se han modificado con el tiempo y las circunstancias, pero que sirvieron de plataforma para hacer otros juicios y posicionamientos. En la actualidad los jóvenes estudiantes constituyen una pieza clave en el desarrollo de la sociedad democrática.

El procesamiento de la información no depende exclusivamente de las personas o de las instituciones, ni tampoco de los medios informativos, sino más bien de la conversación, de la discusión o de la confrontación, así como del respeto de las opciones diferentes. Este es un signo de los tiempos contemporáneos pero que creemos que se desprendió de aquel acontecimiento. Igualmente sucede respecto del concepto de democracia que se ha venido construyendo y que, a 50 años, muestra los signos de la diversidad, de la tolerancia,

de la apertura para afrontar o hablar de ciertos temas, así como de un mayor conocimiento y compromiso con los asuntos públicos.

Es necesario destacar la participación electoral de la Ciudad de México, en el sentido de los cambios sociales y culturales emprendidos en 1997. Desde el 68 se despertó la necesidad de una relativa alternancia de los partidos políticos en el poder. Aspecto sugerido en la reforma política de 1977 donde se incorporan nuevas oposiciones. Igualmente, en los programas de gobierno y en las recientes políticas públicas. Que, si bien no alcanzan una satisfacción plena, muestran una diferencia sustancial respecto de otras entidades donde no ha habido cambios en este aspecto. Es el caso del Estado de México o el de Hidalgo, al menos hasta el 2019, donde no ha habido alternancia desde hace nueve décadas. Es decir que el mismo partido político ha gobernado 90 años de manera continua, considerando que estarán, por inercia. Esto es desde su creación y unción en el poder.

## EL CAMBIO SOCIAL

El sistema político es resultado de las luchas del siglo XIX y de la revolución mexicana. Su formación ha sido influenciada por el sistema presidencial norteamericano y en algunos casos por leyes europeas. Fuera de estas adaptaciones, el presidencialismo mexicano tiene múltiples antecedentes, tanto prehispánicos como españoles. El tlatoni, personaje del México prehispánico, *gobernante de una ciudad*, es en el que recaían los poderes y funciones tanto militares como religiosas. Era un cargo que se adquiría por herencia y que tuvo su equivalente en el *caudillo español* o señor de las armas. Posteriormente y cómo un sincretismo, se forma el caudillo latino americano y posteriormente el *caudillo mexicano*, que bien puede ser el antecedente del presidente de la república al constituirse la nación mexicana con Iturbide al frente. Entre el tlatoni y el presidente existe una línea de continuidad que si bien puede ser muy elemental, está presente y constituye el centro del sistema. Es decir

que el actual sistema político está apoyado en un sistema social de valores y creencias que se institucionalizaron en la sociedad contemporánea. Frente a ello, un aspecto profundo del movimiento estudiantil del 68 bien puede representar una rebelión o alzamiento contra la máxima autoridad. Ya sea que se mire desde la antigüedad, bien sea que se mire desde la modernidad. Ambos elementos se reúnen en un momento determinado. Tomando las palabras del entonces presidente Díaz Ordaz, *la noche de Tlatelolco* queda como una decisión asumida por la máxima autoridad, admitida literalmente en su informe de gobierno de 1969. En la mente del pueblo mexicano, el movimiento estudiantil queda señalado, para unos, como un acto de sedición o sublevación que generó un enorme temor por las profundas alteraciones que podría producir.

Al mismo tiempo y para otros más, como un acto de valor y arrojo por parte de los estudiantes ante un poder autoritario. Hecho social que está presente en la mente de los mexicanos a manera de un antes y un después. Un mojón de memoria colectiva que cada día o cada año se expande y se refuerza más. Aunque con el tiempo y su constante presencia y difusión, se acredita como un momento importante en la reorganización del sistema político. Esto es una variante del cambio social demandado.

Para algunos sectores, el suceso del 2 de octubre es un acto de abuso de autoridad. Un acto autoritario del presidente que quedó encubierto por el sistema político. Serán los acontecimientos que surjan más adelante o la expresión de los diversos actores sociales y políticos, los que busquen colocar en su sitio, los hechos que se sucedieron, a manera de una reivindicación, de una justificación para el cambio o de una la exigencia de justicia, memoria, reclamo, protesta, entre otras frente a un poder autoritario. Los hechos sociales de 1968, se asumirán en un contexto mundial. Más allá de la dinámica nacional y se entrecruzarán con las luchas sociales y estudiantiles en otros lugares del mundo, en tanto que la dinámica de la globalización se expanda.

Los cambios sociales que se emprenden por diversas causas o por la búsqueda de nuevos derechos, llevarán el sello del movimiento de 1968. Gran parte de las protestas y las nuevas demandas sociales tienen una conexión permanente con el 68: la lógica perversa del poder y la posibilidad de la protesta. Estas se vinculan a través de la defensa de los derechos humanos y en la posibilidad de una memoria colectiva, más sólida, que busca ser reconocida. Este parece ser el signo en nuestro país en la medida en que la presencia de observadores y defensores de los derechos humanos, dificulte acciones de autoridad fuera de los estándares legales, morales y de defensa de la vida humana. En este sentido, la reivindicación y valoración del 68 mexicano no significa sólo un reconocimiento a los estudiantes, sino a las luchas sociales de diversos grupos minoritarios que, de múltiples maneras, se enfrentan a las determinaciones del poder político y económico. Es por ello que su examen significa más que una reminiscencia a una aventura estudiantil.

## EL CIUDADANO

Una de las grandes transformaciones culturales que se desprendió del movimiento estudiantil se ubica en la concepción de ciudadano que emergió en ese contexto. Personaje no subordinado a un poder autoritario. Imagen de una colectividad que podía luchar por sus derechos, establecer demandas sociales, solicitar audiencia o la exigencia del cumplimiento de cuestiones sociales o políticas. En el mismo sentido el sujeto que se brinda la oportunidad de protestar, de salir a las calles a expresarse, de manifestarse en parques, mercados, escuelas o apropiarse simbólicamente de los espacios públicos como las explanadas y los espacios reservados para el gobierno como el Zócalo capitalino.

La bandera del ciudadano participativo fue emprendida desde la revolución francesa y en México emergió como una pieza clave en el 68. Inclusive, a nivel mundial, en la medida en que las expresiones

estudiantiles fueron todas, la manifestación de necesidades ciudadanas y la solicitud de acciones de reparación de daños o del cumplimiento de promesas a los gobiernos en turno.

Si bien el ciudadano se acoge a una figura idealizada, tiene un peso importante en la dinámica del movimiento y en la historia de la sociedad. Toma forma de modernidad y de nacionalidad en la medida en que expresa los sentires, los desaires, las demandas y las desilusiones, pero también las aspiraciones y las capacidades que se requieren para afrontar el presente y la imaginación necesaria para construir el futuro. El ciudadano es la forma concreta de la sociedad civil que se hace visible y tangible en la confrontación de ideas. Es la condición social que concuerda con una realidad democrática a la que se aspira. Los jóvenes en el 68 se impusieron este sueño que en el transcurso de la lucha y se convirtió en esperanza en el terreno de la vida colectiva.

La relación propuesta entre ciudadano y sociedad civil marcó un derrotero. Esta vinculación permitió guiar luchas y movimientos que se inspiraron en los ideales señalados. En cierta medida se imitaron como una de las maneras del aprendizaje. Un aprendizaje por imitación que requería de asumir riesgos, afrontar miedos y personificar las orientaciones autoritarias de los gobiernos subsecuentes.

La reforma política de 1977 deja ver con claridad uno de los primeros políticos. La apertura para acrecentar la participación de los jóvenes al disminuir la edad del ciudadano de los 21 a los 18 años. Igualmente, ampliar el espectro de los partidos políticos y asumir que había llegado la hora de su pluralidad. A pesar de que el gobierno mantuvo el control de la vida política, las fuerzas sociales minoritarias ya tenían la posibilidad de expresarse y mostrar sus alternativas sociales con su participación política legal. Si bien este es un cambio político en sentido estricto, sus derivaciones fueron culturales en el sentido de admitir que participarían tanto hombres como mujeres, a través de los diversos sectores, los cuales tuvieron la facultad de verse representados en nuevas agrupaciones sociales, como fuerzas y partidos políticos. Esa forma de organización social

superó a la añeja figura del pueblo, que emanada de la revolución mexicana, constituyó el imaginario en los inicios del siglo y hasta la primera mitad del siglo XX. Al mismo tiempo, la forma idealista que le dio forma al PRI como el interlocutor del gobierno con el que se proclamaba a su conductor.

El concepto idealista de pueblo se modificó con el movimiento estudiantil. Así inicia la creación de la sociedad civil, una colectividad separada del poder, que demanda información, establece presión a través de diversos mecanismos, pero, sobre todo, mantiene una identidad. La figura de la sociedad civil convierte al ciudadano en un ente comprometido, tanto individual como colectivo. El ciudadano se transformará en el tiempo y por distintos acontecimientos, hasta que aparece la figura del ciudadano elector, que es el mismo ciudadano, pero ahora anclado a los procesos electorales.

Las aspiraciones del cambio revolucionario inspirado en el marxismo, se dirigieron hacia un mecanismo que rechazó al cambio violento. Insertarse en el sistema y propiciar el cambio desde dentro. Este se construye desde finales de los setentas. Pero en la década de los ochentas adquiere un nuevo déficit al considerar que el fraude electoral sigue vigente y es el costo político de no conocer el sistema. También el de convertirse en ciudadano elector, dejando atrás la figura del ciudadano protestante. El ciudadano elector aparece como la posibilidad del cambio. Pero requiere de una organización particular que le permita expresar sus demandas y sus sentires a la población a través de las campañas de promoción. Sin embargo, sus ideas eran absorbidas por los partidos más experimentados en los procesos electorales.

A 50 años de distancia del movimiento estudiantil del 68, la figura del ciudadano apela a una dualidad en su participación. Por una parte, cuestiona todas las actividades que los partidos realizan como el corporativismo, el acarreo, la voluntad de la élite institucional. Por otra parte, los acepta y reconoce como instancias organizadoras de la participación política. Igualmente consiente, que sean los comicios internos, el procedimiento para la selección



de los candidatos que lo representaran en el congreso y en los espacios de poder.

De esta forma, el ciudadano es una mezcla de personaje ideal y circunstancial que se personifica en los grupos e individuos con una fuerte desconfianza en las autoridades e instituciones. La importancia del ciudadano radica en la representación que se tiene de él. Ya sea como el ser ideal que posee una elevada conciencia social y un amplio compromiso con la historia, con los ideales forjados en el pasado y de los cuales adquiere una perspectiva del futuro, como una expectativa llena de esperanza y buena voluntad. Igualmente, como un personaje que sólo se lamenta y reprocha el tipo de gobierno que se tiene. Pero, además, que no construye historia porque no tiene memoria.

Frente a todos estos conceptos, es necesario reconocer que la dinámica nacional está compuesta de no sólo de transformaciones políticas que han ido para adelante, sino que en muchos de los casos para atrás. Esto es que las ha creado el ciudadano, pero que luego las ha custodiado el poder a partir de sus propios preceptos didácticos.

Sin duda que la pieza más importante del sistema político lo constituye la figura del presidente. Por lo que el proceso de la sucesión presidencial es el más importante. De igual manera las otras instituciones que constituyen su médula como la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) o el Instituto Federal Electoral, IFE, ahora Instituto Nacional Electoral (INE). Pero al mismo tiempo, piezas más dinámicas y poco tangibles como Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) o la Secretaría de Educación Pública (SEP) que no logra modificarse o adecuarse con el tiempo.

## **EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968 EN LA MEMORIA COLECTIVA**

A 50 años de distancia y acorde a algunas evidencias empíricas, el movimiento estudiantil de 1968 es visto por la población mexicana

como un suceso importante que continúa influyendo en la dinámica del sistema político. Calificado como un suceso negativo, que generó una enorme decepción de la población sobre el gobierno federal. Un gran dolor colectivo por las víctimas que en gran medida son reconocidas como jóvenes y estudiantes. En un sentido simbólico la sociedad lo asume como la forma en que los padres piensan en los hijos perdidos.

Las principales imágenes en la población gravitan en torno a la conceptualización de muerte, injusticia, matanza, represión, abuso de autoridad y asesinatos por el gobierno. Asimismo, por haber sido una lucha de los estudiantes por sus derechos y por la libertad, la cual fue obstaculizada. El punto más álgido y que más recuerdos suscita es la matanza ocurrida con violencia el 2 de octubre de ese año en Tlatelolco.

Para la población en general es un evento que desencadena una gran controversia y posturas polarizadas debido a la gran especulación que tienen sus causas. Se percibe como un hecho enormemente doloroso para la sociedad. Se le reconoce por las consecuencias dinámicas, como el activismo de los jóvenes en las universidades y otros centros educativos. Del mismo modo por la confrontación con el gobierno federal. Esta polémica produce diversas imágenes, muchas de las cuales van a servir de bandera a grupos estudiantiles. Es una situación de conflicto que se registra entre el gobierno y los estudiantes, entre el poder y los ensueños estudiantiles. Pero que también atrae a otros grupos sociales como campesinos y trabajadores. Esto es que el 68 constituye para la población una causa originaria del cambio social, tal vez la más notable en la historia moderna del país.

Destaca que el movimiento estudiantil de 1968 es percibido, con sólo dos actores. Cada uno con cualidades y características muy diferentes. Por un lado, los estudiantes, con características cívicas y culturales importantes, en defensas de los derechos de los ciudadanos. Algunos ciudadanos los señalan en rebelión, inconformidad y con grandes apetitos de revolución, contagiados por las modas

revolucionarias del momento. Igualmente, el que la universidad se ha convertido en un semillero de potenciales rebeldes, anarquistas o revolucionarios, sin precisar sus diferencias. Lo cual es responsabilidad del gobierno o que este mismo sea el promotor de esas actividades.

El otro actor social presente en el movimiento estudiantil es el Gobierno federal. Representado por el presidente de la república como responsable de las acciones del ejército mexicano. Este posee los mayores recursos económicos, políticos y gran difusión de sus perspectivas. Ambos grupos en una confrontación vista como algo desmedidamente desigual. En esa confrontación, la población asume al gobierno en una posición de dirección por lo que sus acciones son calificadas de abuso, violento e intolerante. Igualmente, acompañado de un poder que busca generar miedo en la población. El aspecto más negativo es que es concebido como corrupto. Es en el gobierno en quien recae la mayor parte de los atributos negativos producidos por la dinámica social. El ciudadano, individual y colectivo tiene un rostro más de honestidad y buen juicio. Aunque la mayor parte de las veces de cierta ingenuidad y falta de sentido práctico.

#### EL PROCESO DE LA MEMORIA COLECTIVA

En el 50 aniversario del 68, el conflicto entre estos dos actores fue asumido prácticamente frente a los juegos olímpicos, pero no de la sucesión presidencial de aquél entonces. Esto es en la mirada del mundo frente a un evento internacional. Sin embargo, la sucesión presidencial, marco de la acción gubernamental, se localiza fuera del contexto de comprensión y análisis.

El ciudadano mira a la distancia lo sucedido y lo hace a partir de varios objetos. Los derechos de los ciudadanos, la injusticia que ha prevalecido en México y la pestilente corrupción presente desde hace mucho tiempo. Sin embargo, objetos sociales importantes

como el poder, la justicia o la democracia, se miran como objetos lejanos, aunque no ajenos.

En términos generales la ciudadanía observa al 68 mexicano como un objeto social presente aunque difuso. Poca información sobre ello. No reconoce referentes como películas, personajes, museos, memorial, entre otros. Salvo la marcha anual del 2 de octubre. No es así con los estudiantes de cualquier nivel escolar. El mayor reconocimiento se ubica por los actos de conmemoración que se hacen y que son transmitidos por los noticieros de televisión. Pero también por lo que dicen muchos de los jóvenes estudiantes, ya sea porque son hijos o familiares de ellos. Es decir, de la relación que las personas tienen o preservan con estudiantes de bachillerato en la Ciudad de México.

En otros de los casos, por las relaciones familiares con padres, tíos o abuelos que vivieron esa época, acaso la experiencia y que les comentan algo de lo sucedido. Cuando eso sucede se aprecia una versión dramática o idílica. Más que los sucesos o la evolución del conflicto. Se concluye que es un evento complejo de entender, dado que no hay muchos datos, pero sí mucho silencio y poca difusión por los medios informativos. Además, porque la información oficial tiende a no ser muy creíble.

En la actualidad, al movimiento estudiantil de 1968 se le mira como un *suceso estático*. Algo que permanece detenido en el tiempo, ya sea por inconcluso o interrumpido. Ya sea que allí se quedó o allí lo dejaron. Pensando que con el paso del tiempo “entra en el olvido”. Sin embargo, a 50 años esto no ha sucedido, dado los actos de conmemoración y la presencia de un sentido primigenio de la participación política de los ciudadanos. Acaso de un arquetipo, a pesar de lo doloroso del hecho, de lo cruel de las maneras de resolución y de lo despiadado que fue la autoridad para tratar y castigar a los estudiantes.

Si bien al movimiento estudiantil sólo se le conmemora por la masacre del 2 de octubre. Se hace a partir de las marchas organizadas por los comités de los viejos estudiantes y cuando los noticieros

informan de los disturbios o desmanes provocados por los estudiantes cuando desfilan en el centro de la ciudad. Sin embargo, el evento es asumido como algo muy importante que está presente para la gran mayoría de la población, pero que nunca más debe repetirse en el país.

En el pensamiento ciudadano hay una estructura mental formada. Esta es nítida y está presente. Es difícil de describir y explicar. Su contenido es confuso, contradictorio y hasta incoherente, si se quiere, pero está presente a la hora de evaluar la idea del cambio social. Igualmente es sopesada cuando se busca evaluar los atributos que posee la autoridad gubernamental. En cualquiera de los casos, el movimiento estudiantil de 1968 caracterizada en el pensamiento social como una estructura muy importante para la historia del país. A ella se le mira a través de las acciones de los estudiantes y se le comprende, se le nombra y está en el tiempo a partir de las organizaciones sociales y los partidos de oposición. Lo más destacado es que sirve de referente entre las generaciones de mexicanos.

En sentido estricto, el movimiento estudiantil de 1968 constituye un objeto social relevante para la población mexicana, en tanto que suscita puntos de vista diferenciales y controvertidos. En sentido cotidiano es un motivo de polémica que respalda posicionamientos diferenciales respecto de otros objetos o problemas sociales contemporáneos que son considerados primordiales. Al ocasionar estas diferenciaciones se apela a procesos de identidad colectiva más allá de las opiniones y actitudes que pudieran expresar los ciudadanos en lo individual. De hecho, suministra elementos que permiten establecer argumentos más acabados sobre diversas coyunturas del México contemporáneo. Ya sea a manera de imágenes, de símbolos o de emociones. En ese sentido es un referente obligado en los posicionamientos políticos. Las imágenes que emplea es el llamado reiterativo.

El grito de ¡2 de octubre no se olvida!, logra la función de transmitir una imagen a las generaciones más jóvenes como el valor de una generación que clama justicia. Este se reitera en marchas

y manifestaciones, pero igualmente en eventos de diverso tipo. Es una imagen que está presente y que busca objetivarse, representarse en diversas figuras específicas, ya sea positivas o negativas. Uno de los mayores símbolos del movimiento estudiantil lo constituye la representación modificada de los juegos olímpicos en una paloma ensangrentada o aquella que tiene una bayoneta hundida en el pecho. Asimismo, en la palabra Tlatelolco, si bien refiere a un espacio prehispánico, el suceso lo resignifica y lo asigna a una representación diferente ante la población.

Las imágenes del movimiento estudiantil son muy diversas, ya que aparecieron en el contexto del ascenso del movimiento, sobre todo posteriormente dando cuenta de los acontecimientos del 2 de octubre. Ellas están marcadas por la muerte, el asesinato de muchas personas, no sólo estudiantes. La mayoría de las imágenes recrearon y ampliaron las originales con otras imágenes de muertos. Lo que permitió ligarlo con otros eventos y sucesos posteriores, en muchos de los casos igualmente trágicos, tales como: la represión de estudiantes en la ciudad de México en 1971; el fraude de la elección presidencial en 1988; la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional simultáneamente al arranque del Tratado del Libre Comercio en 1994; los asesinatos de Aguas Blancas, Guerrero en 1995; los asesinatos de indígenas en Acteal, Chiapas en 1997; la masacre de campesinos e inmigrantes centro americanos en Tamaulipas en 2010; asesinato de civiles por parte de militares en Tlatlaya, Estado de México en 2014; la desaparición de los estudiantes de la normal de Ayotzinapa, Guerrero en 2014; entre muchos otros sucesos.

Las representaciones en las marchas de aniversario son elocuentes. Más allá de las banderas y los gritos, las expresiones pueden presentar algún *performance*. Una representación artística o un tanque de guerra circulando en las calles de la ciudad, ya sea porque persigue a los estudiantes o custodia a las instituciones, los funcionarios, de no ser increpados en sus espacios de trabajo. Igualmente, los custodia cuando los ciudadanos demandan explicaciones sobre lo que los ciudadanos quieren conocer.

Frente a la vida política, el movimiento estudiantil constituye un objeto social que se recrea en la memoria colectiva de la población. Lo es en la medida en que se ofrece como un referente para comprender a otros objetos sociales como la lucha por la democracia, la injusticia que viven diversos sectores sociales, el abuso del poder por parte de autoridades y la corrupción que emprenden los funcionarios en diversas entidades públicas. En ese sentido el sistema social y político lo mantiene como la memoria de la población. Un referente que no pierde sentido de oportunidad ni de existencia, sino que recrea constantemente a la vida política, acorde a los acontecimientos y que busca completar los significados desprendidos en 1968 como el fin de una etapa y el origen de una nueva.

En la dinámica social del presente, colmada de conflictos y controversias, se reconoce la presencia de una memoria colectiva que da cuenta de valores sociales orientados al cambio social. Espacio donde se anidan nuevos atributos para una sociedad idealizada, con nuevas funciones sociales, principalmente en la política, pero sobre todo en la cultura.

La memoria colectiva del movimiento estudiantil también está hecha de controversias y heridas que no se han resuelto en el tiempo, ni en los espacios adecuados. La crítica es enorme al sistema político y cada día se observa mayor profundidad. De esta manera, la estructura de la memoria colectiva señala que la población se percibe y siente más alejada de las instituciones que atienden los problemas que ellos señalan, aunque los más importantes, como la búsqueda de los derechos del ciudadano y la injusticia, se observan más asumidos por los propios ciudadanos.

Esta memoria tiene signos de esperanza. Los comparte con los de dolencia, desconsuelo y malestar. A la distancia, el movimiento del 68 es un evento que causó una conmoción muy importante en la Ciudad de México y algunas otras. Ahora se visualiza como algo distante para la población. Sus huellas son más negativas que positivas. Pero ambas necesarias. La imagen más fuerte se ubica en la matanza violenta comandada por el gobierno y ejecutada por el

ejército sobre los estudiantes. Destaca su condición de impunidad. Pero sobre todo que es un hecho que no cayó en el olvido y sigue siendo condenado por la sociedad en general.

#### ALGUNAS REFLEXIONES DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

La hipótesis central que desde la psicología social se puede adoptar para comprender la evolución y desenlace del movimiento estudiantil de 1968, se ubica en la elaboración y presencia de un conflicto político que produjo al menos dos grandes significados. Uno primero que es palpable, se refiere a la génesis de un *significado de carácter histórico-político*. El segundo es la formación de un *significado cultural*. Estas nuevas producciones generaron la reinterpretación del pasado inmediato y generaron expectativa del futuro posible. Esto es un reordenamiento de las relaciones entre ciudadanía y gobierno, así como la reinterpretación de los hechos del pasado mexicano y la formación de nuevos elementos para una nueva identidad nacional. A decir de Zermeño (1987), una identidad restringida. Esto es que le imprime a las relaciones entre gobierno y ciudadano, una perspectiva simbólica donde el cambio social es posible. Ambas creaciones llevaron a conformar una perspectiva de construir un orden político distinto al que se tenía, emanado de la revolución mexicana y que a lo largo de 50 años ha logrado producir nuevos objetos sociales y categorías para la comprensión de lo social. De este modo, se puede decir que el movimiento estudiantil del 68 logró producir dos grandes perspectivas de acción a partir de un conflicto de carácter sociocognitivo. Esto es el enfrentamiento a un orden sociopolítico caracterizado por su autoritarismo y despotismo.

El movimiento estudiantil y su tragedia crearon las condiciones para producir y desencadenar nuevas condiciones para la producción del pensamiento y comportamiento social. Se parte de la idea de que el conflicto enarbolado en 1968, logró crear dos entidades



simbólicas. Que en el tiempo fueron madurando y afinando. Estas lograron impactos sociopsicológicos en las distintas poblaciones para la organización y la participación ciudadana y, con ello, proponer nuevas reglas a manera de derechos sociales y políticos. En muchos de los casos fueron leídos y entendidos, en otros sobrepasados y reprimidos como si la apertura fuese un atentado a las normas y valores de convivencia y no una oportunidad para la democracia y la formación de nuevas identidades.

Dos aspectos relevantes fueron tocados por el movimiento estudiantil. En primer lugar, la ideología de la revolución mexicana. Aspecto crucial que no tiende a morir abruptamente, sino que se le otorga un periodo de transición para su transformación. En segundo lugar, la modificación del mexicano tradicional por uno moderno y cosmopolita. Esto es la desaparición de un mexicano tradicional, afable y solidario, por otro que se transformó a sí mismo a partir de su actividad política.

El 68 mexicano se expresa como un conflicto político. Pero sus significados fueron mucho más profundos que el de una coyuntura y de alcance que rebasa el medio siglo y que sirve de referente para comprender la dinámica sociocultural. Con este suceso se crean diversas interpretaciones de la historia del país, específicamente del principio del fin de la revolución mexicana. Asimismo, emerge con claridad la multiplicidad de formas de vida cultural que estaban presentes y que son heterogéneas pero que permanecían ocultas bajo la idea de una falsa homogeneidad. Sin embargo, ante la idea obcecada de mantener un orden social, el poder político se permitió toda clase de privilegios y corruptelas. Elementos que a la postre fueron los dispositivos de su claudicación, ya que emergió la pluralidad cultural y la necesidad de establecer un nuevo pacto social y acaso una nueva Carta Magna en la medida en que los problemas de pueden plantear públicamente y establecer nuevos criterios en la toma de decisiones.

## LOS ALCANCES DE LA MEMORIA COLECTIVA

El movimiento estudiantil de 1968 ha sido un evento primigenio para los mexicanos. Si bien en los primeros años fue un evento sólo conocido en el centro del país, con el tiempo y la permanente conmemoración, permitió crear un mayor impacto socio-político y cultural (Allier, 2009). A 50 años de su circunstancia, está en la mente de los mexicanos como un hecho que requiere reivindicarse. Pero que, como hecho social ha sido un suceso productor de la cultura política que se tiene en el presente. Es decir que en la actualidad se expresan con más valor los sentires, necesidades y aspiraciones ciudadanas, lo que no se hacía, ni era permitido entonces, por lo que tenía que hacerse de manera limitada, oculta o camuflada.

La pluralidad en todos los ámbitos de la vida social es un signo que hoy está presente en la sociedad mexicana que busca admitir sus diversas identidades sociales y establecer los criterios cotidianos e históricos, de manera simultánea. La memoria colectiva proporciona referentes comunes para la organización y participación ciudadana. Pero, sobre todo, para la negociación de demandas sociales con las autoridades. Frente a los procesos de cambio social, la memoria colectiva otorga sentido a lo cotidiano y a lo histórico a partir de la presencia de diversas identidades en convivencia.

Como memoria colectiva viva, el 68 mexicano conecta simbólicamente el presente con el pasado a partir de la evaluación ciudadana de los actores sociales. También permite la comprensión del presente, al crear sentido de lo que se busca en cada una de las demandas sociales. Con las propuestas de nuevos derechos, se pone a prueba la dinámica social al proporcionar elementos para una nueva dinámica social. Finalmente, se enlaza con el futuro al propiciar una esperanza de cambio y de oportunidades para los grupos, en la medida en que hay espacios de expresión, resonancia y compromiso.

Los hechos ocurridos han dejado una huella que no se subsana fácilmente. En este sentido la memoria colectiva es una producción

cultural que recrea los sucesos, por lo que produce pensamiento y motiva el comportamiento de los grupos en una dinámica pública. Lo hace para el futuro inmediato. Así, el movimiento estudiantil se constituye como un elemento sustancial de la historia reciente de los mexicanos en el siglo XXI. Como las grandes expectativas que genera un nuevo gobierno, que parece que al fin se cumplirá la demanda de una transición a la democracia.

## REFERENCIAS

- Allier, E. (2009). Presentes- pasados del 68 mexicano: Una aproximación de las memorias públicas del movimiento estudiantil 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(2), 287-317.
- Gómez, P. (2008) *La historia también está hecha de derrotas*. México: Porrúa.
- Lechner, N. (1995). La (problemática) invocación de la sociedad civil. *Perfiles latinoamericanos* (5), 131-144.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. LOM. Santiago de Chile.
- León, M. (2014). La estructura de oportunidad política en la aparición del movimiento estudiantil mexicano de 1968. Universidad del Rosario. Recuperado de <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>, el 21 de abril de 2021.
- Loeza, S. (1989). México 1968.: los orígenes de la transición. *Foro Internacional*, 66-92. Colmex.
- Mendoza, J. (2017). Lenguaje y memoria colectiva, silencio y olvido social. En González Navarro, M. y Mendoza García, J. (2017). *Memoria colectiva de América Latina*. Madrid/México: Biblioteca Nueva-UAM.
- Monsiváis, C. (1978). 1968-1978. Notas sobre la cultura y la sociedad en México. *Cuadernos políticos*, 17, 44-58.
- Moscovici, S. (1985). *Psicología social I: influencia y cambio de actitudes. Cognición y desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Moscovici, S. y Hewstone, M. (1986). De la ciencia al sentido común. En, Moscovici, S. *Psicología social II*. Barcelona: Paidós.
- Pereira A. (1997). La generación del medio siglo: Un momento de transición de la cultura mexicana. *La generación del medio siglo*. UNAM, 187-212.
- Poniatowska, E. (2008). 1968 abrió un porvenir. *Revista de la universidad de México*, 56.

- Pozas Horcasitas, R. (2014). Los 68: encuentro de muchas historias y culminación de muchas batallas. *Perfiles latinoamericanos*, 22 (43), 19-54.
- Rouquette, M.-L. (2002). Prólogo. Representación social y ciudadanía práctica. En F. Flores (ed.), *Senderos del pensamiento social*, 7-13. México: Ediciones Coyoacán.
- Tarde, G. (1913). *Las leyes sociales*. Barcelona: Gedisa.
- Tejerina, B. (1998). Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores. En Ibarra, P. y Tijerina, B. (ed.) *Los movimientos sociales*. Madrid: Editorial Trotta.
- Zermeño, S. (1987). Hacia una democracia como identidad restringida: sociedad y política en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 57-87.

**2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA.  
MEMORIAS Y REPRESENTACIONES  
DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE  
1968 EN MÉXICO**

*Jorge Mendoza García*

**INTRODUCCIÓN**

Este trabajo da cuenta del movimiento estudiantil de 1968 desde las perspectivas teóricas de la memoria colectiva y las representaciones sociales; en términos metodológicos se trabaja desde la narrativa, para lo cual, se realizaron entrevistas a actores de entonces y quienes actualmente reivindican el movimiento estudiantil de 1968 a más de 50 años de distancia, explorando sus memorias y representaciones. Aquí se presentan algunos resultados.

**1968, AÑO DE PROTESTA ESTUDIANTIL**

1968 es el año de movilizaciones juveniles en varias partes del mundo, de protestas en distintos puntos del orbe, como París, Nueva York, Berlín, Madrid, Tokio y Praga, entre otros lugares; las resistencias antiimperialistas como espectro rondando los movimientos sociales: la guerra de Vietnam y Ho Chi Min, la Revolución cubana

y el Che Guevara, también el año de la fuerte y marcada protesta juvenil y estudiantil en México. Su eco, 50 años después, se hace sentir. Un movimiento que tiene un inicio incierto y accidentado logra articularse y cimbra al poder, lo cual, en buena medida, se debió a la represión de que fue objeto.

Se ha cifrado el inicio del movimiento estudiantil el 22 de julio de 1968, al suceder un enfrentamiento entre dos grupos de jóvenes, estudiantes de una preparatoria particular y una vocacional, del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en la llamada Ciudadela. La fuerza pública agrede a los grupos, se mete a una escuela y arremete contra estudiantes y profesores. La oficialista Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) convoca para el día 26 a una marcha para protestar contra la represión, la cual confluye con una manifestación de grupos de izquierda que conmemoran el aniversario de la Revolución cubana. Un grupo de estudiantes se dirige al centro de la ciudad, al Zócalo, son interceptados por los granaderos y se desata la trifulca, resultando varios heridos de ambos bandos, y son arrestados varios estudiantes. El 30 de julio se incrementa la represión y el gobierno da muestras de la ruta de represión que tomará: soldados avanzan hacia escuelas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del IPN.

El dirigente sindical del oficialista Partido Revolucionario Institucional (PRI), Fidel Velázquez, declarará que las hostilidades

han sido dirigidas y encabezadas por agitadores profesionales de los más variados matices que obedeciendo consignas extrañas persiguen alterar el orden público y minar la autoridad del gobierno de la República, que no solamente está atento a las necesidades del pueblo, sino que ha dado pruebas de su preocupación constante por elevar la educación y la cultura de la juventud mexicana (Gómez, 1998, p. 1).

El 1 de agosto el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, encabeza una manifestación en el sur de la ciudad donde participan unas 80 000 personas y declara: “afianzaremos no sólo la autonomía y las

libertades de nuestras casas de estudios superiores, sino que contribuiremos fundamentalmente a las causas libertarias de México” (Ramírez, 1969, p. 179). Por su parte, en Guadalajara, el presidente Gustavo Díaz Ordaz expresa: “una mano está tendida... Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire” (Gómez, 1998, p. 2).

El 2 de agosto se crea el Consejo General de Huelga (CNH), inicialmente con integrantes de la UNAM y el del IPN, después se incorporan estudiantes otras universidades. El 3 de agosto se formulan las demandas, que luego se conocerá como pliego petitorio:

1. Libertad a los presos políticos (los detenidos durante el movimiento)
2. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (en que se establece la disolución social)
3. Desaparición del cuerpo de granaderos
4. Destitución de los jefes de la policía (que habían estado al frente de la represión)
5. Indemnización a las víctimas de los actos represivos
6. Deslinde de responsabilidades de los funcionarios involucrados en los actos de represión

Dicho pliego debe solucionarse mediante la realización de un diálogo público.

El 13 de agosto se realiza una manifestación del Casco de Santo Tomás al Zócalo: se calculan unos 200 000 asistentes. El grupo derechista Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO) de la UNAM habla de “agentes del castrismo” infiltrados en el movimiento. Fidel Velázquez declara: “cualquier medida que tomen las autoridades para reprimir la actual situación está plenamente justificada y será respaldada por el pueblo y creo que ha llegado la hora de tomarla” (Gómez, 1998, p. 3).

Septiembre 1: en el informe de gobierno, el presidente expresa que hay un intento por boicotear los juegos olímpicos, que inician el 12 de octubre.

El 13 de septiembre se realiza la manifestación del silencio, se calcula que 250 000 personas acuden al Zócalo.

El 18 de septiembre el ejército ocupa Ciudad Universitaria y el 24 el Casco de Santo Tomás (Ramírez, 1969).

Octubre 2: la masacre de jóvenes, adultos, mujeres, ancianos y niños en la plaza de Tlatelolco.

#### DE MEMORIA COLECTIVA, REPRESENTACIONES SOCIALES Y NARRACIÓN

La *memoria colectiva* es ese proceso de reconstrucción de un pasado vivido o significado por un grupo, sociedad o colectividad (Fernández Christlieb, 1991), se trata de una perspectiva inaugurada en 1925 por Maurice Halbwachs quien escribió un libro intitulado *Los marcos sociales de la memoria* (1925). La propuesta de la memoria colectiva es clara al respecto: es el grupo, y no el individuo, la entidad que recuerda, y es el significado, no el dato, lo que se recuerda, es decir: no el suceso sino lo que significa el acontecimiento. En tal sentido, son los grupos los que nos señalan que ha de ser relevantes para nosotros, y lo hace a partir de lo que el autor denominó marcos sociales, como el tiempo, espacio y lenguaje.

Por marcos sociales puede entenderse “un sistema de algún modo estático de fechas y lugares, que nos los representaríamos en su conjunto cada vez que deseáramos localizar o recuperar un hecho” (Halbwachs, 1925, p. 175). Los marcos sociales posibilitan estabilidad, porque son puntos fijos, coordenadas que permiten contener, por ello el contenido puede modificarse, pero los marcos, fijos como son, se mantienen: “son aquello fijo donde puede apoyarse lo que se mueve” (Fernández Christlieb, 1994, p. 95). Los marcos son entidades sociales y simbólicas: son significativos en la medida que se convienen colectivamente y que se estipulan para los grupos: una fecha y un lugar que resultan de interés para la gente en la medida que les “dicen” algo, los interpelan, les comunican algo significativo;



de lo contrario serían fechas y lugares distantes, sin interés, ajenos e incommunicables. La esquina del barrio puede tener sentido para las bandas que en ella se reúnen y ser ajena para los visitantes o adultos de la zona; el 2 de octubre puede resultar relevante para los estudiantes y la izquierda y no para los grupos conservadores y de derecha. Así son los marcos, posibilitan, y así es el sentido, permite sentir los momentos y los sitios. De ahí que no resulte gratuito enunciar que “los lugares traen recuerdos”, porque exactamente así sucede, lo cual saben perfectamente los grupos que demandan o levantan monumentos o placas conmemorativas en lugares significativos. Otro de los materiales con que configura la memoria son los acontecimientos significativos que un grupo vivencia y comunica incrustados en el tiempo que, traducidos empíricamente, cobran la forma de fechas, y pueden expresarse en términos de aniversarios, gestas de independencia, inauguraciones de establecimientos, santorales de los barrios o del inicio de una revuelta como la del 23 de septiembre en Chihuahua con la guerrilla mexicana o el 1 de enero con el zapatismo; en tal caso, existen múltiples conmemoraciones que para un grupo o sociedad adquieren sentido y alrededor de las cuales se unifican, en términos temporales.

No recordamos solos, sino con ayuda de los recuerdos de otros, pues los recuerdos propios se edifican sobre la base de los recuerdos de terceros. Ocurre con cierta frecuencia que los recuerdos que uno considera propios en algún momento se han tomado de otros: “nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de acontecimientos destacados” (Ricoeur, 1999, p. 17). Según este planteamiento, los recuerdos, por personales que se crea que son, lo son de sucesos, pensamientos y nociones que otros también poseen; ya sean personas, grupos, lugares, fechas, palabras o formas del lenguaje que mediante razonamientos e ideas se evocan con toda la vida material y moral de las sociedades de las cuales formamos o hemos formado parte (Halbwachs, 1925). En efecto, la memoria se construye sobre la base de relaciones con

otras personas, sitios, fechas y significados que se delinearán socialmente, mediante los grupos en que participamos.

El recuerdo social es una actividad íntimamente marcada por un sentido del pasado, en tanto que es una actividad que caracteriza y da forma a las identidades personales y grupales. En ese sentido, la memoria colectiva o el recuerdo social también puede entenderse como la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la experiencia de cada uno, que de alguna manera es conformada por el modo en que se ordena el mundo de las cosas; también denominados artefactos (Mendoza, 2015).

Existen artefactos de la memoria creados y organizados con la intención de comunicar el presente y pasado de una cultura a futuras sociedades que aún no existen. Objetos permanentes creados especialmente para ayudarnos a recordar: esa es su función, en tanto producciones sociales existe una significación colectiva sobre los objetos del mundo material y como imágenes materiales una función de los artefactos es “facilitar la relación entre actitudes e intereses que constriñen y guían los recuerdos de los afectados” (Radley, 1990, p. 72). David Bakhurst aducirá que un

objeto existe como un artefacto en virtud de una cierta significación social, o significado, con el que su forma física ha sido dotada, y es este hecho lo que se perdería en una descripción puramente física [de tal suerte que] las formas sociales de la actividad se han objetivado en la forma de una cosa y han elevado de esa forma un trozo de naturaleza en bruto a un objeto con una clase especial de significado (1997, p. 129).

Es el caso de los volantes, las mantas, las fotografías o los libros que sobre el movimiento de 1968 se usan para reconstruir lo acontecido.

La memoria colectiva es un proceso de mediano aliento, de mediana duración, porque son décadas o incluso siglos los que se muestran en el recuerdo social. Esa memoria suele tener productos o impactos que bien pueden denominarse representaciones, que

son elaboraciones más del tiempo presente, de corta duración o de corto aliento. Dichas representaciones son compartidas, por eso se les denomina sociales.

Para Serge Moscovici (1961) las *representaciones sociales* son “teorías” y conocimientos que se van forjando mediante las creencias de sentido común, los razonamientos cotidianos en torno a los fenómenos de la sociedad, derivando en explicaciones que orientan la acción de las personas, los grupos y las comunidades. Denise Jodelet las define como

imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos (1984, p. 472).

Las representaciones se sitúan entre lo psicológico y lo social, son un tipo de conocimiento que también se nombre sentido común o pensamiento natural, por oposición al denominado pensamiento científico. Se edifica sobre la base de las experiencias, de información y conocimiento; modos de pensar que se transmiten a través de las conversaciones, la comunicación, que tienen su base en la tradición: es un conocimiento socialmente elaborado y compartido. Las representaciones sociales son una forma de conocimiento característica de nuestras sociedades modernas, en tanto que se elaboran en un momento preciso de su historia, siendo irreductibles a otras formas de saber, constituyen productos socioculturales, estructuras significantes que emanan de la sociedad y que nos conforman sobre ésta, tienen un contenido particular y son de naturaleza simbólica (Moscovici, 1988; Ibáñez, 1994).

Hay que mirar las representaciones como una pequeña interpretación de la forma en que pensamos nuestra realidad, mediada por los grupos en que participamos, los cuales interactúan con otros que se comunican, tienen marcos de referencia, en un contexto cultural.

Son los grupos quienes se representan objetos socialmente significativos, quienes dan cuenta de cómo se piensan ciertos objetos, personajes, situaciones y acontecimientos de la realidad social, como puede ser un terremoto, líder político o movimiento social. Puede afirmarse que las representaciones sociales son la consecuencia de la manera de pensar y actuar de los grupos, gracias a la interacción y comunicación en que se encuentran inmersos se van edificando cotidianamente, de tal suerte que esas representaciones que forjan le dan coherencia a la forma de actuar y pensar, para después ser interiorizadas por las siguientes generaciones, como ocurriría con un movimiento estudiantil que ha acontecido en el pasado.

Respecto a la forma metodológica, el también estudioso del tema Robert Farr (1984, p. 496) lo expresa así: en las sociedades, la gente pasa mucho tiempo hablando y conversando, por lo que quien quiera abordar las representaciones debe poner especial atención en el contenido de estas conversaciones, que cobran formas muy variadas. De ahí la necesidad de trabajar con técnicas que produzcan discursos, narrativas, pues en ellas se vehicula el significado de lo que se conoce, representa y se desea expresar (Biglia y Bonet, 2009). Explorar las producciones de conversaciones y narrativas, en términos metodológicos, es crucial al momento de hacer un estudio sobre representaciones o como certeramente lo plantea Vicente Sisto (2008, p. 115): “para comprender el devenir social, se hace urgente indagar los significados que construyen los sujetos [...] De ahí la demanda que se realiza a la investigación social para abordar esta textura simbólica fundamental”.

Tanto memoria como representaciones, en tanto fenómenos de grupos que interpelan la realidad pasada y presente, mediante sus significaciones, tienen un eje para mantenerse: la comunicación y suelen tomar la forma de *narración* o relatos. Las cosas fundamentales y significativas de la vida suelen vehicularse mediante narraciones: al querer comunicar ciertas situaciones sobre nuestras propias vidas o sobre acontecimientos en que hemos estado o vivenciado, solemos recurrir a las narraciones para hacer inteligible

lo que queremos decir. Narrar es relatar, contar con cierto significado (Gómez, 1985). Narración remite, etimológicamente, a saber, de un modo, un modo de conocer y de comunicar (Bruner, 2002). Narrar es hacer cercano y familiar lo dicho.

Las narraciones son:

1. Formas de discurso y un modo de organizar la experiencia.
2. Son inherentemente secuenciales. La narración consta de una secuencia singular de sucesos, estados en los que participa la gente, sea como personajes o como actores. El significado de tales componentes está dado por el lugar que ocupa en la configuración global de las secuencias, esto es su trama o *fábula*.
3. Las narraciones pueden ser reales o imaginarias sin que disminuya su poder de relato. El sentido y la referencia de un relato están relacionados, pues no es la verdad o falsedad de las oraciones, sino la secuencia de éstas la que determina la configuración global o trama.
4. La narración se especializa en la producción de vínculos entre lo excepcional y lo conocido, de tal manera que lo canónico y lo inusual de la vida humana se estrechan mediante la narrativa, pues dota a ambos de legitimidad; así lo inusual y lo extraño se vuelven inteligibles (Bruner, 1990, p. 2014).

En sentido estricto, un relato es una historia que inicia apegándose a lo ordinario compartido, situación que después se altera, y prosiguen las acciones que se efectúan para restaurar lo ordinario compartido para tener una versión nueva de la situación, concluyendo con un resultado. La narración articula distintos discursos en la vida cotidiana (Cabruja, Iñiguez y Vázquez, 2000), de una manera más concisa: “la narración es la articulación de sucesos y datos aparentemente aislados y sin relación en un todo cohesivo e interdependiente” (Fernández Christlieb, 2006, p. 74) o como bien

lo platea Clifford Geertz (2001): en la narrativa se implican los discursos, los actos de habla, la interpretación de la cultura y una hermenéutica de la vida cotidiana.

## DEL CÓMO DEL ESTUDIO

En términos metodológicos el trabajo que aquí se presenta forma parte de una investigación que tiene como material principal las entrevistas realizadas a 300 personas, principalmente en la Ciudad de México. Dichas entrevistas se realizaron en el contexto de actos conmemorativos sobre el 68 en: marchas, mesas, coloquios, exposiciones u otro evento. Las personas entrevistadas debían cumplir con una característica: ser participante o testigo –haber participado o ser testigo de lo acontecido en el movimiento estudiantil de 1968– o en el caso de los jóvenes –haber participado en un evento conmemorativo de 1968. Aunado a esto, se revisaron materiales sobre el 68: propaganda de entonces; libros, testimonios escritos o audios; se registraron eventos, como mesas redondas, coloquios, conferencias; y se realizaron registros de marchas sobre el movimiento.

La información tiene un tratamiento desde la perspectiva cualitativa, en el entendido de que el proceso de investigación no es independiente de la problemática trabajada, que se abordan relaciones sociales y se investigan temas que no sólo describen sino reformulan la realidad a la que aluden (Flick, 2012). De ahí que se trabaje con la narrativa.

La narrativa, como lo señalan Barbara Biglia y Jordi Bonet (2009) es también un método-proceso de investigación, que posibilita hablar sobre lo humano y sus vicisitudes, es un sitio donde lo personal y lo social se entrecruzan, es un diálogo entre investigador e investigado, un proceso en el que puede hablarse de “prácticas discursivas”, porque las narrativas van recreando o reconstruyendo la realidad que van relatando: las narrativas son una acción conjunta.

En este caso, hay una reconstrucción narrativa del movimiento de 1968. Para fines de exposición, los fragmentos de las entrevistas que aquí se presentan, cuando llevan nombre con apellido es porque así se autorizó, y cuando aparece sólo el nombre o seudónimo, es porque la persona entrevistada así lo solicitó.

Sobre los ejes de análisis, cómo se reconstruye la memoria y cómo se organiza la información de las representaciones, éstos surgen de la propia narrativa de los entrevistados, de las perspectivas teóricas de la memoria colectiva, de las representaciones sociales y de los objetivos de la investigación; así se exponen.

#### **MEMORIAS Y REPRESENTACIONES DEL MOVIMIENTO DE 1968 MEDIO SIGLO DESPUÉS**

En el 50 aniversario de aquel movimiento que concluyó en una matanza, quienes participaron como brigadistas o dirigentes, quienes fueron testigos o se consideran herederos de ese acontecimiento, relatan, comunican, narran, dan cuenta de ese evento, reconstruyen lo ocurrido, significando así dicha experiencia. La narración reconstruye, mediante la memoria y la representación se hace presente lo sucedido.

En este apartado se trabajan tres ejes que se analizan en el marco de las memorias colectivas y las representaciones sociales que son fragmentos discontinuos que permiten tejer las narrativas de los entrevistados (Biglia y Bonet, 2009).

#### **Qué se recuerda de 1968**

Hay acontecimientos, eventos, movimientos que cruzan a las personas, que los envuelve, y esos sucesos de alguna manera van haciéndose significativos para quienes en ellos participan. De ahí que se mantengan como eventos de memoria, como acontecimientos en el

tiempo que hay que narrar (Ricoeur, 1985). Los extractos de relatos que a continuación se presentan, dan cuenta de lo que se recuerda y se representa, lo significativo de lo ocurrido en ese movimiento de 1968. Los entrevistados ponen sobre la mesa narraciones tangibles de dicho movimiento.

Un activista de entonces, brigadistas se llamaban, narra el 68 acorde con ciertos días y acontecimientos:

estaba en prevo [secundaria], el 68 comenzó con una protesta, eso veníamos platicando [señala a su acompañante] por un pleito en la calle entre las vocacionales de la ciudadela y una prepa particular, ahí los agredieron los granaderos, pero no sólo se metieron a la Voca 5, porque eso fue lo que indignó... adentro agredieron a los que ni siquiera estuvieron en el pleito, incluyendo profesores. Eso ocasiona una primera protesta, el 26 de julio, que también fue reprimida... veníamos al casco de Santo Tomás pero en el camino la mayoría empezamos a razonar... vámonos al Zócalo, ahí están a los que mandan a la policía... no nos dejaron llegar. Ahí empezó todo, ahí, porque enseguida de eso fue un viernes, el lunes ya estamos todos en el Poli en huelga. El lunes 29 de julio, hicimos asambleas en todas las escuelas, formamos comités de huelga y todos nos fuimos a la huelga. Ahí empezamos a formar el pliego petitorio; que destituyan a los jefes de policía, que desaparezca el cuerpo de granaderos, en fin, ahí empezó (Guillermo Palacios, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

Esta narración la expone quien se autodenomina brigadista del 68, poniendo énfasis en el inicio del movimiento, ese momento fundacional que tiene toda sociedad o movimiento social: el pleito entre estudiantes de dos escuelas y la actuación de la policía que ingresa a los planteles a reprimir a quien se encontraba a su paso, lo cual genera indignación. Un mito fundacional, es ese momento primero que se requiere para saber un origen, y del cual se derivan los posteriores eventos, y a partir de ahí se explica lo que está por venir (Fernández Christlieb, 2004). Como las posteriores marchas y la represión de que son objeto, y la organización que después viene



para responder a la represión, que es lo que relata el entrevistado, como la marcha que se dirige al zócalo. Al respecto, quien fuera por entonces estudiante de psicología, en la UNAM, Luis González de Alba, señalará que había piedras en los botes de basura del centro de la ciudad (González, 1971), armas para usarse, como una señal de provocación. Algo tramaba la policía. La marcha es reprimida, posteriormente vendrán más manifestaciones, mayor represión y un pliego petitorio, entre otras cuestiones.

Otro relato, éste desde la adolescencia, desde una incipiente participación, reconstruye ciertos momentos, algunas fechas:

en el 68 yo era estudiante de secundaria y aunque tuvimos en huelga nuestra secundaria, y a mí me expulsaron por ello... mi participación fue como brigadista, y realmente no era fácil para un joven de 14-15 años haber estado en todo, todo lo que hubo. Fui a la marcha del silencio, fui a la primera marcha que hubo en el Zócalo. Yo fui nada más a 3 marchas, pero era muy difícil para nosotros como chavos. Sí, estábamos en las brigadas, pero por ejemplo había muchos chavos de mi edad de las prevocacionales del Poli que eran de nivel de secundaria y después del 68 las desmantelaron (David Rotura, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

Los sucesos de ese 68 de movilizaciones, David los narra en momentos, tiempos y espacios, marcos sociales: su participación ocurre desde la secundaria, en un tiempo en que el IPN tenía incorporadas escuelas de educación básica. Desde su temprana edad, como él lo señala, participa en algunas marchas significativas que, al paso del tiempo, se mantienen, como marcos de la memoria, y así se posibilita traerlas al presente, como ocurre con la marcha del silencio, que se efectúa el 13 de septiembre de 1968, como una respuesta del movimiento a los señalamientos del gobierno, que acusaba que estaban infiltrados por el comunismo y sus ideas exóticas, porque portaban mantas con figuras del “Che” Guevara o de Ho Chi Min; además, se le acusaba de insultar, con sus consignas, la figura presidencial. Ante tales señalamientos, los estudiantes respondieron

realizando una marcha en silencio y portaron imágenes de figuras nacionales. Al respecto de este suceso, Julio Scherer y Carlos Monsiváis (1999, pp. 206-207) dirán que ese día “se expresa como nunca el proceso de ‘nacionalización’ teórica y emotiva del Movimiento [y, además] el recuerdo unánime ve en la Manifestación del Silencio al acto más elocuente del Movimiento”. En un volante de ese día, los estudiantes explicaban así su acción: “hoy nuestro silencio será más elocuente que los gritos de justicia que ayer acallaron las bayonetas” (Palacios, 2018, p. 123).

En efecto, son jóvenes lo que participan en esa gesta estudiantil, muchos de bachillerato, desde ahí se posicionaron en el 68 antiautoritario, y desde el presente reconstruyen:

el 68 fue un movimiento que dejó un, un antecedente para la libertad de expresión, porque en ese tiempo, pues éramos una juventud reprimida... éramos, porque yo era muy joven... era estudiante de la Vocacional 4, y ahora tenemos la oportunidad de dejarles a los jóvenes, ¿verdad?, un antecedente bastante fuerte, para que ellos no dejen de expresarse libremente, con libertad. El 68 fue un paradigma para muchos movimientos posteriores (Alfredo, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

La juventud, rebelde, como se le ha denominado en distintos momentos, sale a relucir en estos relatos y se articula con la juventud actual, a ella se le convoca, porque ésta nutre las marchas conmemorativas, y a ella se les dirige el mensaje de continuidad: la memoria establece el puente entre lo sucedido, el pretérito, y lo que está ocurriendo, el presente. Una forma que tiene de establecer ese puente es la comunicación, es el relato, como el expresado por este participante. Quien, por lo demás, señala al movimiento del 68 como un paradigma, como un modelo, como algo que marca y deja huella, dadas las dimensiones de su práctica o como en su momento lo señaló un dirigente del CNH, Roberto Escudero (1988, p. 181): “hay un acuerdo general de que el movimiento estudiantil popular de

1968 es el movimiento de más vastas y profundas dimensiones en la historia reciente del país”.

El autoritarismo que ronda esos años es lo que también se evoca; la ruptura deliberada que se plantea con ese medioambiente, es en parte lo que alimenta el movimiento y es lo que posibilita que un amplio espectro de jóvenes de distintos sectores, barrios, universidades privadas y públicas que se sumen a la movida contestataria. Una especie de hartazgo estaba presente y la represión disparó ese estado de ánimo colectivo (González, 1971). Asimismo, se expresa la crisis de credibilidad de la clase política y sus instituciones; la propia crisis política del sistema, encontrando, de esta manera, semejanzas entre el clima de 1968 y el actual, al menos en esos rubros.

Libertad, juventud, lucha, organización, son elementos que configuran la memoria que sobre el movimiento estudiantil de 1968 se evoca. Pero son, asimismo, materiales que aparecen en los relatos de jóvenes que van configurando representaciones sociales: la memoria hereda y comunica ciertos saberes y sentidos de eventos que han ocurrido y se trasladan al presente. De ahí se los apropian los actuales jóvenes y con ello van construyendo las representaciones sociales en la actualidad: las representaciones sociales participan de la construcción social de la realidad y tienen un efecto sobre las prácticas que realizamos en ciertos momentos, es un pensamiento compartido (Ibáñez, 1991), como se verá más adelante.

### **Por qué hay que conmemorar el 2 de octubre**

Año con año se marcha el 2 de octubre, en conmemoración de la masacre de 1968. La cita es en Tlatelolco, sitio de la matanza, para arribar al Zócalo de la Ciudad de México. Se congregan grupos disímolos: viejos dirigentes, nuevos dirigentes, universitarios, profesores y estudiantes, organizaciones sociales, algunos partidos políticos del margen, organizaciones urbanas, sindicatos no oficialistas, en algún

momento ciertos gremios, como médicos, pequeños productores, solicitantes de vivienda, además de otros grupos que en el entorno de la marcha tengan algún problema pendiente y se encuentren en la capital del país.

Las marchas constituyen una práctica social, son reivindicativas se proponen hacerse escuchar y recordar lo ocurrido. Las prácticas sociales de conmemoración aluden a eventos colectivos como fechas, actos o reclamaciones de tragedias y lo que se conmemora, lo que se recuerda a través de ellas, no es el hecho de que ya no existe más un evento, sino el hecho de que alguna vez tuvo lugar (Ricoeur, 1999), que es exactamente lo que ocurre con esta marcha, en que se grita: “2 de octubre no se olvida”. Varias de las entrevistas que se realizaron para la investigación, de donde se desprende el presente trabajo, se realizaron precisamente en esa marcha conmemorativa. De ahí proviene el siguiente extracto. Ricardo, un estudiante de 25 años que se autodenomina librepensador, expresa que es importante marchar cada 2 de octubre, pues la memoria está en el centro, relata:

para mantener vivo el recuerdo, para mantener la memoria de todos esos estudiantes que murieron, estudiantes y jóvenes y mujeres, madres, que estaban ese día también, no nada más puros estudiantes. Para mantener vivo el recuerdo de aquella época y que eso nos lleva a que en algún momento podamos organizarnos, de tal modo que podamos tirar todos los sistemas (Ricardo, comunicación personal, 2 de octubre de 2017).

Ricardo no había nacido cuando ocurrió la matanza de Tlatelolco, pero se ha ido formando con relatos que otros le comunican y de la lectura que hace con su grupo sobre movimientos sociales e historia de México; por eso, en otro momento de la entrevista advierte: “estudiamos por nuestra cuenta, de diversas cosas, a partir del punto de vista de la anarquía” (Ricardo, comunicación personal, 2 de octubre de 2017). Entre esos temas el del 68 que toman como paradigma, como otro entrevistado señaló “para poder

reivindicarlo y mirar el futuro”. Lo hacen desde el presente, como una representación de lo que se hizo 50 años atrás, es un ejemplo y lo discuten: traen la memoria del movimiento, lo actualizan y así van configurando un pensamiento social, compartido, con jóvenes que tienen ciertos ideales. En este caso, las representaciones sociales siguen alimentando a las memorias y, sin juego de palabras, las memorias siguen derivando en esas representaciones.

En otra entrevista, un exdirigente del movimiento da cuenta de por qué hay que recordar lo ocurrido medio siglo atrás:

porque están jóvenes como estos [señalando a un grupo de estudiantes que se alistan en la marcha], estos muchachos tienen 20 años y vienen a gritar: “2 de octubre no se olvida”, porque es el parteaguas de esta nación, es donde en esta nación empezamos a ver que el capitalismo no era la salida o no es la salida, y que nos lo están imponiendo. Ahorita que venía yo para acá, venía yo platicando con el del taxi... y le venía yo explicando lo de las zonas económicas especiales, que este imbécil de presidente que tenemos ya le regaló al empresariado nacional e internacional 15 años de no pagar impuestos, para que despojen, con la más amplia gama de posibilidades, a los indígenas de Oaxaca, de Chiapas, de Campeche, de Tabasco, de Quintana Roo; eso es un despojo brutal, que solo el priismo es capaz de llevar a cabo (Enrique Ávila, comunicación personal, 2 de octubre de 2017).

Este exdirigente expresa que la enseñanza es con los jóvenes que participan en eventos en torno al 68, que hay que seguir conmemorando, marchando, hablando, comunicando, narrando; porque el país está cada vez más mal, en este caso en términos económicos –más adelante se verá que también en términos de justicia y represión. También se encuentra en este relato un señalamiento: el movimiento estudiantil de 1968 como un parteaguas, como algo que ha marcado a este país: hay un antes y un después. El 68 es un punto de partida, un momento fundacional de la memoria de México: “caló muy hondo en las estructuras políticas y culturales de la sociedad mexicana” (Escudero, 1988, p. 181).

En otro extracto de entrevista, se reitera lo de la represión, lo del Estado que es voraz y que pervive en la actualidad, que no ha cambiado en su esencia, por eso hay que seguir saliendo a las calles, por eso hay que relatar una y otra vez lo ocurrido, porque de reiteración también está conformada la memoria:

porque no podemos olvidar que el que nos ha atacado en esas dos ocasiones [2 de octubre de 1968 y 10 de junio de 1971] y en todas las demás que ha resultado afectado el pueblo, como Ayotzinapa por ejemplo, es el Estado capitalista mexicano, es el que nos ataca, es el que nos ha hecho todo el daño que le ha sido posible. Mientras el Estado capitalista exista, esto seguirá, continuaremos hasta que un día lo logremos desechar (Abelardo, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

El capitalismo y el poder, por un lado en un bloque, por el otro, el pueblo y los estudiantes, recordando viejas consignas de aquel movimiento, cuando en la calle entonaban: “únete pueblo” (Palacios, 2018), cuando ese pueblo se acercaba con el CNH para pedirles apoyo en la solución de su problemáticas (Guevara, 2004). Es ese Estado el represor, el que sigue asesinando, como señala el entrevistado: ocurrió en Ciudad de México el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco y el 10 de junio de 1971 en San Cosme; en Guerrero el 26 de septiembre de 2014 en Ayotzinapa. Se enuncian tres actos de represión a estudiantes en momentos distintos, teniendo al mismo actor como responsable. Lo cual no debe olvidarse.

Otro fragmento que sigue armando una trama con el presente, que no proviene de un viejo dirigente, sino de un trabajador de 24 años que se autodenomina independiente, se encuentra a tono con los anteriores relatos, expresa:

la gente, puedes ver a la gente, puede ser una bandera en la que diga: “2 de octubre del 68”, te pueden decir: “ya están muertos”. Igual con los de Ayotzinapa “ya están muertos... Para qué los recuerdas, si ya están muertos, no van a volver”. La verdad es: porque sigue sucediendo... entonces se

vuelve a repetir... tal tragedia, tan grande, o sea, o que vuelva a llamar la atención o que impacte... puede que se repita. O sea, es tener en cuenta que no porque ya haya pasado eso, significa que vuelva a pasar, o sea, no estoy diciendo que no se vuelva a repetir, se volvió a repetir con lo de Ayotzinapa, la historia se repitió, pero en Guerrero (Carlos, comunicación personal, 2 de octubre de 2016).

Las masacres continúan, la represión sigue presente, se repite la historia en otro lugar, eso es lo que hay que conjurar, eso se piensa y se manifiesta en distintas narraciones. Narrar es un acto de recordar, constituye un acto de memoria, como también participar en alguna actividad que dé cuenta de lo ocurrido en 1968.

Manifestarse es una práctica que permite mantener la memoria, son maneras de ir actualizando ciertas reivindicaciones que, para quien las realiza, tienen sentido, como las marchas conmemorativas que se realizan año con año, cada fecha que el marco social marca.

Las prácticas sociales constituyen una manera que tiene la memoria para mantenerse en continuidad, esas formas reiteradas de conmemoración que actualiza la parte significativa del pasado y que, si bien no se generan en el seno del grupo presente, vienen de un tiempo anterior, sí es ahí donde se actualizan, reivindicando sucesos del pasado mediante significación de fechas, rituales, expresión de discursos, realizando diversas manifestaciones y montajes, erigiendo placas y visitando lugares que han sido importantes y que se han ganado un sitio dentro de ciertos grupos (Mendoza, 2015).

Lo que podemos notar en los distintos fragmentos de las entrevistas presentadas son elementos de memorias colectivas y de representaciones sociales en diferentes momentos. En efecto, ese proceso representacional denominado anclaje (Jodelet, 1984), que envuelve lo que va llegando, lo que resulta algo distante, con un ropaje de lo conocido, es lo que opera en este relato, para así convertir en familiar ese suceso que ocurrió 50 años atrás, además de aprender de sus enseñanzas, de lo que hicieron esos estudiantes en

ese 1968. Como bien dice Jorge Volpi: “1968 ha pasado a la historia, de modo casi exclusivo, como el año de las revueltas juveniles. Y, en México, como el año de la masacre de Tlatelolco”. (1998, p. 417). Pero no sólo eso, es también el año de movilizaciones, solidaridad, apoyos, marchas multitudinarias, atentar contra el autoritarismo, intentar modificar ciertas prácticas sociales, políticas y culturales (González, 1971) o como lo señala Gilberto Guevara Niebla (1988, p. 154): “la respetabilidad del CNH venía del hecho de que representaba un movimiento anti-Estado, anti-PRI, pero con una cobertura legal que creció y alcanzó legitimidad” muy amplia. Eso es lo que recuerdan los testimoniantes, entrevistados; ese material es el que le han comunicado, narrado, a los jóvenes, que van configurando representaciones sociales acorde con los relatos a los que han sido expuestos. De ahí la relevancia de la narrativa, tal cual lo plantea Jerome Bruner (1990): hay que interesarse en lo que la gente dice, no sólo en lo que hace, sino en eso que expresan y debido a qué lo dicen, que es lo que va configurando su realidad.

## **Ecós y huellas del 68**

El 68 mexicano trajo consecuencias, tuvo cierta influencia en, por ejemplo, algunas reformas políticas (Scherer y Monsiváis, 1999), en el devenir de la guerrilla (Montemayor, 2010; Woldenberg, 2014; González, 2016), en publicaciones (Álvarez, 1988), en la fundación de partidos políticos (Guevara, 1988), de alguna manera ha dejado más que huella, su impacto y su influencia se pueden observar en distintas esferas sociales, políticas, culturales (Palacios, 2018). En este apartado, se presentan fragmentos de entrevistas que dan cuenta de lo que algunos personajes consideran ecos e impactos del movimiento de 1968.

En la presentación del Colectivo memoria en movimiento Luis Meneses, quien fuera representante del IPN, en el 50 aniversario relata:



nuestra aportación como movimiento estudiantil a la vida democrática del país era inmensa, era ejercer en la práctica una democracia participativa y, a partir de ahí, construir nuestros mecanismos de representación como lo era el Consejo Nacional de Huelga, y los comités de huelga de cada escuela. En ese tiempo, el gobierno autoritario de Díaz Ordaz nos acusaba del delito de disolución social, ahora el gobierno de Peña Nieto nos puede acusar del delito de atentar contra la seguridad interior: son los mismos autoritarios, son los mismos represores, Díaz Ordaz reprimió a los estudiantes, Peña Nieto destruyó el edificio (Luis Meneses, comunicación personal, 9 de mayo de 2018).

Quien relata, realiza una analogía y compara dos tiempos, el 68 y el actual, para saber si hay cambio o permanencias: sigue habiendo represión, al menos en eso no hay cambio, y los presidentes, el de entonces y el de hoy, actúan de la misma manera, de hecho, se denuncia que sigue habiendo autoritarismo de parte de la presidencia, en lo cual tampoco hay cambios.

La memoria colectiva, como el proceso que enlaza pasado y presente, al mismo tiempo va delineando en los grupos ciertas representaciones sociales, dando forma al pensamiento social en la actualidad. En cuanto el denominado delito de disolución social, que se pensó como transitorio y provenía del tiempo de la Segunda Guerra Mundial para evitar sabotaje y rebelión, se mantuvo por décadas, hasta 1970, que fue usado para reprimir a la disidencia (Scherer y Monsiváis, 1999). Hay que recordar que la derogación de dicho artículo se exigía en el pliego petitorio del CNH. Podría indicarse que su actual forma es la excusa de la seguridad interior, como expresa el entrevistado, para reprimir ahora a los movimientos disidentes.

Retomando el uso del artículo señalado, en este otro fragmento, una exdirigente del movimiento del 68 da cuenta de qué se ha modificado a 50 años de distancia:

bueno, definitivamente antes no podríamos haber marchado, antes no podíamos salir: había unos artículos 145 y 145-bis, con los cuales no podías

reunirte... nosotros no podíamos reunirnos porque ya te estaban acusando de disolución social. Yo fui sentenciada a 16 años por 10 delitos, uno de ellos era precisamente el de... un delito de disolución social, entonces qué ha cambiado, pues de que podemos estar marchando, que podemos salir a las calles, que exigimos libertades, pero también no ha cambiado en el sentido de la impunidad. A lo largo de 50 años, que se van a cumplir el próximo año, no ha habido, más bien ha habido muchas matanzas, masacres, desapariciones y todo. Entonces, tenemos que seguir manifestando, porque ha cambiado, sí, México no es el mismo, México del 68 hacia atrás es uno, del 68 para acá es otro (Ignacia Rodríguez, comunicación personal, 10 de junio de 2017).

Ignacia Rodríguez, conocida como “La nacha”, marcha en distintas manifestaciones, se presenta en diferentes foros, brinda testimonio sobre su presencia al frente del movimiento, recuerda, se enferma y sigue protestando. Es un diagnóstico con dos caras el que realiza, que parecen contrapuestas, pero son dos ámbitos a los que alude. Cuando habla sobre la represión, señala que nada ha cambiado a cinco décadas: las masacres que recientemente se han presentado, como las ocurridas en distintas comunidades campesinas del país, a manos del Ejército, así como las desapariciones de los 43 de Ayotzinapa, estudiantes normalistas del sur del país, así lo muestran. En ese ámbito cabe la impunidad de que han gozado y siguen gozando los responsables; en otro, el de la participación, se ha modificado el escenario, pues antes del 68 se debía pedir permiso a las autoridades para marchar, ahora se puede manifestar sin complicaciones, como otros testimoniantes han narrado. Hay otro tipo de libertades y eso es lo que se defiende y se exige: que se mantengan ciertos derechos. Semejante argumento esgrime un integrante del Comité del 68, quien expresa lo que ha cambiado posterior al 68 y lo que no se ha modificado, que incluso se ha intensificado:

hay cambios en términos de algunas libertades: la libertad de manifestación, la libertad de escritura, de opinión, los medios están más abiertos,

pero las prácticas gubernamentales siguen siendo muy parecidas: autoritarismo, represión. Dicen cosas que no hacen y entonces... las demandas que teníamos de entonces siguen vivas, porque siguen reprimiendo estudiantes, siguen golpeando campesinos, siguen desapareciendo luchadores sociales, entonces en ese sentido, no ha cambiado (Manuel, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

Se lograron ciertas conquistas, se avanzó en ciertos derechos, como la libertad de expresión. Pero en otros terrenos no sólo no se ha avanzado, pues la sensación es que sigue igual o se ha retrocedido, por ejemplo, la represión se ha intensificado, múltiples casos así lo hacen manifiesto. En estas narraciones, el juego que se hace de memoria y representaciones es una constante: el 68 y la situación política actual se van comparando constantemente, se contrastan, se asimilan, se configuran mutuamente; el 68 se convierte en parámetro para saber el grado de avance democrático. Las representaciones sociales miran hacia atrás.

Como podrá advertirse, el siguiente fragmento tiene una línea de continuidad con los anteriores testimonios, es una invariable, así también es la memoria, como se ha señalado, un acto de reiteración:

por supuesto que hay cambios, y somos un país mucho más maduro, mucho más consciente. Pero las élites son más corruptas, autoritarias y más violentas que entonces, y hemos tenido agresiones en muchos lugares después de los eventos de 68 y 71 (Alejandro Álvarez, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

Nuevamente, el señalamiento sobre dos bloques: por un lado, los estudiantes y sus exigencias democráticas; por el otro el poder, el gobierno y sus constantes ejercicios de represión, que son una constante. Lo cual, otra vez, se deja entrever en el siguiente relato:

lo que hemos ganado nosotros no han sido concesiones, o sea: hoy podemos manifestarnos sin mucho problema, hoy podemos hacer publicaciones,

pero en aquel tiempo todo esto estaba prohibido: que te dieran un libro de marxismo en el brazo, era motivo suficiente para que te acusaran de comunista y fueras a la cárcel. Entonces sí hay cambios, pero los hemos logrado en base en la lucha, no han sido concesiones del gobierno (Guillermo Palacios, comunicación personal, 10 de junio de 2018).

Como en un fragmento anterior, la libertad de expresión surge aquí como argumento: remite al control que en décadas anteriores el gobierno tenía sobre los medios de información, prácticamente una mordaza. Televisión, radio y una buena parte de la prensa escrita, eran proclive a las versiones oficiales. Baste recordar lo que en su momento señaló Carlos Montemayor (2000): durante muchos años la versión oficial consistió en responsabilizar a los estudiantes de lo ocurrido en la plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco, y la prensa se hizo eco de dicha versión. En la actualidad, los medios de información se han diversificado y se puede hablar de cierta pluralidad y diversidad, incluso de órganos de información independientes.

Quienes narran se posicionan, se sitúan, dan cuenta de la intersección entre lo personal y lo social, entre lo personal y la realidad: las narrativas y los discursos construyen la realidad, al menos de dos formas: los relatos construyen versiones del mundo; y esos relatos sobre el mundo son construidos por sus participantes (Cabruja, Iñiguez y Vázquez, 2000). Esas construcciones funcionan así para la memoria (Mendoza, 2015) como para las representaciones (Ibáñez, 1991). Narrar es dar cuenta sobre uno mismo, sobre el Yo, por ello expresan que, si bien antes no se podían hacer ciertas cosas, como la libre manifestación, esa fue una exigencia del movimiento en el cual participaron y fue un logro de la organización que levantaron, el CNH.

Esta forma en que se presentan los relatos, el contenido de lo dicho, nos muestra cómo se concibe el presente, en función de lo ocurrido tiempo atrás, pues así también se manifiesta la memoria colectiva: los grupos se saben y se expresan en función de ciertos elementos identitarios, como lo relatado por los integrantes del Comité del 68,

que señalan que con respecto a ese año sí hay cambios, al menos en términos de la libre expresión, la memoria narrada así lo constata. Una reconstrucción a tono y en múltiples voces. Al mismo tiempo, puede observarse una representación social sobre la represión, esa constante que ejerce el poder, ayer y hoy: eso que cuestionaba el movimiento estudiantil de 1968, el autoritarismo rampante que se encontraba en todos lados: “en 1968 el problema no es la escasez de héroes sino la sobre abundancia del autoritarismo” (Scherer y Monsiváis, 1999, p. 252), contra ese autoritarismo también se lucha ahora, y se sigue hablando de lucha democrática, como un ejemplo de los estudiantes de hace 50 años.

En todos estos relatos tenemos elementos de representaciones sociales, de conformación de un pensamiento común, como la implicación de la participación. Lo expresan desde el presente, desde ahí configuran su pensamiento. Algo de herencia tienen, pues han sido trastocados por distintas narraciones sobre lo ocurrido en 1968, por ello se siente convocados y participan, por eso reivindican que “hay que recordar” y conmemorar para no olvidar: ahí memoria colectiva y representaciones sociales confluyen.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

El movimiento estudiantil de 1968 no fue un plan diseñado desde fuera o dentro del país. No surge tampoco de manera espontánea, pues se va edificando en buena medida por la respuesta autoritaria y represiva del régimen mexicano a medida que pequeños brotes de inconformidad se van manifestando. Para ese momento, hay que reconocer, había ya cierto enojo, hartazgo, molestia, animadversión hacia las formas autoritarias que envolvían la práctica política en diversas instituciones del México de la segunda mitad del siglo XX. Diversas protestas estudiantiles en diferentes universidades del país habían sido ya reprimidas (De la Garza, Ejea y Macías, 1986).

El 68 fue una ola de protesta que llenó el espacio público, que puso en práctica fórmulas pacíficas para sus reclamos, a tal grado que “La tita”, Roberta Avendaño (1988, p. 190) en su momento expresaría sobre el movimiento: “no sabíamos qué hacer, creció desmedidamente”. Así fue, se volvió un movimiento popular. La cerrazón gubernamental, el verticalismo asentado, el clima de la guerra Fría, la paranoia del poder político y el autoritarismo llevaron a pensar una conjura comunista y complot en la arenga estudiantil. La constante represión y la cerrazón a solucionar las demandas de los opositores llevó a muchos estudiantes a la conclusión de que las formas pacíficas y legales de protesta se cerraban, orillándolos a considerar la lucha armada como opción, ésta era una forma de saldar cuentas con el poder. Eso es lo que hay que reconstruir y narrar, para evitar caer en el olvido y la repetición: la represión del 2 de octubre de 1968 en la plaza de Tlatelolco, representó para determinados sectores, jóvenes y estudiantes, la clausura de la vía civil y pacífica para el cambio democrático. Uno de los participantes y dirigentes de ese movimiento, Luis González de Alba, escribió: la represión del 2 de octubre de 1968 fue tan brutal que “sembraron la guerrilla de los años setenta a ochenta, la convicción de que los caminos democráticos estaban cerrados y eran un espejismo burgués” (2016, p. 39), lo mismo que advierte Rosa Albina Garavito (2014, p. 39): “si no era a balazos, ¿qué camino quedaba para transformar el país? Después de la matanza de 1968 y 1971 la vía pacífica estaba cerrada”.

Conmemorar para conjurar el olvido, esa es la consigna en las manifestaciones, es el supuesto que nutre diversas prácticas que alimentan el recuerdo social. Participar en una marcha es una práctica social, otra práctica social es narrar: narrar no sólo lo grato de la vida, sino las tragedias, para que no caigan en la desmemoria, en este caso, narrar el 68 con todo y sus dolores. Desde una temprana edad, en nuestra cultura, interiorizamos la narración, dijo alguna vez el historiador Enrique Florescano, cuando nuestras madres nos narran pequeñas historias sobre el pueblo, la comunidad,

la familia, la casa, los hermanos, el país, el pasado, la vida, en sentido estricto (Mendoza, 2015). A una edad más avanzada se suele hablar sobre nosotros mismos en términos narrativos. Los sucesos sociales, políticos y culturales cobran una forma narrativa cuando de ellos hablamos.

El 68 es un fenómeno narrativo de un pasado significativo para diversos grupos sociales, políticos y culturales que se alimentan ideológica o políticamente de él a más de 50 años de ocurrido: en su discurso del 4 de julio, en aquel entonces el candidato ganador a la presidencia, Andrés Manuel López Obrador, expresó que su triunfo tenía antecedentes, entre ellos el movimiento de 1968. Ecos del movimiento.

La disputa por los relatos en torno al pasado del México de la segunda mitad del siglo XX se ha acentuado en años recientes, en tanto que el gobierno mexicano, primero, se negó a aceptar los excesos del poder y el terror que desplegó en las décadas de los sesenta y setenta contra la oposición, especialmente las masacres estudiantiles de 1968 y 1971, y la represión a los señalados de ser guerrilleros. Los excesos del poder, la actuación represiva contra distintos movimientos disidentes ha sido un relato ocultado, es decir, no se reconoce que fue una lógica de Estado, “violencia de Estado” le denomina Carlos Montemayor (2010, p. 9) a esa lógica de represión de que fueron objetos los movimientos sociales de izquierda, y el ocultamiento de su responsabilidad en tales acciones por parte del Estado mexicano. Sobre esta lógica, y en el tono del trabajo aquí desarrollado, podría suscribirse lo siguiente: “ante tanta amnesia social, ante el olvido que resta comprensión a la vida, nunca estará de más volver al pasado, contarlo y reflexionar sobre él. Máxime tratándose de acontecimientos tan dramáticos” (Woldenberg, 2014, p. 15).

En nuestras sociedades están instituidas ciertas formas de hablar del pasado, ciertas narraciones y desde ahí se enuncian u ocultan otros relatos, espacios y significaciones (Vázquez, 2001). Estos discursos van dejando huecos, silencios. Las formas instituidas

sobre el pasado dan forma a ciertas historias, relegando otras tantas memorias, como aquellas que no aparecen en los libros de texto, en el calendario cívico o dan nombre a una escuela pública. De ahí la necesidad de narrar desde otros ángulos, hay que narrar desde distintos lugares, desde diferentes ópticas, reconstruir disimiles relatos, recuperar la visión de los golpeados, de los que resistieron, pues otras memorias se hacen necesarias, para saber que el olvido está lleno de memoria.

## REFERENCIAS

- Álvarez, R. (1988). La dispersión. En R. Álvarez *et al.* (eds.) *Pensar el 68* (pp. 155-158). México: Cal y Arena.
- Avendaño, R. (1988). La patria que no cambió. En R. Álvarez *et al.* (eds.) *Pensar el 68* (pp. 189-191). México: Cal y Arena.
- Bakhurst, D. (1997). Actividad, conciencia y comunicación. En M. Cole *et al.* (eds.) *Mente, cultura y actividad* (pp. 120-132). México: Oxford.
- Biglia, B. y Bonet, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10 (1), 1-25.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, J. (2002). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: FCE.
- Bruner, J. (2014). Cultura y pensamiento: su fecunda inconmensurabilidad. En C. Moro y N. Muller (dirs.) *Semiótica, cultura y desarrollo psicológico* (pp. 33-54). Madrid: Machado.
- Cabruja, T. Iñiguez, L. y Vázquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Anàlisi*, 25, 61-94.
- De la Garza, E., Ejea, L. y Macías, L. (1986). *El otro movimiento estudiantil*. México: Extemporáneos.
- Escudero, R. (1988). Victoria o derrota. En R. Álvarez *et al.* (eds.) *Pensar el 68* (pp. 181-183). México: Cal y Arena.
- Farr, R. (1984). Las Representaciones Sociales. En S. Moscovici (ed.) *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 495-534). Barcelona: Paidós.
- Fernández Christlieb, P. (1991). *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. México: UDG.



- Fernández Christlieb, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos.
- Fernández Christlieb, P. (2004). *La sociedad mental*. Barcelona: Anthropos.
- Fernández Christlieb, P. (2006). *El concepto de psicología colectiva*. México: UNAM.
- Flick, U. (2012). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Garavito, R. (2014). *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla*. México: Cal y Arena.
- Geertz, C. (2001). Imbalacing act: Jerome Bruner's cultural psychology. En D. Bakhurst y S. Shamker (eds.) *Jerome Bruner. Lenguaje, culture and self* (pp. 19-30). Londres: SAGE Publications.
- Gómez, G. (1985). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: FCE/ Colmex.
- Gómez, A. (1 de septiembre de 1998). Recuperado de <https://nexos.com.mx/?p=9001>, el 10 de febrero de 2017.
- González, L. (1971). *Los días y los años*. México: Era.
- González, L. (2016). *Tlatelolco. Aquella tarde*. México: Cal y Arena.
- Guevara, G. (1988). Secuelas en la izquierda. En R. Álvarez et al. (eds.) *Pensar el 68* (pp. 151-154). México: Cal y Arena.
- Guevara, G. (2004). *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*. México: Cal y Arena.
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: PUF.
- Ibáñez, T. (1991). Ideologías y representaciones sociales. En C. F. Villanueva et al. (coords.) *Cuestiones de psicología social. I encuentro hispano-soviético* (pp. 107-113). Madrid: UCM.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: UdG.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos concepto y teoría. En S. Moscovici (coord.) *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.
- Mendoza, J. (2015). *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*. México: UPN.
- Montemayor, C. (2000). *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. México: Planeta.
- Montemayor, C. (2010). *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968*. México: Debate.
- Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Hue-mul, 1979.
- Moscovici, S. (1988). Notes toward a description of social representations. *European Journal of Social Psychology*, 18 (3), 211-250.
- Nexos (1 de septiembre de 1998). Recuperado de <https://nexos.com.mx/?p=9001>, el 10 de febrero de 2017.

- Palacios, G. (2018). *De la protesta callejera a la laucha por otro mundo posible*. México: GP.
- Radley, A. (1990). Artefactos, memoria y sentido del pasado. En D. Middleton y D. Edwards (comps.) *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido* (pp. 63-76). Barcelona: Paidós.
- Ramírez, R. (1969). *El movimiento estudiantil de México (Julio-diciembre de 1968)*. México: Era.
- Ricoeur, P. (1985). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999) Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico. En F. Barret-Ducrocq (dir.) *¿Por Qué recordar?* (pp. 24-28). Barcelona: Granica.
- Scherer, J. y Monsiváis, C. (1999). *Parte de guerra. Tlatelolco 1968*. México: Aguilar.
- Sisto, V. (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica: la relación con el otro y los criterios de validación en la metodología cualitativa contemporánea. En *Psicoperspectivas.cl*, vol. VII, pp. 114-136.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Volpi, J. (1998). *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era.
- Woldenberg, J. (2014). Prólogo. En R. A. Garavito *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla* (pp. 13-27). México: Cal y Arena.

## AUTORES

### SALVADOR ARCIGA BERNAL

Profesor titular de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Iztapalapa (I). Profesor investigador en la UAM-I. Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Maestro en Psicología social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Entre sus más recientes publicaciones se encuentran: *Psicologías sociales aplicadas* (coord.) (2016); *Introducción a la psicología social* (coord.) (2013); *Memoria colectiva. Procesos psicosociales* (coord.) (2012). Contacto: [sal@xanum.uam.mx](mailto:sal@xanum.uam.mx)

### AMÍLCAR CARPIO PÉREZ

Profesor titular de tiempo completo en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN)-Ajusco. Doctor en Humanidades, Historia, y Maestro en Humanidades, Historia, por la UAM-I. Licenciado en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Miembro de la

Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en América Latina y el Caribe (CEHILA-México). Líneas de investigación o trabajo: historia cultural, religiosidad popular, reforma y porfiriato, enseñanza de la historia, y elaboración de materiales educativos. Contacto: [ozomatli\\_acp@hotmail.com](mailto:ozomatli_acp@hotmail.com) y [acarpio@upn.mx](mailto:acarpio@upn.mx)

#### YLLICH ESCAMILLA SANTIAGO

Profesor de tiempo completo en la Universidad para el Bienestar Benito Juárez (UBBJ) sede Álvaro Obregón. Es Licenciado en Ciencia Política por la UAM-I; Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y candidato a doctor por el mismo programa. Es coordinador de los libros *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: Historia, memoria, testimonio y literatura* (2014), ed. UNAM/Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx); y *Cartografías del horror. Memoria y violencia política en América Latina* (2015), ed. Casa del Mago. Trabaja movimientos sociales y violencia en México. Contacto: [yllich.santiago.escamilla@gmail.com](mailto:yllich.santiago.escamilla@gmail.com)

#### MANUEL GONZÁLEZ NAVARRO

Profesor titular y profesor investigador la UAM-I. Maestro y Doctor en Psicología Social por la UNAM. Miembro del SNI. Presidente de la Sociedad Mexicana de Psicología Social (Somepso). Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Psicología social y realidad actual: nuevos enfoques y análisis* (coord.) (2018), ed. UAM/Somepso; *Memoria colectiva de América Latina* (coord.) (2017). Contacto: [gonna56@hotmail.com](mailto:gonna56@hotmail.com)

**JORGE MENDOZA GARCÍA**

Profesor titular de la UPN-Ajusco. Licenciado en Psicología y Maestro en Psicología Social por la UNAM; Doctor en Ciencias Sociales por la UAM-Xochimilco. Publicaciones recientes: *Construyendo y compartiendo el conocimiento. Una perspectiva discursiva en el aula* (2021), ed. UPN; *Estudios de psicología social en México* (coord.) (2019), ed. Lirio/UAM; *Psicología social y realidad actual: nuevos enfoques y análisis* (coord.) (2018), ed. UAM/Somepsa; *Psicología, cultura y educación* (coord.) (2017), ed. UPN; *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia* (2015), ed. UPN. Líneas de trabajo: memoria colectiva y olvido social, y construcción social del conocimiento. Contacto: [jorgeuk@unam.mx](mailto:jorgeuk@unam.mx)

**RIGOBERTO REYES SÁNCHEZ**

Coordinador académico de la Licenciatura en Estudios Sociales sede Álvaro Obregón de la UBBJ y profesor asociado en el Departamento de Sociología de la UAM-I. Licenciado en Sociología por la UAM-I, Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y candidato a doctor por el mismo posgrado. Entre otros trabajos, es cocoordinador del libro *La Liga Comunista 23 de septiembre. Cuatro décadas a debate: Historia, memoria, testimonio y literatura* (2014), ed. UNAM/UATX. Es parte del Seminario de Investigación Avanzada Estudios del Cuerpo, ESCUE. Contacto: [rigobertoreyess@gmail.com](mailto:rigobertoreyess@gmail.com)

**CARLOS ENRIQUE TORRES MONROY**

Licenciado en Historia por la ENAH. Maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana y doctorante en Historia por la misma institución. Ha impartido clases sobre Historia Cultural e Historia de

las Emociones en la ENAH. Miembro de la CEHILA-México. Contacto: *carlos\_tmy@hotmail.com*

## SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Delfina Gómez Álvarez *Secretaria de Educación Pública*  
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretario de Educación Superior*

## UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectora*  
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaria Académica*  
Karla Ramírez Cruz *Secretaria Administrativa*  
Rosenda Ruiz Figueroa *Directora de Biblioteca y Apoyo Académico*  
Abril Boliver Jiménez *Directora de Difusión y Extensión Universitaria*  
Yolanda López Contreras *Directora de Unidades UPN*  
Yiseth Osorio Osorio *Directora de Servicios Jurídicos*  
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Directora de Comunicación Social*

## COORDINADORES DE ÁREA

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña *Política Educativa, Procesos  
Institucionales y Gestión*  
Amalia Nivón Bolán *Diversidad e Interculturalidad*  
Pedro Bollás García *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*  
Leticia Suárez Gómez *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*  
Eva Francisca Rautenberg Petersen *Teoría Pedagógica y Formación Docente*  
Rosalía Menéndez Martínez *Posgrado*  
Rosa María Castillo del Carmen *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*

## COMITÉ EDITORIAL UPN

Rosa María Torres Hernández *Presidenta*  
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaria Ejecutiva*  
Abril Boliver Jiménez *Coordinadora Técnica*

## VOCALES ACADÉMICOS

José Antonio Serrano Castañeda  
Gabriela Victoria Czarny Krischautzky  
Ángel Daniel López y Mota  
María del Carmen Mónica García Pelayo  
Juan Pablo Ortiz Dávila  
Claudia Alaníz Hernández

---

Mildred Abigail López Palacios *Subdirectora de Fomento Editorial*  
Manuel Campiña Roldán *Diseñador de portada y formador*  
Priscila Saucedo García *Editora y correctora de estilo*

Esta edición de *El 68 mexicano: medio siglo de voces y memorias*, estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, y se publicó el 28 de junio de 2021.